

3 1761 07298774 6

BIBLIOTECA DE "LA NACIÓN"

S. Maciel



Nativos



PQ

7798

.23

A3N38

OLU 7 MEN





BIBLIOTECA DE « LA NACIÓN »

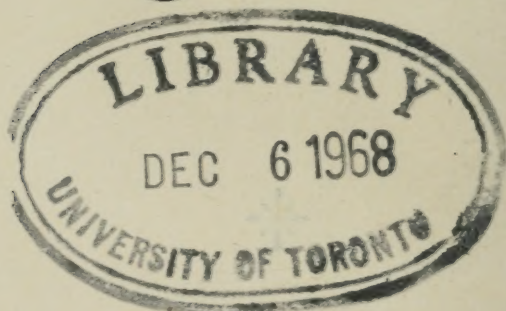
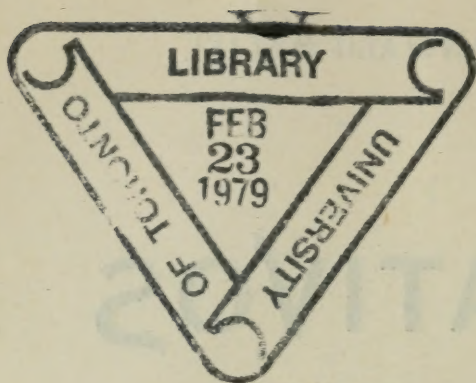
SANTIAGO MACIEL

NATIVOS

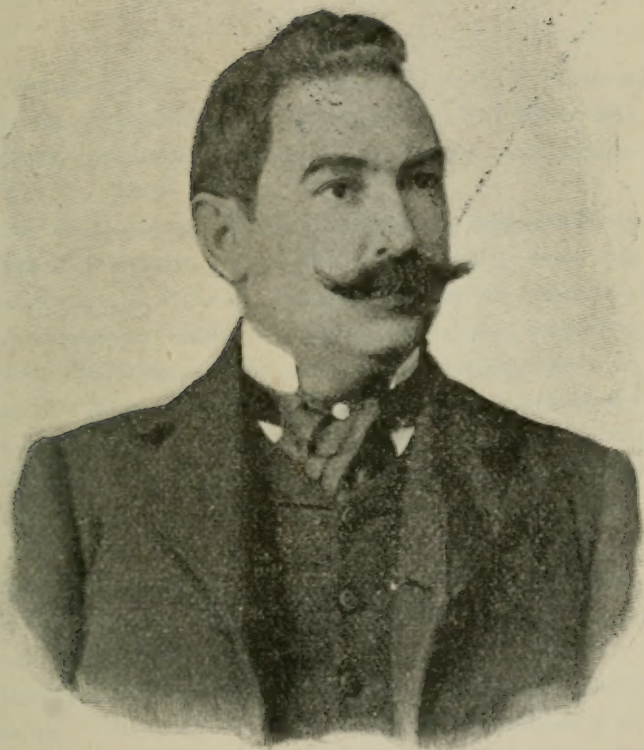


BUENOS AIRES

1901



PQ
7798
• 23
A3N38



SANTIAGO MACIEL

Santiago Maciel, autor de *Nativos*, nació en Montevideo el año 1865, y desde muy joven mostró especial afición á la literatura, comenzando á cultivarla por donde todos comienzan, por los versos.

Sus composiciones, algunas muy felices, aparecieron en periódicos y revistas uruguayas y argentinas, como que ambas orillas del Plata se cambian gustosas sus producciones, estableciendo desde las épocas más lejanas, activísimo comercio intelectual. Varias tuvieron la merecida suerte de ir aún más lejos, encontrando hospitalidad en la prensa del Perú, de Colombia, etc. Con ellas formó más tarde un volumen, impreso en Montevideo, con éxito, aunque no tanto como el que obtuvo en seguida su poema de asunto nacional, titulado *Flor de trébol*.

Con este poema, Santiago Maciel había encontrado su nota, que ha hecho vibrar luego en verso y prosa, y que tan alto suena en *Nativos*.

Desdeñando asuntos exóticos y de pura imaginación,— como que había visto el rico vivero de sensaciones y de sentimientos de arte que ofrecen nuestra naturaleza, las costumbres primitivas de nuestros campesinos, la vida ecléctica de nuestras grandes poblaciones, todo, en fin, cuanto se abarca generalmente bajo la designación de «criollo», dedicóse con entusiasmo á la pintura de lo que obtenía por

observación directa del natural, engrosando así la creciente falange de los que, no cegados por la costumbre de ver las cosas todos los días y de considerarlas, por consiguiente, vulgares, saben desentrañar de ellas la belleza y la verdad.

El libro que va á leerse es una demostración acabada de sus nobles tendencias, y es, además, una obra de arte, que se leerá con interés, pues tiene raras é indiscutibles cualidades. Es ameno, pintoresco, fiel á la verdad, objetivo, hasta dramático en ocasiones, y aunque lo formen fragmentos al parecer destacados, sin vínculo visible, esos fragmentos se unen para formar un cuadro y un drama únicos, el cuadro de nuestra naturaleza,—y decimos nuestra por el íntimo parecido que ofrece la hermosa tierra uruguaya con algunas regiones de la Argentina,—y el drama de las costumbres primitivas en lucha con la civilización, que va vencíéndolas y haciéndolas desaparecer un poco más cada día.

Á los que niegan que tengamos carácter nacional, les servirá la lectura de este libro como una promesa de que hemos de volver á tenerlo un día, puesto que ya lo hemos tenido, y puesto que lo tendríamos aún, si no fuera por el vertiginoso aceleramiento de la transición, provocado por las corrientes inmigratorias que van ahora mezclándose y confundiéndose en el mismo crisol con los elementos étnicos aparentemente vencidos, pero que tendrán su alta importancia en la amalgama, como los pocos gramos de oro la tienen en el rico bronce de las campanas.

Maciel, como varios otros bien inspirados escritores del Río de la Plata, no corre tras del éxito efímero de las obras de novedad, ni halaga las pasiones populares, ni endiosa al gaucho ignorante y batallador; se limita á pintarlo, á pintarlo con rica paleta y perspicaz psicología, no para hacerlo renacer de sus cenizas ni para que surja ahora su caricatu-

resca imitación, sino para presentarlo como una cosa bella desde el punto de vista artístico, y es lo curioso que, sin propósitos trascendentales, realiza con ello una obra de trascendencia: hacer que nos conozcamos, que nos intereseamos por nuestra historia de pueblo, y por consiguiente, contribuir á la caracterización de la nacionalidad y documentar para su historia folklórica los tipos y las costumbres de su punto de partida.

LA LIRA SILVESTRE

DESDE MI RANCHO

Se me ha brindado con tanta solícitud este albergue; se me han dispensado tantas atenciones en él, que á fuerza de oír repetir á su dueño «esta casa es suya», he llegado á creer que realmente me pertenecía. Después de todo, un rancho no es un palacio, aunque á juzgar por la tranquilidad y la dicha que imperan dentro de sus muros, nadie sería capaz de sostener, que en este pedazo de tierra no debió construirse un edificio suntuoso. ¿Será que la felicidad es la sencillez de la vida? ¿una vida sin complicaciones y sin cadenas? Los formulismos sociales reducidos á la simplicidad más encantadora; la alegría, reina de todas las almas, y el sol alma de todas las alegrías. Aquí, lejos del mundanal ruido, el silencio se oye como dice Balzac. El espíritu, engañado por las agitacio-

nes de la ciudad, empieza recién á darse cuenta, de que tiene cuerdas ocultas que no han vibrado, y siente, con extrañeza, una predisposición hacia las cosas grandes, el deseo de demostrar benevolencia y generosidad, aun con los más crasos errores, con el más feo de los delitos. La máxima de madame De Stäel triunfante: «comprenderlo todo, es perdonarlo todo». En este paraje abrupto, junto al río que se encrespa bajo el aletazo del viento sur, ó que se duerme sin rumores en el alvéo de sus arenas, cercado por médanos de sílex, lucientes como chispas, desaparece la fatiga, conjuntamente con la idea de que hay partes del mundo, conmovidas por la explosión de las pasiones humanas, donde los hombres azotados por la ley de Hobbes, se devoran como lobos carnívoros. Las teorías de Schopenhauer que someten la vida de los seres al imperio del «genio de la especie» y las de Max Nordau, á una especulación, sin vínculos y sin ideales, resultan inconcebibles, como si la Naturaleza, superior á todas las reflexiones y á todas las doctrinas, quisiera restablecer la verdad, única y noble, abriéndonos el secreto de los móviles, más puros y más buenos que lo que supone la filosofía de los escépticos. Al pensar

así, ¿me siento impelido por mi temperamento, que ha encontrado su ambiente propicio, bajo la influencia del medio, sonando como un arpa eólica, al soplo de ráfagas lamartineanas? La trova pastoril surge espontánea, como el sonido de la flauta pánica y la vista busca ansiosa, en las taperas abandonadas, entre los terrones reverdecidos, las leyendas de los idilios fantásticos ó el madrigal de los amores primitivos. El panorama los provoca y la imaginación les da formas impresionables. Es que difícilmente habrá otro paisaje, ni tan silvestre, ni tan romántico, ni tan humano al mismo tiempo, como éste. El rancho se levanta sobre una colina, dominando la llanura infinita. Es un asilo cubierto de verdes, porque hasta la paja mansa del techo, ha perdido la señal de las quinchas, bajo las enredaderas de ñapindá florecidas. Los adobes del muro se visten también al calor primaveral que todo lo fecunda, asomando por las junturas los tiernos brotes humedecidos por el relente, y hasta en el horno, que muestra por la boca los terrones ennegrecidos, brota la borraja cimarrona, adornada de florecillas celestes. Bajando la cuesta, se ven los tajamares encajonados entre las colinas turgentes, dormidos

y silenciosos, respetados por el viento que barre las cumbres y dobla los arbustos flexibles y enfrente, el agua de la cañada rumorosa, entre los claros del juncal y las hojas frescas de los camalotes azules. A la derecha del rancho están los médanos dorados, y el monte alto y tupido que los corta, para extenderse como una faja ondulante, hasta más allá de la cuchilla, en el último límite del horizonte visible. De la parte más angosta del río, se desprende un brazo caudaloso, de linfas puras, también de márgenes frondosas, y de éste, un arroyuelo que corre á flor de tierra, ensanchándose en los terrenos llanos, formando el bañado, donde los albardones, mostrando las raíces de las plantas raquílicas, dividen la orilla del estero en innumerables charcos, transparentes como *aquariums*, en los que pulula el vivero de los peces minúsculos y de los animalitos invisibles que alegran las noches estivales con sus eternas sonatas, mezcladas al coro wagneriano de los batracios cantores.

En un recodo, el tupido pajonal amarillea, enredado como melena hirsuta. Es la guarida de los seres uraños, predilectos de la sombra. Bandadas de pájaros extraños suelen poblarlo en los días grises, cuando el pampero revuelve

la maraña con sus zarpazos de fiera, silbando en el filo de las totoras y aventando los llantenes y los caraguatás recién brotados. Los pobres pájaros de manchado plumaje y de canto inarmónico, vuelan con dificultad, empujados por las rachas violentas, buscando el abrigo del nido entre los matorrales oscuros, que son el monte impenetrable de las aves pequeñas. Pero cuando el sol calienta el llano, secando los tallos que humedeció la lluvia, los alados habitantes del estero, se desparraman alegres y bulliciosos, en persecución de los insectos nadadores, de los aguaciles de ojos opalinos y alas tornasoladas, de las moscas azules del pantano y de los ovarios lechosos de las hormigas coloradas. El estero se prolonga hasta la misma falda de la cuchilla, inmóvil y aparentemente sin vida. Pero penetrando en él, aquella agua estancada se agita y mil seres, casi invisibles, se dispersan al rumor de mis pasos. Los viscosos saguaypés, se escurren, ocultándose bajo la miserable vegetación, blanda y gomosa; los renacuajos saltan, zabulléndose en el charco; el apereá huye rápidamente por entre las pajas buscando la cueva; mil bichitos cascarudos se deslizan, escondiéndose en

las grietas del albardón mojado, en tanto que de un rincón donde el pasto es más abundante, se levantan las becacinas, describiendo espirales, para volver á posarse cerca del lugar de donde salieron, y los patos silvestres, de cresta roja, y alas de viguá, hienden el espacio, en bandadas oscuras, dirigiéndose al tajamar más apartado, ó al arroyo de altas barrancas, así los seguros, en cuyas aguas cristalinas, abundan las mojarras de brillantes escamas, y los huevos rosados que adornan el tallo de las achiras siempre verdes. Pero el agua mansa, de fondo cenagoso, que durante el verano parece estar cubierta de polvos verdosos, crece y se desborda, cuando las lluvias son torrenciales. Entonces el bañado se dilata, agrandando enormemente su imperio; se une al arroyo, que ha salido de cauce para alcanzarle, y éste, á su vez se junta con el río poderoso y rugiente. Ya tiene olas, ya es mar, ya es grande y toma el desquite de su pasada mansedumbre, inundando el campo hasta llegar al mismo rancho, cuyos muros socabados, ceden y se desploman para ser arrebatados por la corriente bravía. Ahora reposa casi exhausto. Su caudal apenas alcanza para mojar las raíces de los laureles blancos y

para cubrir el gramillal enano y descolorido. Lo cruza sin temor el charabón recién emplumado y el ternero se interna en él, ávido de hierba fresca y jugosa, mientras la tambera lo vigila desde la orilla, rumiando y mugiendo á cada instante. Sobre la inmensa superficie líquida, extendida como lámina transparente, á través de la cual se ve el pasto marchito, blanquean las osamentas de los animales, caídos en la trampa del tembladeral oculto bajo la hierba. La cigüeña, el ave-reina del bañado, enarca su largo cuello, mirando fijamente el charco que tiene delante, y la garza de albo plumaje, ejercita sus alas, calentándose á los últimos rayos del sol, que desaparece detrás de las lomas azuladas. El calor estival hace fermentar las algas muertas y el agua empozada entre los albardones y en los huecos que ha dejado la pisada del vacuno, adquiere tintes amarillentos. Los juncos secos y fragmentados, cubren los parajes altos, semejjando hormigueros gigantescos, y en la orilla se amontona la resaca arrojada por las grandes crecientes del invierno. Todavía la tambera rumia y muje y el ternero aún no satisfecho devora los retoños. La sombra crepuscular baja lentamente de la sierra

como telón fantástico, cubriendo el amplio escenario del estero. Una bandada de patos, formados en columna, avanza silenciosa en dirección al tajamar lejano. Otra de chorlos reales, se posa en el bañado diseminándose, y hundiendo en el agua sus finas zancas. Un potrillo penetra á la disparada, levantando al galopar mil gotas que le salpican. Llega la hora del reposo para los campos; el estero parece adormecerse, perdiendo el brillo de sus charcos inmóviles. Sin embargo, todavía el agua se agita y el pajonal se estremece. La sombra estimula el apetito de los animales nocturnos. Entre un matorral chispean los ojos de un zorro hambriento, esperando el momento propicio para entregarse al merodeo. Una nutria sorprendida, se arroja desde una pequeña barranca al charco más hondo y el dormilón revuela en continuo giro agachando la cabeza chata en observación de la presa. El bañado se esfuma en la obscuridad que cada vez se hace más densa y comienza á vibrar monótonamente la eterna sonata de los animalitos ocultos que alegran las noches estivales, mezclada al coro wagneriano de los batracios cantores. A la distancia brilla una luz. Es mi rancho que se ilumina. Es la dicha del hogar que me espera,

LA QUERENCIA

De cómo le armaron aquel litigio infame, ni él mismo pudo darse cuenta clara, al cabo de tres años de rodar el expediente por los juzgados de la capital, en manos de abogados, procuradores, escribanos, alguaciles, y de toda la antipática familia grafómana de pleitistas patentados. El caso fué que un buen día, don Calixto Martínez, dueño de la Estancia de los Molles recibió una notificación, acompañada de un escrito, en el que se hablaba de reivindicación de propiedad y se alegaban derechos sobre aquel pedazo de tierra, que él había heredado de sus mayores, y que ellos, á su vez, recibieron de sus abuelos.

Escrituras, en verdad no las tenía, ni tampoco las necesitaba. ¿Para qué? Sus padres allí nacieron y sus despojos reposaban en el pobre cementerio de la cuchilla, y él, único hijo, se

crió en el mismo rancho, cuidando los animales, que con el campo, constituían el legado paterno. ¿No era bastante todo esto? ¿Qué mejor escritura de propiedad que la que él presentaba? Todos los vecinos de los alrededores sabían que allí había envejecido formando su familia, de la que, más que jefe, era patriarca, por su edad, y por el respeto y el cariño que había sabido inspirarla. ¿Sería posible, pues, que al llegar al último linde de la vida, cuando pensaba morir tranquilo, dejando á sus hijos y á sus nietos aquella posesión, que era su orgullo, la justicia humana pudiera despojarlo, arrojándole de su propio hogar, como si fuera un intruso, un ladrón, un miserable usurpador de bienes ajenos? No, no se atreverían. ¿Que tenía que ver él con los fallos condenatorios? Sobre las resoluciones judiciales estaba su conciencia, y ella le decía que el rancho era suyo, y el campo, tan suyo como su corazón, como su cuerpo encorvado por los años.

El, no hubiera pleiteado, pero su hijo mayor, inducido por un abogado del pueblo, obtuvo su consentimiento para la defensa. Se inició el juicio, y con las primeras providencias, empezaron sus angustias. Todo se volvía en contra suya.

La cuestión fué tomando cuerpo y formalizándose, á medida que sus fuerzas flaqueaban. Había sido fuerte, un hombre de campo, ágil y decidido, sano de cuerpo y de alma; pero su vigor desaparecía, quedándole, como un resto de energía inquebrantable, su mirada, firme y rápida, rayo final de su carácter de acero. Su rostro, sin embargo, acusaba un temperamento apacible. Y era bueno, en realidad. Su compañera, también vigorosa en otro tiempo, entonces enferma, reumática, casi paralítica, apenas podía sentarse en la cama, más decrepita que él por los achaques. Sus seis hijos varones se habían casado y vivían bajo el mismo techo, y sus netezuelos alegraban con sus risas la vida de los dos octogenarios, haciendo más soportable aquella inmensa desgracia que les había caído como expiación de delitos que nunca cometieron.

El campo era efectivamente hermoso: un campo flor, de abundosos gramillales, regado por dos arroyos y cruzado por una cuchilla, cuyos pedregales enormes brillaban al sol de mediodía como si tuvieran incrustaciones de diamantes. Don Calixto, desde la puerta de su rancho, contemplaba todas las mañanas el panorama soberbio de su terruño, surgiendo como

una tela esmeraldina de entre la sombra, á los primeros resplandores del alba. El monte verdeobscuro, orillando el arroyo, abriéndose en los pasos, donde el agua clara se adormecía en el silencio de los remansos, el *bajo*, lleno de chircales afelpados; el bañado, humedeciendo las faldas; los matorrales, bordeando las barrancas, alisadas por las lluvias que labraban la tierra gredosa de los declives, dejando huellas en forma de ramazones; más lejos, las estancias de los campos limítrofes, blanqueando entre los sauces y los ombúes que las daban abrigo; los ranchos de los puesteros, alzados en las lomas, arrojando por entre las quinchas el humo de los fogones recién encendidos; en todas partes las haciendas hundiendo la cabeza en los tiernos pastizales mojados por el rocío, y las ovejas, siempre reunidas y quejumbrosas, alejándose de las mangueras en dirección á las aguadas. Y así pasaba su existencia, sin tropiezos, mientras sus hijos, mozos hechos á los trabajos camperos, labraban la chaera, galopaban por la amplia extensión de sus dominios, arriando las tropas para llevarlas al rodeo, ó sacando del monte á los toros alzados, á fuerza de lazo y de rebenque. Para sus ambiciones

todo esto era suficiente. Nada más deseaba. Ni siquiera le conmovía ya su lanza de caudillo, clavada en la cumbre del rancho, y que en sus mocedades empuñara con arrojo y valentía.

Pero lo que más amaba de su campo eran las *islas*, aquellas islas que, como esquifes de verdura se veían desde la cumbre de un cerro, balanceando las copas frondosas y mojando los ramajes en la espuma. Cuando el sol de la siesta sacaba al lagarto de su cueva y la víbora de coral dormía enroscada cerca del hormiguero, don Calixto, acostado en el pasto, á la sombra que proyectaban los canelones y los molles, tiraba su *aparejo* en la parte más honda del arroyo, en aquel pesquero que tanto conocía y en donde abundaban la lisa bogona, el zurubí de carne amarilla y el *dorado* de escamas relucientes. Mientras su pesca aumentaba, los cardenales azules cantaban invisibles en el follaje la melancólica romanza de los bosques, el mar-tín pescador, de plumaje tornasolado, volaba con rapidez á lo largo de la corriente, en busca de su alimento acuático, los pinos-limones desparrramaban en torno suyo las cuentas rojas de sus frutas maduras, y las campánulas moradas

adornaban los troncos, sobre la malla de las yedras siempre verdes.

Todavía don Calixto se consideraba dichoso cuando contemplaba la hermosura de sus islas, á pesar de aquel pleito que le iba ennegreciendo los días. No obstante, sus ilusiones recibieron un golpe rudo. La intimación de desalojo dentro del término legal, le anonadó completamente. Sus hijos, dispuestos á someterse, le rogaron que abandonara el campo. Laurencio, el mayor, un paisano inteligente, comprendía la situación en que se encontraban. Permanecer allí, obstinándose, era aumentar sus dolores, sin resultado.

—Vámonos, tata,—decía al anciano.—¿Qué hacemos aquí? Esto ya no es de nosotros. Nos echarán á la juerza, si resistimos.

El viejo se erguía como en los antiguos tiempos y gritaba, sacudiendo su melena blanca:

—De mi rancho naide me saca. Esto es mío, y ustedes serán unos cobardes si abandonan á su padre, entregando á esos sarnosos el terrón en que nacieron.

La paralítica, sentada en la cama, lloraba en silencio. Los hijos, impresionados por la resolución del anciano, no podían ocultar su desesperación. No había medio, pues, de reducirle.

Cuando él decía que no, era inútil tratar de convencerle; bien lo sabían.

El pobre viejo acostumbrado á mandar y á ser obedecido, después de estas escenas que se repetían á menudo, hacía ensillar su ruano, montaba en él y se marchaba *al trotecito* para las islas. El caballo, su compañero de diez y ocho años, ya conocía el camino y sin que el jinete le guiara, suelto el rendaje, tomaba la senda del pesquero.

Entretanto pasaban los meses, y se acercaba la fecha en que debía abandonar el campo. Fué un día á la hora del almuerzo. Toda la familia rodeaba la mesa. Don Calixto, más agobiado y triste que nunca, como si presintiera algún infortunio, apoyaba la cabeza entre las manos. Las mujeres hablaban en voz baja, para no incomodar al *tata viejo*, mientras la paralítica, casi inconsciente, dormitaba sin probar los alimentos. De repente, se sintió tropel de caballos y á los pocos momentos, palmadas y gritos.

—¡Ave María! — dijo uno de los jinetes, próximo á la puerta.

Todos se sorprendieron. Laurencio se levantó y fué á ver quién llamaba. Era la policía. Un hombre, vestido de gaucho, taloneó su caballo,

y se adelantó hablando fuerte; pero los ladridos de los perros, enfurecidos, no dejaban oír nada. Hubo que espantarlos á rebencazos. Cuando el silencio se restableció, pudo comprenderse todo. El hombre vestido de paisano era el juez de paz, que venía á ejecutar el desalojo en cumplimiento de la ley, y la fuerza armada traía orden de auxiliarle y de proceder sin miramientos.

Laurencio volvió á entrar en el rancho y dijo, al sentarse vencido por el desaliento:

—Tata, vienen á echarnos.

Las pobres mujeres lloraban y hasta los hombres expresaban la profunda emoción que sentían.

Don Calixto no pudo contenerse, y se levantó violentamente. Desprendió su lanza que estaba clavada en la paja mansa del techo y salió al corral.

—Sépanse, señores,—dijo,—que yo no salgo de aquí, porque esté campo es mío y naide puede echarme. Tengo entuavía juerza bastante pa peliar con cualquiera. Mi padre me dió esta choza, y la justicia no es mi padre pa quitármela.

El juez trató de convencerle.

—Mire, amigo,—le respondió,—usté hace mal en resistirse. Esto no tiene güelta. Oigamé á mí que soy su amigo. Si no quiere, lo sacarán por mal y será pior; creamé don Calixto.

Pero el viejo, en un postrer esfuerzo, les atropelló, revoleando el arma herrumbrosa, entre el griterío de las mujeres espantadas. Varios soldados se apearon rápidamente, maneando los caballos. Rodearon en seguida al agresor, que temblaba sin poder sostenerse ya, y lo desarmaron fácilmente. Entonces, nada hubo que hacer. Se trajeron los bueyes que estaban en el maizal, y los uncieron á la carreta. Manuel, el hijo menor, cargó á su madre y la colocó dentro del vehículo, sobre un colchón de paja, donde quedó inmóvil como una muerta. Luego salieron los demás, unos en la carreta, otros á pie ó á caballo, y los perros, con las colas entre las patas, rezongando y recelosos, detrás del convoy. Antes de obscurecer todo había terminado. Don Calixto, montado en su ruano, completamente abatido, salió el último, al paso de su caballo, escoltado por los soldados impasibles.

Don Calixto y su familia encontraron hospedaje en la estancia de un pariente. El anciano no hallaba consuelo, y eran inútiles los esfuerzos que los suyos hacían para distraerle. No se le vió reír más. Vivía entregado á su meditación constante, y una profunda melancolía

avasallaba su espíritu. La estancia en que fueron recogidos distaba doce leguas de la otra y desde una altura se divisaba el monte y la cuchilla de los enormes pedregales. A ella dirigía don Calixto sus miradas, y á ella volaban su corazón y su pensamiento.

Al mes de residir en la estancia nueva, don Calixto desapareció en su ruano. Se le buscó por todas partes, infructuosamente. Laurencio, que conocía el mal incurable de su padre, montó en su caballo y tomó el camino de la Estancia de los Molles, todavía abandonada. Se apeó en las casas. Llamó, buscó. El rancho estaba vacío. Se dirigió á las islas y allí encontró al paisano tendido sobre los mismos grami-millales, que eran la alfombra mullida del pesquero. El pobre viejo, sintiéndose morir de nostalgia, fué á exhalar el último suspiro, en aquel rincón oculto, casi perdido entre el follaje y la maleza, en donde aún había huellas de su felicidad interrumpida. El fiel parejero, ensillado, permanecía junto á su amo, y al sentir el trote del otro caballo, empezó á relinchar gozoso de encontrarse en la querencia.

CORAZÓN SILVESTRE

—¡Que cante don Ciriaco!—dijo un paisano que jugaba al truco con el pulpero, ambos sentados en el mostrador, del lado de la trastienda, con las piernas cruzadas, los ponchos arrollados en los hombros y los chambergos en la nuca, sostenidos en la boca por el barbijo.

—¡Que cante!—gritó el paisanaje, reunido ese día de fiesta en la casa de negocio de don Ignacio Maya, situada en la costa del Rosario, una modesta pulpería de techo de lata y paredes de terrón, agrietadas por las lluvias, pintadas de blanco las soleras, entre un cerco de duelas, rotas junto á la tranquera, donde los visitantes ataban sus caballos, cuando no cabían en el palenque, lustroso por el frote de los cabestros.

Don Ciriaco sentado en el rincón más obscuro del rancho, parecía no oír el vocerío de aquella gente alegre, que vaciaba las botellas de ginebra, entre risas y bromas, y cuyas caras tostadas por la intemperie, manifestaban un es-

tado de espíritu libre de preocupaciones y de tristezas. El pobre gaucho, un hombre joven, delgado, de semblante nazarénico, ojos azules, barba poco abundante, nariz pequeña y frente despejada, abstraído en la contemplación de algún fantasma que vagaba en su imaginación, algo excitada por el *schnaps*, dirigía sus miradas hacia un punto fijo, á la estantería, donde algunas botellas, simétricamente colocadas, dejaban al descubierto las telarañas y los terrones del fondo. No eran aquéllas, sin embargo, las que llamaban su atención. Miraba, pero no veía. Su pensamiento había volado á otra parte. Cruzando lomas y llanuras, bañados y pedregales, arroyos y montes, fué á posarse en un ranchito, cuyo techo, cubierto de enredaderas de ñapindá florecido y de matas tiernas y jugosas, semejaba á la distancia, un pedazo de campo reverdecido en el aire. Allí habitaba la linda criolla que le había enloquecido, sin merecer de ella ni una mirada de compasión, ni una caricia, de esas que perfuman las palabras, y que llegan al alma, como los rayos del sol á lo más hondo de las lagunas transparentes.

La quería con un ímpetu pasional digno del medio silvestre que había formado su corazón

sencillo y bueno. Por eso, su temperamento, aún alterado por los celos, no podía empujarle á cometer acciones trágicas. Sus ojos azules, si brillaban, tenían el fuego de las luciérnagas que, aunque alumbra, no quema. La linda trigueña se iba á casar muy en breve, precisamente con el hijo del pulpero, un mocetón grueso y petizo, incapaz para todo lo que no fuera despachar bebidas y aumentar las cuentas de los pobres paisanos.

—¡Que cante don Ciriaco, que cante!

El griterio y las carcajadas aumentaban en razón directa de las botellas vacías, el humo de los cigarros flotaba como una niebla y los frascos de licor de rosa se movían con reflejos opalinos. Afuera, el agua caía mansa; una lluvia que había empezado á la madrugada lavando las gramillas y los espesos trebolares, limpiando las sendas y colgando sus gotas titilantes, como farolitos de cristal encendidos, en los hilos de los alambrados y en las hojas secas de la enramada, donde se guarecían algunos caballos soñolientos mojadas las ancas, gachas las cabezas, lacias las colas, humeantes los cuerpos, mientras el arroyo rebasaba su álveo atronando el espacio en su impetuosa correntada.

Adentro, el estrépito era insoportable. Los jugadores, apretados por un círculo de mirones, tiraban las cartas, golpeando el mostrador con los dedos para dar más energía á los envites.

—¡Truco!

—¡Retruco!

—¡Flor!

—¡Contra flor el resto!

Saltaba otra vez el turbión de las carcajadas y dominando todos los gritos, vibraba el del paisano aficionado al bordoneo.

—¡Que cante don Ciriaco!

—Aura va á cantar,—dijo el hijo de don Ignacio, saltando por encima del mostrador, con la guitarra en la mano.

Se acercó al pensativo enamorado, todavía sumergido en su divino éxtasis, y le habló fuerte, ofreciéndole el instrumento:

—No sea tan rogao, aparzero,—le dijo—y toque algo, que el gauchaje tiene hambre de oírlo.

Don Ciriaco despertó, miró al hijo del pulpero con ojos de asombro, tomó la guitarra y la templó maquinalmente. Al rato empezó á preludiar un acompañamiento melancólico, con muchos gemidos de bordona y notas fugaces de prima, y á cantar una relación, triste como sus

amores sin fortuna. El verso fluía sencillo y conmovedor: una mujer adorada hasta el delirio, hermosa como la flor del campo, que tiene aromas para embalsamar las barrancas y las cuchillas, y que al fin se marchita, porque no es capaz de amar, ni de comprender el sufrimiento del que por ella muere olvidado...

De pronto, el auditorio lanzó una carcajada. Don Ciriaco, no pudiendo contener la emoción que le había producido su propio canto, expresión fiel de sus sentimientos se echó á llorar, oprimiendo la guitarra contra su pecho, como si fuera el cuerpo de la ingrata ausente. Las risas le inmutaron. Se levantó avergonzado, dejando la guitarra recostada en el banco que le servía de asiento, y salió de la pulpería sin mirar para atrás. Algunos paisanos se asomaron á la puerta para saber qué rumbo tomaba, y le divisaron cerca de las mangueras, montado en su flaco tordillo, en dirección al rancho, apretando las riendas con la mano izquierda, mientras que con la otra se limpiaba las lágrimas, bajo la lluvia que le azotaba el rostro y las burlas de sus amigos que le azotaban el alma.

PEÑASCOS ARRIBA

— Pero ¿cuántas leguas hay, don Goyo?

El capataz de la estancia, un paisano entrado en años, pero fuerte todavía, conocedor de aquellos lugares, que tantas veces había medido con el galope de su viejo tordillo, reflexionó un momento, y contestó, mientras colocaba en el fogón ardiendo, un tizón que humeaba fuera de las llamas:

— Mire: si vamos por el camino, hay cuatro leguas largas, pero si acostamos los alambreros, en una güena galopiada nos ponemos en la misma sierra.

Los otros criollos que rodeaban la fogata, esperando el mate, fueron de la misma opinión de don Goyo; de modo, que allí mismo, entre la humareda que llenaba la inmensa cocina, quedó arreglado el viaje. Saldríamos al otro día, antes de aclarar, y pasaríamos la noche en la sierra.

Esta excursión me encantaba. La sierra de Mal Abrigo corta el campo de este á oeste y

desde el mirador se la veía en frente como si estuviera junto á las casas, ostentando los picachos envueltos en la niebla azul de la mañana. Me divertía la idea de la cacería proyectada, á la luz de la luna, de peludos y mulitas, habitantes inofensivos de aquellos pedregales, que se derramaban desde la cumbre á la falda, semejando bastiones gigantescos, arrojados por las violencias plutónicas.

Mi entusiasmo aumentó cuando empezaron los preparativos de marcha. El capataz encabezaba la partida, siempre silencioso. Don Inocencio Benítez, un gaucho alegre, enamorado sempiterno de mi cantimplora, no tanto por el cuerpo como por el espíritu, era el encargado de las provisiones y los perros. Julio Herrán, mi compañero de veleidades líricas, poeta de veinte años, vibrante como una prima, rubio como una espiga madura y maturrango como un pueblero, iba á mi lado, todavía con el sueño sobre los párpados, inclinado el cuerpo hacia adelante, perdiendo los estribos á cada rebencazo que daba á su mancarrón chacarero. Don Fermín Palacios, vecino de la estancia, hombre listo, bromista y servicial; y el resto lo componían peones y puesteros, sin ocupa-

ción aquel día de fiesta, que tantas emociones nos prometía.

Hacia largo rato que galopábamos, sin que la luz derramara sobre los campos la dulce alegría de sus resplandores. Apenas podíamos distinguirnós en medio de la obscuridad reinante. A don Goyo le reconocía por su posición de vaqueano; al poeta, por su ignorancia hípica, y á don Inocencio, por el bulto enorme de las maletas, mal arregladas entre las caronas. La mañana era fresca. Sentíamos en la cara y en las manos el frío de las primeras ráfagas otoñales. Todo reposaba á nuestro alrededor. El capataz, habitualmente poco comunicativo, esta vez parecía mudo; diez metros á vanguardia se notaba el perfil de su cabeza, sobre el centro luminoso del cigarro encendido. Ya, próximos al monte del Rosario, pudimos ver «la masa informe de la selva espesa», y más adentro, el agua del arroyo estancada en el remanso de la ancha laguna. Los caballos, acostumbrados á la tarea, cruzaron el paso, sin apresuramiento, con monótomo chapoteo, hasta que al fin subimos, por el lado opuesto, la barranca, cortada á pico, sobre el nivel de la corriente. Frente á nosotros, las vagas tintas de un alba glo-

riosa, se diluían, abarcando una gran extensión del horizonte plomizo. Blanqueaban á la distancia los tortuosos caminos y se movían en el bajo los tajamares, dibujando pequeñas ondas, rizadas de espuma. Vagidos y cantos estremecían el aire, que se echaba á volar en ráfagas leves, acariciantes y perfumadas, y un raudal de gorjeos de pájaros madrugadores salían del follaje, mientras las ramas tiernas temblaban al golpe de los aletazos de aves invisibles, que despertaban con ansia de ensayar sus cavatinas. ¡Cómo se comunica el regocijo! Nos reíamos bajo el influjo de la luz naciente y hasta teníamos ganas de cantar, también como los pájaros. El poeta, ya despierto, empezó á recitar versos inéditos, unas estrofas aurorales, como él decía, que por su lujo, de consonancias y su rara estructura, no encajaban bien en aquel concierto de arpegios sencillos, naturalmente sonoros. Se me antojaba que el bardo era un ave exótica, nacida en otros bosques muy distintos de los que crecen en estas tierras, pues tenía el canto complicado é incomprendible de un pájaro automático. Pero el que se alegró de veras fué don Inocencio. Llevaba consigo un porrón de ginebra, y á la

cuenta según decía don Fermín, le había *dao* muchos besos en la boca. El hombre se pronunció en milongas y cielitos, en décimas corrosivas de amores pecaminosos, y en un arranque de entusiasmo erótico, las pobres maletas comenzaron á sentir también sus líricos arrebatos, agitándose como alas, al galope del malacara rabicano.

¡Qué galopada! Todavía al pensarlo me duelen los huesos. Pero todo tiene su fin y nosotros llegamos á la sierra. Establecimos nuestra tienda al abrigo de las rocas, y nos diseminamos, provistos de escopetas, á cazar palomas torcaces, águilas y cuervos; á coger marcela y manzanilla; á comer higos tunos, rojos y raquíuticos. Fatigados y maltrechos regresamos cerca de mediodía. El inspirado vate daba lástima. El, se imaginó que aquellos bultos informes que se veían á lo lejos, eran nubes ó copos de algodón, blandos y muelles; pero la realidad le resultó abrumante. ¡Caramba! ¡Cómo le dolían las plantas de los pies, las articulaciones y sobre todo, las heridas que le habían hecho en la fina piel, las malditas espinas de la cruz! Esta sierra diabólica era tan áspera como un verso decadente.

También ¡canejo! decía don Fermín, á naide

se le ocurre bailar el pericón entre las piedras con zapatos de charol. ¡Ah, mulita!

Resolvimos permanecer quietos y esperar la noche.

Llegó ésta tan clara que no había resquicio obscuro, ni árbol que no pareciera de plata. Un resplandor plácido y sedante que tranquilizaba nuestros nervios, inundaba las alturas. ¡Cómo aparecía, entonces, imponente y majestuoso el panorama, en la soledad de aquellos pedregales derrumbados, que formaban hondas grutas, donde el misterio se recogía solemnemente mudo!

El capataz y don Fermín habían salido con los perros y ya se sentían los ladridos, señal evidente de cercana presa. Corrimos los demás, orientándonos por los gritos, y llegamos á tiempo para prestar nuestra importante cooperación de espectadores. Una cuantas mulitas huían con velocidad, arrastrando la negra caparazón, mientras los paisanos las cercaban, tapándoles las cuevas. Era curioso verlas deslizándose rápidamente, moviendo las pequeñas patas, con la cabeza diminuta y puntiaguda y la cola fina y anillosa siempre recta. Don Fermín las calificó, con propiedad, empleando un símil criollo.

—Mire, amigo,—me decía,—estos animales son las pulgas de la sierra.

El capataz callaba y guardaba las mulitas, que pataleaban en el fondo de la bolsa de arpillera, entanto que los perros ladraban sin cesar, dando el alerta á los cazadores; y las aves de rapiña, sorprendidas por el ruido, huían sacudiendo recios aletazos sobre las piedras iluminadas.

Vencidos por el cansancio volvimos, muy avanzada la noche, á nuestro campamento. Hacía mucho frío. El céfiro otoñal *cortaba* las carnes. Nos arrebujaamos en los ponchos, mientras la fogata, avivada por don Goyo, tomaba proporciones de incendio, produciendo el chisperío alegre de la charamusca que ardía.

De pronto, en el silencio, sonó la voz estentórea de don Fermín Palacios:

—¡Un peludo, un peludo!

Todos nos paramos, casi simultáneamente.

—¡Al fin uno! exclamamos entusiasmados.

Don Fermín que seguía gritando y riendo, al mismo tiempo, nos señaló un lugar próximo á nosotros.

—¿Dónde, dónde?—le preguntamos con ansiedad.

—Allí,—nos respondió,—don Inocencio lo ha agarrao.

Miramos á don Inocencio, que acababa de deş-

pertarse. El pobre paisano había *agarrado*, efectivamente, el más grande de los *peludos* conocidos, pues al querer incorporarse, volvió á caer en el mismo sitio en que estaba y á roncar de un modo significativo, mientras las llamas de la fogata le alumbraban la cara enrojecida.

—¡Lo pescó lindo! —dijo un paisano.

—¡Con caña! —agregó don Fermín, regocijado por la broma, que nosotros festejamos estrepitosamente.

Pronto el sueño se fué apoderando de todos, y bajo la suave claridad dormían también los picachos, el agua de los remansos y los árboles sin hojas.

LOS CENTAUROS

Cuando yo le conocí no parecía viejo. ¿Qué edad tenía? Nadie lo sabía de una manera exacta. En cuanto á él, declaraba con toda franqueza que lo ignoraba en absoluto, y si alguno trataba de investigar, sentábase para empezar la ardua tarea, entornaba los párpados rugosos y *echaba* sus cuentas—un balance interminable,—que ordenaba á su modo, haciendo el recuento de los días y de los meses, por las peleas en que se había encontrado, y por las heridas que había recibido en las batallas. Es claro que sus operaciones aritméticas salían erradas, porque como tenía pretensiones de ser joven, le quedaba siempre un sobrante de cicatrices. Paisano más original que éste, difícilmente se encontrará, y eso que la historia de las revoluciones presenta abundantes ejemplares de estos tipos extraños, que parecen haber sido contruídos con huesos y músculos distintos de los que usan los demás hombres. El comandante Rojas, del ejército oriental, era en

el trato un paisano agradable, que se afanaba por parecer inofensivo. No era corpulento, ni tampoco de pequeña talla. Más bien resultaba un poco bajo, porque la vida sedentaria que no cuadraba á su carácter, ni á sus nervios, acostumbrados á vibrar constantemente, le había aumentado el tejido adiposo, ensanchado la espalda y la cintura; su cintura, hecha de alambre maravillosamente flexible, cuando el brazo se estiraba, en movimiento rápido, para clavar la lanza hasta la media luna, en el pecho de su contrario. Su cara de fuertes mandíbulas y pómulos salientes, de boca grande y carnosa, de ojos pequeños y vivos, que él achicaba más, cuando alguna mala intención le pinchaba por dentro, ayudando al gesto, con un fruncimiento de cejas bien significativo, tenía, no obstante estos detalles, una expresión de llaneza y lealtad que no estaba en armonía con el resto de su persona. Hablaba pausadamente, con una cachaza desesperante, como si en la maquinaria de su cerebro hubiera alguna rueda que no girase bien, retardándole la concepción de las ideas. Cuando se cuadraba para saludar, sacándose el kepis de visera corta y paño granate, con anchos galones que fueron de oro, sus

piernas combadas, semejaban un paréntesis. Usaba el pelo corto, que era duro como crin, y de una negrura reluciente. Al caminar, notábase que estaba más habituado al caballo que á andar á pie y su cuerpo se balanceaba levemente, guardando la vertical, gracias al lastre de sus enormes botas. Tenía cierta gracia para narrar los acontecimientos de su vida y su conversación pintoresca no dejaba de ser interesante.

Sus peripecias, contadas por él, iban siempre acompañadas de gestos y gritos onomatopéyicos y cuando se referia á una de las tantas peleas que había tenido á lanza y cuerpo á cuerpo, se transformaba. Las pupilas se le dilataban, como si estuvieran bajo la acción de la atropina; el coraje que pone al descubierto la dentadura y crispa los músculos, se apoderaba de todo su cuerpo, y el oyente, atemorizado, arrojaba una mirada á la puerta, para huir, en caso necesario, ó levantaba el brazo á la altura de la cara, á fin de parar el golpe. Después que concluía de hablar, ó más bien dicho, de rugir, se tranquilizaba, y remataba el relato con una *ocurrencia* criolla, que obraba como sedante en los nervios conmovidos.

Su infancia fué digno prólogo de su historia,

como en la sinfonía, que en las obras musicales indica lo que será la partitura.

Era muchacho, cuando su madre le mandó á la próxima pulpería á comprar una arroba de azúcar. Tomó las maletas, montó en pelo en su gateado y se lanzó al galope por el camino vecinal, blanco y tortuoso como una senda de hormigas. Cuando se aproximó á la casa de negocio, vió en la puerta á un grupo de paisanos que se preparaba para asistir á unas carreras. ¿En qué paraje se correrían? Eso era lo que menos le preocupaba. Los paisanos se alejaron y Rojas detrás de ellos, hasta que al cabo de cinco días de trote y galope, llegaron á su destino. Presenció la carrera, se hizo de amigos, y de rancho en rancho, de pulpería en pulpería, carneando vacas que en esa época, como no había alambrados, pertenecían al primero que las *pialaba*, tabeando con los criollos, bailando pericón con relaciones y haciendo, á veces, vida de matrero en los montes del Arapey, de lo que menos se acordó el hombre fué del encargo de la pobre vieja. A los tres años, le vino la memoria y sin decir nada á sus compañeros, ensilló su pingo y le cerró piernas en dirección al pago. Era de no-

che, y una luz que oscilaba en las sombras, le indicó la querencia. Se apeó y golpeó las manos. Salió una mujer. Él la reconoció y antes de pedirle la bendición le entregó las maletas diciéndole:

—Madre, aquí tiene l'azúcar.

La guerra civil le encontró mocetón y fornido, y al revés de Juan Moreira, sirvió á la autoridad. En la pelea fué un centauro, porque en las cargas, revoleando su lanza, atropellando en lo más reñido del entrevero, parecía adherido á su caballo, y no hubo ni pechada que le moviera, ni encontrón que le sacara de los estribos. Su valor era igual cuando luchaba con un hombre solo ó con toda una partida. Las empresas más arriesgadas no le causaron pavor, y no se conoce el caso de que haya provocado á nadie para pelear por puro lujo. Siendo mozo, en pleno vigor de juventud, ya era reflexivo, y las mentas de su *guapeza* se habían extendido por todas partes.

Una vez, entró en una casa de negocio, donde el paisanaje se reunía los domingos, para jugar á la taba, beber y armar algunas pollas que se corrían en el camino real. En el corral, cerca del horno, numerosos gauchos presenciaban una

riña de gallos; otros, sentados en el mostrador de la trastienda, jugaban al truco, mientras que rodeados por unos cuantos admiradores, algo ebrio, como de costumbre, con una copa de Snap en la mano, peroraba el pardo Maya, taita ensoberbecido y respetado, cuyos golpes de mano eran asombro del rancherío. Rojas se sentó en un banco de ceibo entreteniéndose en armar un cigarrillo de tabaco negro. Pero apenas le vió Maya, gritó al mozo de la pulpería:

—Déle un vaso de cisnape al amigo Rojas.

—Gracias, no tomo.

—¿Cómo no ha é tomar, si yo lo mando?

—Aunque usted lo mande es lo mismo.

—¡Canejo! que está rogao. Con menos cogote se hace un puchero.

—No es orgullo, amigo, es que no tengo ganas.

—Pues, aunque no tenga, chupará á la juerza.

Y acompañando el hecho á las palabras, acercó su copa á los labios de Rojas. Este la apartó con un movimiento rápido, pero el otro dominado por la cólera, le arrojó el líquido á la cara.

Rojas sin levantarse, se secó con la punta del poncho y dirigiéndose al pardo le dijo.

-Usté me provoca, pero yo no he venido á peliar con naide. Sepaseló.

—¡Ah, zotreta! Has aflojado la prima, pero si sos perro ovejero, como á perro vi á tratarte.

Y sin que Rojas pudiera evitarlo, simultáneamente con la amenaza, sintió el fuego de la lonja en la cabeza y la tibia humedad de la sangre en el cuello.

Entonces se irguió con bravío ademán, pero bien se notaba que su rabia tenía freno. El *gauchaje*, que presintiendo la escena dejara sus diversiones, rodeó á los adversarios, tratando de separarlos.

—Mozo,—gritó Rojas,—traiga dos pañuelos de los juertes y á ver si hay aquí alguno que sepa hacer un ñudo. Y aura,—continuó,—ustedes, señores, serán testigos de que el dijunto tuvo la culpa.

Salió al patio; se hizo atar á su rival, pierna con pierna y brazo con brazo, dejando las diestras libres, y apenas comenzó la lucha, el pardo Maya soltó el cuchillo, inclinó la cabeza y quedó colgando. Estaba muerto.

En la guerra, Rojas fué siempre el promotor de los entreveros, sintiendo un placer salvaje al verse en medio de la matanza. El fusil en

sus manos era un arma inservible, y los hombres que mandaba, elegidos entre los más bravos y *crudos*, no parecían seres humanos, sino fieras, como Han de Islandia de Hugo. Su instrumento de combate era la lanza, de hoja ondulada como una llama, la que esgrimida al sol producía reflejos de oro, que pronto se transformaban en rojos. Del vigor de su naturaleza, se dicen cosas que parecen inverosímiles. Una partida numerosa de revolucionarios les perseguía tenazmente y mientras la gente huía á la desbandada, buscando un monte en que guarecerse, él se cortó con pocos hombres, y salió al encuentro de sus perseguidores. Repentinamente se produjo el choque. Peleó y mató, pero al verse cercado y solo, pues sus compañeros habían caído en la pelea, se abrió paso rompiendo el círculo de pechos á punta de lanza, pero no pudo hacerlo tan rápidamente, sin que una arma traidora le partiera la espalda, quedándole clavada la media luna, con el asta rota, saliéndole la punta por delante. Así, con la hoja clavada en los pulmones, desangrándose, galopó toda la tarde y la noche, hasta que pudo ganar el monte del río Negro. En un gajo de coronilla, engancho la media luna, tiró y

se sacó el enorme hierro de la herida. Más tarde, débil, casi arrastrándose, montó como pudo en su caballo, y sigilosamente, marchando de noche, ocultándose de día, llegó á un rancho amigo, en donde le cuidaron y sin curarse del todo, volvió al ejército, para pelear de nuevo con más bríos, dominado por el instinto que le empujaba al peligro, no encontrando otro lugar más grato á sus deseos, que aquel en que el estruendo de las armas y los alaridos del lancero, apagarán los demás rumores. Y cuando la paz arrojaba sus cenizas sobre los odios de los partidos en lucha, el héroe buscaba un lugar solitario, el más agreste, á donde no pudiera llegar el eco de la voz humana, y así pasaba el tiempo hasta que la guerra volvía á interrumpir el silencio de su retiro. Y cuando el monte en que estaba guarecido se poblaba de cuatrerros, y entre los pedregales de la sierra blanqueaban las osamentas de las vacas robadas, las ventanas de su nariz se dilataban olfateando la lucha; todo su cuerpo vibraba con movimientos impulsivos; ejercitaba el brazo, como el tigre la zarpa, para convencerse de que la inacción no había destemplado el acero de sus músculos; aguzaba la punta de su lanza en

las piedras de afilar de la cuchilla; componía las riendas de su caballo, hechas de cuero crudo, viejo pero resistente como la piel de su cuerpo, y una alegría canibal sacaba chispas de sus ojos montaraces y ronquidos de su garganta, modelada para los gritos de pelea. Sin embargo, este guerrillero temible era capaz de hilar, como Hércules, á los pies de cualquier Onfala peinada de trenzas y vestida de percalina color de rosa. La paz le transformaba. Una profunda melancolía, una extraña nostalgia le invadía por algún tiempo, hasta que concluía por adaptarse al nuevo sistema de vida.—¿Adaptarse?— No es esa la palabra.—Se resignaba, se sometía, ocultando su secreto,—la esperanza de que pronto escucharía otra vez la clarinada, el himno de guerra, cuyas vibraciones más que en sus oídos, repercutían en su corazón, como un repique de campanas, como el aleluya de la felicidad suprema. Poco después de una campaña en la que él había tomado parte, el ministro de la guerra, que le quería mucho, le hizo ir á su despacho. El salón tenía bastante luz, pero el comandante Rojas penetró en él sin ver á nadie.

El ministro le preguntó, sonriendo :

—¿Qué es eso, comandante, ya está corto de vista?

—No, Eselencia,—contestó él, volviéndose con rapidez,—es que como vengo de ajuera y en el campo se ve tan lejos, me quedé como encandilao.

Los años pasaron, y la guerra también. La paz había hecho crecer la hierba, ocultando las cureñas rotas y los fragmentos de lanzas. En el alma de los cañones, los pájaros fabricaban sus nidos y los pobres paisanos, vueltos al hogar, reconstruían el rancho, casi convertido en tapera, hachaban el abrojal, y desarraigaban la borraja cimarrona y las ortigas que poblaban la chacra. El comandante Rojas se atenuaba, y á semejanza de las ardillas de Darwin, el nuevo ambiente y demás necesidades imperiosas, le desarrollaron facultades que él nunca se imaginó poseer. Levantó su rancho sobre una loma siempre verde y no muy distante del monte. El rumor de las hojas y la fragancia de las trepadoras en flor, le hablaban de momentos felices, haciendo desfilas en su memoria todo un escuadrón de recuerdos. Pocas veces habitaba su choza. Su gusto era dormir bajo un tala corpulento, cuyos gajos parecían instrumentos musicales al venir la madrugada. Solamente ocupaba el rancho cuando el invierno escarchaba la llanura, y convertía en vidrio el

agua de los charcos. Entonces sus viejas articulaciones, sus cartílagos distendidos, funcionaban trabajosamente y se veía obligado á guarecerse bajo techo. El calor de la fogata le reanimaba, y le volvía por un tiempo la agilidad interrumpida. Una cosa le molestaba grandemente: el ferrocarril, cuyos rieles cortaban el campo, á pequeña distancia de su vivienda. Había que verle, cuando el tren pasaba, produciendo dentro de los cuartos un ruido ensordecedor y espantando con silbidos estridentes á los carneros, que se entretenían en comer el pasto jugoso de los desmontes. Se ponía impaciente, no pudiendo reprimir su rabia, aunque no mostraba los puños como los labriegos de Zola. Tenía el presentimiento de que el ferrocarril era un símbolo: la vida nueva latiendo sobre los escombros de lo pasado. De seguro que si la locomotora hubiera sido de carne y hueso, habría salido al camino para pelearla, hiriéndola en los émbolos, y deteniéndola á botes de lanza.

Hacía mucho tiempo que no le veía, pero una tarde pasando cerca de su rancho, fuí á hacerle una visita. Le encontré sentado en el umbral, enjugándose el sudor de la frente, con un pa-

ñuelo multicolor de área inconmensurable. Un facón de mango de bronce, empapado en un líquido verdoso, estaba caído sobre una mata de verdolaga, y en frente de él formaban pirámide, una porción de plantas recién cortadas. Se levantó para saludarme y me apretó la diestra con su manaza formidable. Sufrí con estoico valor su expresiva demostración de aprecio y cuando se me hubo pasado la emoción, le pregunté lo más naturalmente que pude:

—¿Y cómo le va, comandante, con el nuevo oficio?

—¿Cómo quiere que me vaya? Mal, no más. Vea si no: aré la tierra, la rastrié á mi gusto y sembré unas semillas que me vendió un chacarero y ¿sabe lo que dieron? ¡cardos! De rabia los corté á machetazos. Cuando uno se pone bichoco, hasta los gringos lo pitan.

Me acerqué al montón y examiné las plantas.

—Pero amigo,—le dije,—¡si son alcauciles!

El se rió con incredulidad, y como yo insistiera, terminó diciendo:

—N'importa, todos han de ser de la manada.

Ocupaba un pedazo de campo fiscal que el gobierno le había dado para que lo cuidase. A la derecha del rancho se hallaba la chacra, alam-

brada hasta la mitad. Algunas hortalizas manchaban de verde brillante la tierra recién labrada y entre un zapallar estaba volcado un arado de sistema antiguo con la reja limpia y lustrosa. Bajo la enramada se veía un carrito de dos ruedas echado sobre el pértigo. Algunas gallinas escarbaban la tierra removida de un cantero y dos patos marruecos se bañaban en un charco de agua barrosa, agitando, después de zabullirse, las alas tornasoladas.

Me invitó á entrar y así lo hice, agachándome un poco para no lastimarme en el dintel de la puerta; me hizo pasar á la primera pieza que hacía de sala, dándome la mejor silla, de asiento imposible, con el respaldo de caoba carcomido por la polilla. Las paredes de terrón blanqueadas, mostraban las negras junturas de los adobes y la paja brava del techo estaba diestramente quinchada. La luz penetraba en el cuarto por una ventana sin vidrios. El se sentó también, pero en un banco y empezó á hablar de lo que le preocupaba todos los momentos, de sus heroicas hazañas que repetía hasta el cansancio, sin desfigurarlas, sin decir una sola mentira. Como hiciera referencia á su lanza, en el mismo instante en que yo estaba mi-

rando una, clavada en el techo á lo largo de la cumbreira, le pregunté señalándola:

—¿ Es esa?

—La mesma,—dijo, y se fué á desprenderla, trayéndola en seguida.

Casi no cabía en el cuarto. Era larga, con el asta negra, muy pulida, la hoja ondulada y la media luna ancha y filosa. Pesaba enormemente, trayéndome á la memoria el sable gigantesco de aquellos guerreros sajones, que cita Walter Scott.

Como le hiciera notar una melladura en la punta, me dijo:

—A la cuenta tocó en algún güeso.

¡ Ah pobre veterano—pensaba yo—tú también, como tu lanza, estás mellado y para siempre; como ella eres un instrumento de combate, completamente anacrómico!

No tengo duda de que con esa penetración del gaucho vivo, leyó mi pensamiento, porque siguió diciendo:

—Entuavía puede prestar servicio; no hay más que sacarle punta,—pero yo amigazo... ni filo. Me duelen los caracuces cuando camino y el caballo hincha el lomo cuando lo monto. En otro tiempo...

Tenía la hoja de lanza entre las manos y me

pareció que la acariciaba. Era el último agasajo á su vieja amiga, á su compañera inseparable, que en los momentos de peligro, le prestó ayuda, para librarle la vida; compañera siempre fiel, que le obedecía, sin doblarse, sin errar el golpe, y que interpretaba su voluntad, clavándose en los corazones, ó partiendo pechos á su antojo. Se quedó un rato silencioso. No lloró, porque esa gente no llora, pero oí algo así como un ronquido sordo, que le salía seguramente de las entrañas. Tal vez era que las lágrimas, no pudiendo subir hasta los ojos, se le derramaban adentro. Me despedí de él con respeto. Era la edad de hierro de la guerra, lo que allí quedaba. El vestigio de una generación de centuaros de carne y hueso, que habían pasado triunfalmente la campaña, imponiendo el derecho de los fuertes, extinguiendo vidas para salvar la propia, sin pensar acaso que la historia de la patria tenía algo que ver con alguna de sus gloriosas cicatrices.

¿Vive el viejo veterano?—Lo ignoro. Pero si ha muerto, debe colocarse como elocuente epitafio sobre su tumba, aquella lanza de mellada punta, que tantas veces hizo brillar, en el torbellino de las cargas, como un relámpago arrojado por sus puños.

CAMPO

—Buen día.

—Ustedes le tengan gueno. Apéense.

—Gracias, señora ¿Podría indicarnos la estancia de don Domingo Ferreyro?

—¡Cómo no! ¡Si está muy cerquita! No tiene más que agarrar esta senda y al salir del alambrado, tuereen á la izquierda. Caminan siempre derechito y van costeano el monte. ¿Ven aquel tala en lo más alto de la loma? Güeno: enderezan pa lla y en cuanto bajen la cuchilla, se topan con las casas.

Nos despedimos, pensando que con señas tan precisas era imposible equivocarse. La informante se quedó en la puerta, con el mate vacío en la mano, gritando á los perros que corrían tras de los caballos, ladrando enfurecidos y emprendimos el galope, buscando orientación en aquel laberinto de caminos vecinales en que nos habíamos metido como buenos puebleros maturrangos. Por fin, después de dar vueltas y revueltas, tomamos rumbo, orillando el monte,

cuyas copas reflejaban oro bajo la luz quemante de aquel sol de estío que se espaciaba en la inmensa llanura. ¡Linda jornada! Habíamos salido del pueblo antes de amanecer, cuando las estrellas empezaban á desvanecerse y después de dos horas de marcha, todavía nos faltaba mucho para llegar al fin de nuestro viaje. Al principio, tanteábamos en la sombra, avanzando con precaución, para no llevarnos una esquina por delante. El pueblo dormía—duerme siempre—pero á esa hora, nos parecía que cruzábamos el campo santo, pues la impresión funeral resultaba completa. Luego, en el ejido, el agua del bañado nos incomodaba, salpicándonos el rostro y tuvimos que andar al tranco gran trecho. El olor á campo vino con la primera ráfaga fresca y el molino y el monte surgieron de pronto, vagamente destacados, á pesar de que estábamos sobre ellos. El estrépito de la cascada artificial, aumentaba, á medida que nos acercábamos y al azotarnos al paso, bastante crecido, distinguíamos la masa de agua, poco espumosa, que caía en el remanso, estremeciendo las compuertas.

La arboleda se prolongaba siguiendo las tortuosidades del Canelón Chico y en las curvas,

las anchas lagunas inmóviles, parecían reposar aún, bajo el imperio de la sombra. ; Campo! . . . Entonces, — no obstante la obscuridad indecisa que borraba el contorno de las cosas, — la mirada pudo dilatarse soberana en la extensa planicie, — cortada á lo lejos por una elevación de tierra, que iba creciendo gradualmente hasta formar los primeros montículos de la cuchilla, cuyas faldas ascendían como nacimientos de turgentes senos. Los ranchos, semejaban animales monstruosos echados en el pasto. En uno solo, junto al camino, apareció una llama, y una columna de humo que se filtraba por las quinchas; probablemente, algún chacarero madrugador que preparaba el desayuno. A no ser por algunos rumores: — balidos de ovejas todavía encerradas en las «mangueras»; cantos de gallos, repetidos en diferentes tonos; débiles gorjeos de pájaros insomnes, — nadie hubiera creído que dentro de breves instantes iba á despertar el día, y mientras mi acompañante hablaba, refiriéndome anécdotas y frases de individuos que íbamos á encontrar en la estancia, — me dediqué á observar la mutación teatral que se operaba á nuestra vista. Quería sorprender el momento preciso en que la noche descorre su telón de boca sal

picado de chispas, descubriendo el amplio escenario de la naturaleza, con decoraciones de prodigiosos bosques, corrientes rumorosas y bambalinas de cúmulos bermejos. Pero el cambio fué tan suave, que sin advertirlo, la luz se hizo en gradaciones sucesivas, de la sombra á la penumbra, de la penumbra á la claridad, primero con palidez de crepúsculo, luego diáfana, después intensamente luminosa.

—Bueno, este doctor Ferreyro, no es doctor...

—Ya sé, es curandero...

Y mi acompañante, Gerardo López, excelente mozo decididor y alegre, un tanto mordaz para juzgar á sus conocidos, como buen hijo de aldea—me hizo la historia de todo el mundo.

El doctor como le llamaban los paisanos, era un gallego listo, ex dependiente de farmacia en sus mocedades, que se había radicado en el pago y en donde había hecho fortuna en breve tiempo; él no sabia curar, ¡qué iba á saber! pero en las operaciones que se relacionaban con sus intereses, no existía cirujano que le aventajase. Su principal sistema era el de la dieta, porque, en general, sus clientes, después de una asistencia rigurosa, se quedaban sin tener qué echar al estómago y en cuanto á sus hijas, dos

muchachas feotas y desgarbadas, eran una especie de preservativo contra el matrimonio. Sin embargo, ese día se casaba una, la más difícil de pasar, pero probablemente el padre se la endosaba al amortalado galán, emulsionada con dote. Y él, el *dotor*, era hombre simpático, muy bien parecido, con una cara rozagante, adornada por una pera algo canosa. Su amor propio científico daba risa. Delante de los pobres gauchos desplegaba su talento medical, aturdiéndoles con términos que ni él mismo entendía y los pobres le pagaban sus afanes, con sus bienes ó con la vida, comúnmente con las dos clases de moneda. ; Hombre bárbaro!—De su *clínica*, habían salido cosas que parecen inverosímiles. La mayor parte de los dolientes, previo examen minucioso, resultaban tener la paletilla caída y con toda prosopopeya, les ingería unas pócimas, hechas con jugos de raíces y otras mixturas infames. Su fama era *universal* y el paisanaje le reverenciaba. Sólo uno podía vanagloriarse de haberle faltado al respeto. Era éste un gaucho teru-tero, que de rabia, por haberle dejado el *dotor* más enfermo de lo que estaba, después de explotarle miserablemente, se presentó cierto día en casa de éste—en compañía de un amigo

y compadre—arreando un hermoso cerdo,—que de bien cebado se había transformado en una esfera de magras.

—Señor doctor, dijo el paisano,—aquí le traigo mi chanchó, pa que me haga el favor de recitarle algún brebaje, porque hace más de diez días que el pobre animalito no come, lo mismo que si hubiera hecho promesa...

El *doctor* al verse *agredido* de ese modo, iba á protestar indignado, pero de pronto, cambió el gesto y pareció preocuparse del nuevo cliente, examinándole con mucho cuidado, en tanto que el porcino gruñía al sentir las cosquillas que le hacía en el lomo.—Don Domingo dijo, después, con toda naturalidad:

—Si el animal no come y está jordo, su mal debe ser grave. Pur lu menus, se trata de una hidrupesía jalupante. Para observarle bien, éntrelu y lu dega cuatro días en aquel chiqueru.

El paisano, que no quería descubrir el juego y algo desorientado por el giro que tomaba el asunto, pues él esperaba un diluvio de agravios, dejó el cerdo, creyendo realmente que el *doctor* se ocuparía del *caso*. Al salir, se juntó con su compadre diciéndole:

—¡Pucha gallego bruto! ¿Quedrá creer que ni ha orejiao siquiera? Me lo ha hecho dejar pa saminarlo,—y mire, compadre, Dios me perdone, pero creo que el hombre ha venido al mundo pa curar chanchos.

Y se reían, comentando la broma, que bronto circuló entre el vecindario, propalada por ellos mismos. A los cuatro días volvieron y cuál no sería el asombro de ambos, cuando el *dotor* les dijo, que el cerdo había estallado como una bomba; que tuvo que hacerle la autopsia, encontrando que el mal de que padecía era muy contagioso, por cuyo motivo se vió en la necesidad de quemar al difunto. Y no hubo forma de averiguación, porque aquel *clínico*, era contundente en sus diagnósticos. El paisano se retiró consternado. Mucho tiempo después supo que lo de la autopsia era verdad, porque el enfermo quedó convertido en jamones.

¡Lengua viperina!—Mi acompañante siguió detallando, con su habitual chismografía. También me iba á encontrar en la estancia de don Domingo Ferreyro, con un gaucho «riquísimo», no tanto por la fortuna, como por lo ignorante. Un alma «primitiva», cañdorosamente animal. Inofensivo, como bestia mansa; un objeto de

burla. Era un hombre de regular estatura, picado de viruelas, piernas combadas, ojos claros, recia dentadura y muy risueño. Se reía por cualquier friolera, sobre todo bajo la acción estimulante del *schnaps*. Hablaba nasalmente, con una voz gangosa de fonógrafo, y las palabras le salían de la nariz lentas y sin vibraciones, acaso por el cambio de rumbo que experimentaban. Se llamaba Silvestre López, y por sobrenombre *El Nato* á causa de su enorme protuberancia olfatoria. En cierta ocasión que visitó la ciudad, el hombre se quedó admirado ante una casa de cinco pisos, elevación estu-penda, que nunca pudo concebir su rastrera fantasía.

—¡Pácese mentira—exclamó—que la tierra sea capaz de aguantar tanto peso!

Otra vez, la familia de la casa donde se hospedaba, tratando de divertirle, le llevó al teatro. Se cantaba *Lohengrin*. Al principio, le entrete-nía el Caballero del Graal, «retobao» en plata, como él decía, y el cisne que tiraba del «pértigo» «con más baquía que un güey delantero». Pero al rato, la emoción artística se marchitó en su alma, estéril como tierra gredosa, y el hombre se quedó dormido en la butaca. Su ve-

cino de asiento,—un melómano empedernido—le sacudió fuertemente, despertándole.

—Pero amigo, le dijo,—¿cómo puede usted dormir cuando se da una ópera tan sublime como ésta?

—Y él le contestó:

—Pa icirle la verdá, amigazo—me gusta más el riñidero.

Cómica era la anécdota, pero esta otra la superaba: A la vuelta del teatro, don Silvestre se fué á acostar. Eran las tres de la madrugada y el dueño de casa se hallaba intrigado con la profusa iluminación que había en el cuarto del huésped. Temeroso de un incendio, entreabrió la puerta, y se encontró con el paisano en traje ligero, muy atareado en soplar el gas con intención de apagarle. Transpiraba abundantemente y tenía el rostro congestionado por los esfuerzos.

—Pero ¿qué hace, López?

—Déjeme, amigo, que no sé que tiene esta maldita candileja que no se apaga.

El dueño de casa le enseñó el procedimiento, y él, víctima del asombro, murmuró:

—¡Bendito sea Dios, ya he visto tuito lo que tenía que ver: nada menos que arder el aire!

Entretenidos con los « cuentos » nos íbamos acercando á la estancia. El sol « picaba »; el horizonte limpio de nubes, y los campos resplandecientes, parecían pintados á la acuarela. Se anunciaba un espléndido día, aunque bastante caluroso, porque de los charcos y matorrales surgía ese rumor de violines desafinados que producen los élitros. Al bajar la cuchilla, vimos las « casas » y á poca distancia de ellas, la parva de trigo, con el palo en el medio, largo como un asta, y las yeguas girando en derredor encerradas en un cerco de troncos. La trilla estaba en su apogeo. Los gritos de los peones vibraban estridentemente, como alaridos de indiada; y en el patio se notaba inusitado movimiento, un ir y venir de hombres y mujeres, llevando y trayendo, todos, algún objeto, que no se distinguía bien á la distancia. Pero lo que predominaba era el bullicio atronador, constante, que aquella gente hacía, como si todos se hubieran propuesto aturdirse recíprocamente. Nadie notó nuestra presencia, ocupados como se hallaban en la complicada faena,—y eso, que la perrada nos salió al encuentro, formando una verdadera escala cromática de ladridos,—desde la nota grave del mastín ovejero, hasta la aguda del « cusco »,

perseguidor de vizeachas y comadreas. Mi amigo, espantando á rebencazos la jauría, se internó sin pedir permiso y yo caminaba siguiéndole, cuando cerca de la cocina tropezamos con el capataz, que salía en ese momento, ocupado en desenredar un sobeco. Era un pardo de talla gigantesca, cabeza grande, pómulos salientes, nariz chata y ojos pequeños. Vestía chiripá de merino azul y llevaba botas largas de tropero. Estaba en mangas de camisa y lucía un facón descomunado atravesado en el cinto. El aspecto del coloso me impresionó mal, pero en seguida quedé tranquilo, porque nos saludó amablemente, particularizándose con Gerardo, principal invitado á la fiesta. Fuí presentado con toda solemnidad y sufrí los agasajos de estilo, alegre al verme ileso, aunque con el cuerpo acalambrado por el galope. Nos dijo con voz fuerte y sonora:

—Dentren, amigos y estén como en su casa. ¿Y los caballos?

—Allí están, en el palenque, le contestamos, indicándoselos.

—Los voy á largar en el potrero pa que se revuelquen.

—Le preguntamos por don Domingo, extrañando no verle, y nos respondió:

—Aurita no más ha de llegar con la comitiva, pues de madrugada salieron tuitos pal pueblo donde se casa la hija del patrón.

Entonces nos acordamos de que había nupcias, además de la trilla, y del baile ¡vaya un holgorio! La cocina echaba humo, por la negra chimenea, por las rendijas de las paredes, por la puerta, por los cimientos—y se oía una trepidación de motores:—las marmitas colosales atestadas hasta la boca de carnes diversas. El vapor estremecía las tapas con un repiqueteo significativo,—y era de ver el aspecto de los pinches improvisados, contraídos exclusivamente al trabajo, como si ejercieran funciones trascendentales. Algunas criollas pasaron junto á nosotros, cargando pasteles de fuente, con muchos adornos de hojaldres y flores exóticas de masa embadurnada de azúcar y huevo. Una moza bastante simpática, regordeta, de pelo lustroso muy bien trenzado y frescachona, nos miró insistentemente, pero sin malicia, algo cohibida, al encontrarse de improviso con dos forasteros. Entraban al comedor, y volvían á salir, metiéndose en la cocina, de donde regresaban, limpiándose los ojos irritados por el humo del coronilla. De un cuarto próximo surgían con-

versaciones y risas. Terminando una carcajada, apareció un paisanito, enarbolando una guitarra, empavesada con cintas de raso multicolores, muy ufano y orgulloso, pues era la persona más interesante del pago. Le conocí inmediatamente. El me vió y se vino derecho á saludarme. Era un mocetón bien plantado, flaco y nervioso, de ojos celestes y pelo castaño.

—Tanto güeno puaquí, me dijo, apretándome la mano y el brazo.

—Que tal amigo, le pregunté, esquivando la demostración efusiva, ¿cómo anda esa musa?

El replicó:

—Bien, no más, compañero (casi me dijo colega).

Era payador y guitarrero de fama; un *pichón* de Santos Vega, que estaba emplumando al calor de las rancherías. Y sus canciones improvisadas eran repetidas como las rapsodias de Homero. En esto, se nos arrimó otro personaje, de mala catadura; un ejemplar del semigaucho, tanto en las costumbres como en la indumentaria. Su cara aindiada, no resultaba repulsiva, con todo, pues los ojos negros dábanle cierta expresión de franqueza. ¡Enigmas del rostro! Su bombacha era amplia con una franja color

lacre desvanecido; llevaba saco, pañuelo celeste agolillado al pescuezo y rebenque en la mano izquierda. Sus botas de charol, con respunte blanco en las cañas, se le habían plegado, por efecto de su misma gravedad, en forma de acordeón. Rudeciendo Amores, el payador,—nos le presentó, mirándonos fijamente, para observar el efecto que nos producía:

—Comisario,—dijo,—vi á presentarle dos amigos...

El otro nos saludó sin inclinarse—(la autoridad debe permanecer lo más tiesa posible) y nos dió la mano, pero sin estrechar las nuestras. En el cuarto de enfrente, aumentaba el rumor de las risas y de las conversaciones. A veces se oía que raspaban algo á cuchillo. Era el lugar donde se efectuaban el amasijo y la batea se *quejaba* crujendo á los golpes de la masa. A un costado del rancho, una nube incommensurable se levantaba, ondeando, como una tromba marina, y debajo de ella, asomaba á ratos una llama de incendio. Era el horno que se caldeaba. Un paisano viejo, sucio y desaliñado, revolvía las astillas de leña ya encendidas, con un palo en cuyo extremo había un arco de hierro y al removerlas, con la llama que lamía

la boca, se esparcía un chisperío permanente de fragua. El hombre sudaba copiosamente, mostrando por la pechera de la camisa el esternón cubierto de pelos, como un Vulcano silvestre. Agachábase para recoger los tizones humeantes que caían á sus pies quemándole los tamangos, y los volvía á arrojar á la hoguera, en un trajín afanoso, empeñado en acelerar el caldeo pues ya era tarde, y el horno, humedecido por las lluvias, empezaba á echar pequeños copos de vapor por las junturas del revoque.

Los perros, impulsados también por el flujo y reflujo de la concurrencia, andaban de un lado para otro, con ganas de dormir, pues todos habían madrugado aquel día; de modo que en cuanto veían un rincón desocupado se echaban, estirando las patas, con los ojos soñolientos y los belfos caídos; pero poco les duraba la siesta, pues el patio estaba convertido en un jubileo y no faltaba alguien que pasara precipitadamente, espantándoles. Para aumentar el ruido, una punta de ganado se había aproximado á las casas mugiendo lastimosamente ante los despojos de la res carneada poco antes, cuya panza voluminosa estaba tirada en el pasto, entre un charco de sangre coagulada. Era la

única nota melancólica que alteraba el deleite uniforme de la fiesta, y los pobres animales prolongaban el coro de mugidos, mirándose con ojos que ya no tenían sueños de hierba fresca, según la frase del novelista francés,—sino la impresión del espanto. La extraña música habría continuado en el mismo tono quejumbroso, si un paisano no hubiera azuzado á los perros, que se abalanzaron sobre los vacunos, prendiéndoseles de los hocicos, de las colas y de los garrones, hasta conseguir la dispersión de los plañideros. Atraído por el estrépito, nos acercamos á la era para presenciar la trilla. Allí también se reía ;pero de qué modo! La infeliz china que acarrea el mate, cada vez que se acercaba á un grupo, era víctima de todo género de bromas. Con su nariz fina y extremadamente larga, y su cara de feto, parecía un ave de bañado. Ella soportaba las groserías con paciencia.

—Ña Toribia, no bebe el mate con agua tibia, decía un paisano.

Don Silvestre, el del reñidero, también se había puesto chusco, y el *schnaps* se manifestaba francamente en su boca abierta por la risa. Estaba sentado en un alambre del cerco y fumaba

concienzudamente. Se paró con trabajo para hablarnos, diciendo con voz gangosa:

—La trilla está güena; hay más gente que chimangos.

Efectivamente. El paisanaje afluía cada vez en mayor número, y por el camino se veían llegar otros grupos, al galope, entre nubes de polvo. El sol caía á plomo, sofocante como el calor del horno que el viento traía en bocanadas con olor á pasteles; en tanto que la operación de la trilla continuaba con gran actividad. Las yeguas giraban, giraban siempre, unas detrás de otras, atropellándose, tropezando en los montones de paja, hundiendo las patas en el trigo desgranado, sudando espumosamente, impelidas por los gritos de los peones y por los arreadorazos que un individuo, fuera de la empalizada, las aplicaba en los costillares y en las ancas, ensañándose con las rezagadas, que aflojaban el trote vencidas por el cansancio,—mientras que desde lo alto de la parva, un hombre arrojaba mies á la era con una horquilla de rama cortada en el monte. Luego, el griterío debilitado, recrudecía con más violencia, á medida que la tropilla hacía visible el movimiento de rotación. Sonaba el cencerro; chasqueaban

los rebenques; volaban las briznas, resplandeciendo al sol intenso de aquella mañana, en olas de polvo de oro—y sobre todos los ruidos, repetidos con monótona insistencia, vibraba el estribillo usual como un ritornello: «A la yegua, á la yegua, á la yegua madrina!»... De pronto, se sintió un tropel de caballos: era la comitiva que regresaba de la iglesia. La novia venía en medio del grupo, apareada al novio. El era un paisano bastante maduro, de ojos lánguidos, con cara de inocente, muy bien empilchado—y ella, con su traje nupcial, ajustado exageradamente al cuerpo, morena y flaca, parecía una cigüeña con velo y coronas de azahares. Sus ojos revelaban miedo, lo que provocaba hilaridad en el gauchaje, dando lugar á bromas inconvenientes. En cambio, el cónyuge estaba risueño, como hombre acostumbrado á reincidir, pues era dos veces viudo; y el resto de la escolta hacía ostentación de su alegría, como si todos fueran recién casados. Don Domingo daba la nota festiva, haciendo rayar su lobuno en medio del patio, á fuerza de castigo—y antes de que se apearan, se produjo un tumulto espantoso; Estallaban los cohetes de la India; los peones daban vivas, gritando hasta ponerse roncos; el payador, con

la guitarra terciada, cantaba una décima epitalámica, con voz de faleete, que parecía una congoja; los perros, metidos en danza, unían sus ladridos á las demostraciones de regocijo general; don Silvestre, convertido en galante caballero, con una rodilla en tierra, servía de escabel á la desposada, en tanto que de la era llegaba la voz estridente del dueño de la tropilla y resonaba con más vigor que antes, el estribillo: «A la yegua, á la yegua, á la yegua, madrina.»

Mi compañero y yo nos creímos obligados á felicitar al padre, á la hija y al novio, por tan fausto acontecimiento. Ella nos miró con ojos de espanto, y no acertó á darnos las gracias, aunque quiso decir algo, y el doctor expresónos su tristeza por tener que separarse de una criatura tan buena y tan hacendosa... elogios que oía don Silvestre, riéndose á carcajadas, con imprudencia de borracho. Al fin, no pudiendo contenerse, expresó su brutal pensamiento:

—¡Qui ha de sentir culpa, si estaba rabian-
do por largarla!

El otro, sin darse por ofendido, hizo alusión al estado de don Silvestre, y nos llevó al comedor, donde el estrépito resultaba insoportable. La suerte nos favoreció (¡egoísmo humano!),

pues antes de terminar el banquete, la novia fuertemente conmovida, tuvo que retirarse, saliendo tras ella el padre y el novio—y nosotros, aprovechando el momento propicio, nos escabullimos sin ser notados. En el patio no había nadie. Solamente un perro flaco y lanudo mascaba un hueso enorme, apretándolo con las muelas y cerrando los ojos á cada esfuerzo que hacía. Aun la cocina echaba humo, pero en menor cantidad. Por la puerta se veía el piso cubierto de cenizas y marlos quemados, y en un costado de la casa, ensartado en un gajo de tala, se asaba á fuego lento un costillar con cuero, manchando la gramilla verde con el jugo sanguinolento que chorreaba.

A la tarde, ya fatigados, emprendimos el regreso, no sin antes despedirnos amablemente de don Domingo, que había vuelto á recobrar su gravedad científica y del payador, quien nos abrazó contento por el triunfo que había obtenido, improvisando versos y cantándolos.

El comisario se dignó ofrecernos su oficina, lo que agradecemos con algún escrúpulo. Don Silvestre, todo desconsolado, se acercó á mi amigo Gerardo y le habló en secreto, pues eran viejos camaradas. Yo estaba algo distante y no

pude oír bien lo que le decía; pero mi compañero, al darle la mano, le repitió en voz alta:

—Ahora, no hay remedio, amigo; aguante la parada.

El se quedó caviloso, con su cara ridícula de sátiro afligido.

Ya en camino pregunté á Gerardo:

—¿Qué le ha pasado á don Silvestre?

—Que ha hecho otra barbaridad. Figúrese que el hombre estimulado por el snape y el entusiasmo del casorio, se ha apersonado á don Domingo y le ha pedido seriamente la otra hija en matrimonio.

—Y él se la ha negado...dije yo, para terminar la frase.

—Al contrario se la ha concedido, y en voz alta, delante de toda la concurrencia, como para asegurar el cumplimiento del contrato.

Nos reímos de veras. El sol se ponía triunfante, prolongando las sombras de los árboles y de los ranchos,—y hasta nosotros, ya lejos, llegaban distintamente los mugidos que lanzaban los vacunos antes los despojos de la res, cuya panza estaba tirada en el pasto, entre un charco de sangre coagulada.

EL ÚLTIMO CAUDILLO

En su piel rugosa y dura como la corteza del quebracho, las medias-lunas habían dejado huellas de cicatrices,—y las viejas heridas, curadas sin puntos de sutura, jamás le produjeron dolor alguno, y eso que su osamenta recibió, más de una vez, la impresión de las hojas dentadas por los choques; pero su cuerpo, forjado quién sabe en qué fragua,—montada para fabricar las piezas orgánicas de estos guerreros apocalípticos,—había empezado á aflojar en los últimos tiempos. Experimentaba algo parecido á un descoyuntamiento general, cual si el engranaje de su formidable maquinaria no ajustase lo bastante, entorpeciéndole intermitentemente el funcionamiento de la vida. Sentía que la sangre se le detenía en las arterias, para circular luego con violencia inusitada,—lo mismo que la corriente, cuando encuentra un obstáculo, que se para, y salta después con más fuerza, entre turbiones de espuma.—Pero ¡ay! el río continuaría eternamente su curso, mientras que él

se agotaba sin remedio, sin esperanza de recobrar el vigor de otros días. Las extremidades inferiores apenas le obedecían, como si estuvieran anquilosadas, — y en muchas ocasiones, sintió cruzar por ellas, á manera de un dolor fulgurante, que le obligaba á cerrar los ojos y á apretar las mandíbulas, rechinando los dientes. Sobre todo, lo que más le angustiaba, era el estado de su brazo derecho, inútil para el trabajo, quedándole, después de un esfuerzo, inerte y caído á lo largo del cuerpo. — No, ya no servía. A su pesar se reconocía impotente para luchar con aquel enemigo invisible que le hachaba la vida con insistencia implacable, y que concluiría por tumbarle, como él, en su juventud, soñía derribar al ñandubay de tronco de hierro, á los golpes de su corvo sable. No obstante su convencimiento, había momentos en que no podía contener su fiereza. ¡Sería posible, — exclamaba — que él, el coronel Laguna, que nadie pudo doblar, ni menos vencer; curado por los puntazos que había recibido en los combates, fuera á sucumbir en una cama, como un paisano cualquiera! ¡Todavía, si pudiera morir en su ley! Pero esto no sucedería, porque ya no se peleaba. Ahora iban los hombres á la guerra

para robar novillos orejanos;—cobardes renegados de su raza, que han trocado la lanza por el cuchillo, y que no saben matar sino por la espalda, lamiendo, como perros mansos, la mano que les castiga.

Después de un acceso de rabia, se calmaba gradualmente, terminando por decir:

—Al ñudo me desespero; los gatos monteses no paren tigres, aunque son de la misma laya, y estos gauchos degeneraos ya ni enseñan sus guachos pa el campo: los hacen doctores.

Su mujer, una criolla vieja y achacosa sometida enteramente á su voluntad, le escuchaba con respeto y á veces con temor de que le tocara un chispazo de aquella tempestad que tan cerca se desencadenaba. Por lo demás, ni á ella misma se quejaba de sus dolencias. Acostumbrado al sufrimiento, él y el dolor eran camaradas antiguos. Al verle andar penosamente, inclinado hacia adelante, arrastrando sus largas tibias, se reconocía el poder demoledor del tiempo, que mina los organismos y ablanda las carnaduras, disgregando sus moléculas. Cuando tenía que dar un tranco decía:

—Jué pucha, si páese que piso lana.

Entonces, aplastado por su situación presente,

encontraba más facilidad para tranquilizarse hacia lo pasado, y removía los hechos casi legendarios de su existencia, tumultuosa, pero llena de encantos, sintiéndose moralmente rejuvenecido, al pensar en los sucesos de sus primeros años, cuando sus articulaciones eran flexibles y elásticas todos los goznes de su cuerpo;—cuando su brazo, hoy tullido y pesado como el plomo, tenía la resistencia y hasta la vibración del acero. Y empezaban á desfilar por su imaginación, convertida en campo de maniobras, los acontecimientos grandes y chicos de las guerras en que él había tenido que actuar en primera fila, como caudillo de fama, marchando á la cabeza de sus huestes, despreciando los peligros, iniciando las peleas, sin mirar para atrás, porque sabía que sus muchachos le seguirían haciendo flamear las purpúreas banderolas, como símbolos regios de la sangre. Toda su vida de montonero surgía clara y distinta en su memoria, porque á medida que su carne se aniquilaba, afluía á su cerebro una claridad extrema que fijaba con exactitud el relieve de los recuerdos. Ahora veía con perfecta lucidez aquellos encuentros en que él se cortaba solo, abriéndose cancha con su lanza enorme, siempre segura, empapada

en sangre hasta el regatón,—y cuando salía al otro lado de la muralla de cuerpos, á la carrera vertiginosa de su caballo, dando vuelta y cargando de nuevo, como quien traza una senda en el monte, cortando las ramas que le obstruyen el paso. Con el poncho en jirones, el pelo acrinado revuelto, el sombrero en la nuca, sostenido en la boca por el *barbijo*, rojas las manos, volaba, entonces, como la imagen del escarmiento en persecución de sus enemigos, hasta que les daba alcance, y les peleaba de frente, perdonándoles la vida si se rendían, castigando á sus soldados si les sorprendía ultimando á los heridos ó carehando á los muertos. Por eso, cuando empezaban á circular rumores de revolución, al primero que vigilaba el gobierno, era al coronel Laguna, pues sabía que una vez alzado en armas, era imposible tomarle prisionero, porque si entraba en la refriega, su triunfo era seguro, y si huía—¿qué gaucho iba á ser tan vaquiano para dar con el rastro de aquel hombre, que llevaba en su imaginación el plano de la república, y en él señalados los montes más espesos en que poder guarecerse—las picadas más recónditas que le daban acceso fácil, cuando sus perseguidores creían tenerle cercado,

y las grutas talladas por la naturaleza en las rocas vivas de la sierra, para que pernocten, sin ser hallados jamás, los matreros y los bandidos temerosos de la justicia? Y él nunca equivocaba los rumbos, sucediendo que mientras sus enemigos estaban seguros de haberle cortado la retirada, aparecía, de repente, muchas leguas atrás, peleando con una partida que había sorprendido durmiendo al calor de los fogones.

Pedí que me presentaran á él, pues deseaba conocerle personalmente, atraído por la leyenda de sus hazañas y por mi afición á estudiar estos ejemplares de una raza extinguida, que confunde la observación común, creyendo que todos se parecen, sin pensar que el valor temerario tiene sus manifestaciones distintas, y es sublime ó vulgar, según el corazón de los héroes. Ya estaba muy enfermo, pues le costaba mantenerse en pie, resistiéndose, sin embargo, á guardar cama. Su cara aindiada había tomado un color cetrino, y sus ojos brillaban con singular fulgor, como si en ellos se hubiera guarecido la poca vida que le quedaba. En los últimos días, se afanaba en hacer cuidar su viejo lobuno, veterano como él, con más geroglíficos en los costillares que un zócalo egipcio. Le tenía atado próximo al rancho por largo maneador de trenza.

Allí cerca, en el monte, pululaba el *matreraje*, pues la guerra había vuelto á talar los campos. Conocía muy bien aquello: la tapera negreando en la loma llenándose de ortigas, con la puerta de cuero volcada; el rastrojo amarilleando á lo lejos; ni un pedazo de tierra arada manchando la llanura; ni un vacuno pastando en los bajos; las mangueras destruídas; desmoronados los tajamares; por todas partes la esterilidad y el abandono.

Le encontré sentado en un banco de madera lustrado por el uso, colocado en el patio á la puerta de la cocina. Era una mañana de otoño, algo fresca, pero la luz inundaba las cumbres y las laderas, irradiando en las briznas de las parvas, y en los remansos tranquilos, como si les hubieran dado pinceladas de oro. Después de atar nuestros caballos en el palenque, nos acercamos á saludarle. Mi compañero me presentó á él diciendo:

--Coronel, el señor es un pueblero que tenía ganas de tratarlo, por saber si era de carne como nosotros.

Se quiso levantar, pero no pudo y me estrechó la mano débilmente, diciéndome:

--Disculpe, amigo, si no me paro, pero este mal endiablao, me tiene medio culeco.

Se mostró un poco reservado al principio de la conversación, pero después, habló sin reticencias, contándonos anécdotas de su vida silvestre.

—Y aura ¿qui hace?—le preguntó mi acompañante.

—¿Qué quiere que haga? Aguaitar los días lindos, pa salir al patio á calentarme los güesos. El sol, como dicen, es el poncho de los pobres.

Desde mi asiento examinaba el fondo del cuadro. Un perro lanudo tomaba también el solcito. Se conocía que era muy viejo, porque le blanqueaba el hocico y al abrir la boca para bostezar, mostraba los colmillos gastados. En aquella casa, no había nada que no estuviera pasado de uso:—Los dueños, el rancho, el perro y hasta el asistente,—un paisano cambueta de cara redonda, tatuada por los chirlos, con un corpachón sanchesco, desarrollado tanto en longitud como en latitud, de cuyos extremos le salían los brazos, semejando patas de tortuga.

Cebaba el cimarrón para su jefe, sin cansarse, como en las batallas, donde mataba automáticamente, con cuerda para muchas horas. En las casas no podía evitar la impulsión del brazo,

que se le iba muy á menudo, dedicándose para despuntar el vicio, á la degollación y desuello de los santos corderos, sin que nadie le aventajara en hacer una sangría, operación que siempre le salía algo grande, empelido por la costumbre de cortar de abajo á arriba de una sola cuchillada.

En cuanto coligió que éramos visitas se vino derecho á nosotros, apuntándonos con el mato con una cara de risa que parecía el sol caricaturado,—y allí no más, mientras mi compañero succionaba en la bombilla de hojalata, él se cuadró, á su modo, levantando á la altura de la frente, la manaza cuarteada como piel de lagarto.

—Pues amigo, como l'iba diciendo,—continuó el coronel, dirigiéndose á mí,—esta perra enfermedadá me ha puesto maceta y hay días en que me quedo en el banco como clavao. Es una disgracia pa un hombre como yo, vivir á estaca lo mesmo que güey maicero.

Traté de darle esperanza, diciéndole que pronto se curaría. El me miró sonriendo, pero con una risa tan rara, que si alguna vez tenía que llorar, lo cual era muy difícil, se reiría seguramente de esa manera.

—No, amigazo—agregó—aunque me retoben de nuevo, será pu ajuera, porque adentro el rancho está carunchao y aura vivo por milagro, hasta que Dios quiera cortarme el lazo.

Luego, como si su enfermedad no fuera su principal preocupación, me preguntó:

—¿Y qué mienten por el pueblo, de la regulación?

—Allá—le contesté—creen que usted tomará parte en ella, y que espera solamente que salgan todos sus hombres de los ranchos para capitanearlos. Sin embargo, algunos diarios afirman que usted se quedará en su casa, porque está enfermo.

—Aunque no estuviera, amigo. ¿Qué quiere qué yo haga en el campamento, si en estas peleas de aura no hay entreveros; si el remitón es el que canta y la lanza es un instrumento que ya no mata? Y vea, si no, cuñao—continuó, encarándose con mi presentador—pasan pu aquí los soldados del gobierno, persiguiendo al enemigo, que es una lástima; escuadrones de murrangos, que disparan los jusiles, acostaos, á más de treinta cuadras, y se esconden como mulitas, detrás de las piedras, de miedo á que les aujereen el pellejo.

Comprendí el despecho del hombre y me imaginé lo que opinaría de los cañones modernos, el inventor de la catapulta. Haces bien, pobre caudillo—pensé—en no abrigar ilusiones ya sobre el poder de tus armas favoritas. Los criollos saben mejor que tú, que las boleadoras no sirven ni para cazar avestruces, y que las lanzas, temibles elementos de guerra en otros tiempos, hoy son casi un símbolo de paz, sosteniendo las banderas blancas y azules que aletean acariciando las astas, como viejas compañeras de gloria.

Viéndole fatigado, nos levantamos para despedirnos. Yo le apreté la mano, diciéndole:

—Hasta pronto, coronel.

El volvió á sonreirse como al principio, pues demasiado sabía que aquello era realmente una despedida. Intentó pararse haciendo un esfuerzo, como quien desenchaja raíces, y logró dar un paso inseguro, vacilante, lo mismo que si caminara con zancos; no pudo mantenerse en pie y otra vez se sentó, resignado, dándose por satisfecho con sentir el calor de aquel buen sol que reverberaba en los caminos reseco y que obraba en los tejidos musculares de su cuerpo, como una inyección hipodérmica de vida. La vieja,

salió al patio á despedirnos—y el asistente, con el mate casi perdido en el hueco insondable de su mano izquierda—pues no se veía de él más que la bombilla—se creyó en el deber de cuardarse, sonriendo, como de costumbre, mostrando la recia dentadura de indio crudo, amarillenta como buen mascador de tabaco. El perro se había despertado y rezongaba en un rincón, quién sabe qué amenaza; la mujer lo espantó, para que no atropellara nuestros caballos, mordiéndoles los garrones—y partimos á galope tendido. Ya lejos, dimos vuelta la cabeza: el caudillo seguía sentado, solo, como tigre enfermo, que mira el desierto á un paso, desde la jaula en que está prisionero.

Poco después me dieron noticia de su muerte. Su vida había librado una batalla para extinguirse. ¡Estaba tan arraigada en aquel cuerpo musculoso! La enfermedad, ya muy avanzada, le había reducido á un estado de consunción deplorable, pues no podía tomar alimentos. Su mujer le encontró una tarde caído junto al banco en que siempre se sentaba. Estaba casi frío y tenía las manos crispadas. Le llevaron á la cama y pareció reanimarse, pero pronto se con-

vencieron todos de que aquello concluía. Vivió algunos días más. En el último pasó una cosa extraña: le creían muerto, y se preparaban á vestirle, cuando de pronto le vieron incorporarse y estirar el brazo, casi rígido, con los ojos abiertos é inmóviles, las mandíbulas apretadas y los dientes al descubierto. Parecía que su pensamiento volaba tras una visión que debía ser muy poderosa para mover aquella ruina. En el silencio que el espanto produjo, se escuchó el eco lejano de una marcha de clarines, y apagados redobles de tambores, probablemente era gente armada que desfilaba del otro lado de la sierra, El caudillo permaneció así, y algunos notaron que habló algo, pero la frase no fué comprendida. Cuando quisieron acostarle, no pudieron. Estaba agarrotado en aquella posición, como la estatua de un guerrero que llevara sus huesos al combate, señalándoles el lugar de la victoria.

VOLÁTIL

El dueño de casa,—un paisano amable y obsequioso,—que á cada instante me decía, mirándome fijamente, como para que no dudara de su buena voluntad: ¿se le ofrece algo, amigo? y después sonriendo: pida sin vergüenza—nos ayudaba en la tarea de preparar nuestra excursión cinegética del día siguiente, á la costa del Rosario, en el paraje donde este arroyo caudaloso, de impetuosa correntada, se junta con el Río de la Plata, en cuyo seno cae rebotando desde unas peñas, produciendo un chisperío de gotas irisadas, al sol intenso que inunda la comarca, semejando la fragua en que los genios marinos golpearan el hierro de sus tridentes. Mis compañeros de cacería, subordinados por influencia natural á mi voluntad, como autoridad en la materia,—me dejaban hacer y ordenar á mi antojo. El capataz de la estancia,—un gaucho de mirada perspicaz, era nuestro guía;—porque había que galopar largo y tendido y cruzar la sierra de Mal Abrigo,—nombre extra-

ño que preocupaba mucho á mi buen amigo Modesto Góngora,—poeta de veinte años, del género decadente, como él mismo se titulaba,—con una imaginación en la que los matices y las ideas se habían revuelto de tal modo, que no parecía sino que este muchacho doraba á fuego las palabras, dejándolas brillantes, como si las hubiera dado un esmalte diabólico.

Pero el que me intrigaba de veras, era don Floro García,—paisano socarrón, gran fumador de cigarrillos negros, siempre sonriente, con una sonrisa irónica, que le arrugaba la nariz y le entornaba los párpados. ¡Vaya un gaucho alegre!—Contrastaba con el capataz don Goyo, serio, reservado, y cuya conversación parecía salir medida y pesada, como si sometiera sus ideas al fiel de una balanza interna. También iba con nosotros un páisanito bien plantado que parecía vivir enamorado de su guitarra y de su caballo—un picazo algo cebruno á causa de la intemperie, de cuello elegante, finos jarettes, crin tusada, y cola abundosa—bien ensillado, con un *apero* flamante de cuero *crudo*, adornado con virolas y pasadores de platina. Pero la peculiaridad del mozo no consistía ni en su lindo caballo, ni en sus ojos azules, ni en el aspecto

romántico de toda su persona; se le tenía por *payador* y al decir del paisanaje, el muchacho iba á dar cola y luz al *mesmo* Vega, el cantor de las llanuras, el que supo interpretar la música religiosa de los crepúsculos pampeanos. Entretanto, la esposa del dueño de casa, activa, infatigable, revolvía los armarios y alacenas, sacando de ellos los utensilios, que necesitábamos, porque el gaicho, con el cuchillo y un buen costillar está contento, pero nosotros los *puebleros*, acostumbrados á las cosas superfluas, exigíamos otras comodidades. Sobre la mesa de pino, formaban pirámides los *salames* y las cajas de sardinas y *mortadella*, mezcladas con las botellas de vino, el pan casero y las imprescindibles cantimploras. Pronto estuvieron listas las maletas; unas conteniendo los manjares, y otras, los cartuchos para las escopetas, que ya armadas y limpias, se veían en un rincón del rancho, y junto á ellas, los perros, descansando con las cabezas entre las patas, vigilantes, esperando el momento de la partida, para salir delante de nosotros á correr vertiginosamente por los caminos, olfateando los pastos húmedos y perdiéndose en los cardales, donde al ruido, vuelan las palomas torcaes, todavía entumecidas por el frío de las mañanas.

¡Una cacería de martinetas! Para un aficionado de ley ¿hay nada más emocionante? Era la primera vez que iba á cazar estas hermosas y suculentas aves. Ya estaba cansado de matar perdices chicas; del movimiento mecánico de su volido, en línea recta, de blanco seguro. ¿Patos? No hay caza más simple y vulgar. Todo se reduce á tener paciencia, buenas botas y saber pisar en los albardones, evitando el agua. Han caído á los tiros de mi escopeta, desde el picazo de cresta roja, hasta el blanco, de alas tornasoladas, raro ejemplar que nada aguas adentro, en los parajes más agrestes, oculto en las lagunas de altas barrancas, circundadas por tupidos juncales. Antiguos conocidos son también las becasinas, los chorlos reales, los batitús y toda la chusma volátil de los esteros ó de los montes. ¡Solamente no había cazado martinetas! Mi ansiedad era, pues, natural. Por eso, aún no había amanecido cuando ya estaba levantado, observando el cielo, que á esa hora aparecía limpio de nubes, profundamente obscuro, floreciendo chispas, como decía mi amigo Góngora. La madrugada se presentaba fresca. No había viento, pero la brisa invernal cristalizaba el trébol y endurecía las espinas de las *cepas*

de caballo, que crecían lozanas junto á las soleras del rancho,—enredadas como melena hirsuta. Pero nada me arredraba y salí al patio á golpear puertas para despertar á la gente, haciendo un ruido tan grande, que hasta los *teru-teros* del bañado empezaron á dar gritos estridentes. El que me dió trabajo fué el poeta decadente. ¡Qué modo de dormir! Le sacudía, le zamarreaba y seguía roncando. Probablemente estaba componiendo en sueños «La canción auro-ral de los trópicos ó cosa así. Pero al fin se despertó con una cara de espanto que daba risa. Otra empresa formidable fué la de ensillar. Por más que se arregle el día antes, siempre queda algo por hacer en el último momento. Mi peón—un hijo del chacarero, cazador de nutrias y pescador de anguilas, no encontraba el freno. El pobre Laurencio, con su facha de tano se había boliao, como decía el capataz, pues no acertaba en el arreglo de las pilchas y en valde le gritaba don Floro:—Movete, che, que parecés la dona inmóvil. El aludido, ofuscado por las chanzas, erraba las lazadas y no podía apretar bien los nudos de las garras que le servían de riendas. Gracias á una *manito* que le echó un paisano, pudo terminar su guerra con los tientos.

y logramos después ponernos en camino, al trote, enfilados, arrojando humo por boca y narices, silenciosos, con las manos escondidas en los pliegues de los ponchos. A ratos, las escopetas sonaban al chocar en los recados—y los perros aparecían y desaparecían dando carreras, contentos al *pensar* (me remito á Alle Martín) en la *carga* que iban á llevar á sus enemigos las perdices. El camino ondulaba y se perdía á la izquierda, apenas visible en medio de las sombras, cuando al dar vuelta un recodo, nos encontramos enfrente de la sierra. Empezaba á aclarar. Era una de esas mañanas de invierno, tantas veces descritas y pintadas, pero siempre diferentes. Alba triste, porque el frío hacía enmudecer al coro de cantores y la selva parecía deshabitada. Solamente se oía, á la distancia, el rumor del agua golpeando en los troncos de los sarandíes centenarios. Nos internamos en la sierra por una senda angosta, poblada de espinas de la cruz. Subimos, bajamos, volvimos á subir, á dar vueltas y revueltas. Tan pronto nos encontrábamos sobre un pico, desde donde se divisaba la inmensa llanura, aún velada por la bruma matinal, como descendíamos á la ladera encajonándonos entre dos murallas, formadas

por rocas salientes, que dejaban al descubierto, allá arriba, un retazo de cielo, con media docena de estrellas, casi desvanecidas en la luz naciente, y un pedazo de nube *drapeada* de rosa. La marcha fué lenta y fatigosa. Por fin, llegamos á la falda y entramos de lleno al camino amplio, á la luz plena que inundaba los campos y resplandecía en los anchos tajamares.

—Que tal, amigo Góngora, qué me cuenta del paisaje, dije al poeta, cuya cabalgadura sofrenada, levantaba la cabeza, y galopaba fuertemente, haciendo saltar al jinete.

Me contestó en verso:

Ya se pierde, ya se pierde, la legión de niveas garzas.
Ya se ocultan presurosas, sin herirse entre las zarzas...

Miré hacia el arroyo y sólo vi á un mísero biguá, que pescaba muy campante en un remanso. El payador pegó la sentada y se quedó contemplando impertinentemente al poeta, como si tratara de penetrar sus intenciones. Decididamente, detrás del pareado, había algo que él no comprendía. Don Floro, por su parte, le observaba curiosamente, con su eterna y punzante sonrisa. Apuré la marcha y todos hicieron lo mismo. Al mucho tiempo, llegamos á nues-

tro destino. Allí estaba el Rosario, rugiente, ostentando sus márgenes frondosas,—y como á una legua, el Plata con su playa de arenas doradas, desiertas y brillantes. Los chircales se extendían hasta el monte, y los pajonales amarilleaban, cubriendo parte del estero. En la arena, arraigaba una vegetación enana y descolorida resaltando el verde obscuro de aquel monte lujurioso, en cuyo seno prosperan las trepadoras y viven los seres hurraños, predilectos de la sombra.

Nos apeamos; arreglamos las escopetas; nos pusimos los morrales; llamamos á los perros que retozaban á nuestro alrededor y dejamos los caballos al cuidado de los peones. ; Qué alegría me andaba por dentro!

Allí cerca, el perro empezó á rastrear, empeñosamente.

—; Milord, despacio!

Parecía no oirme y seguía olfateando, con la cabeza levantada; resollando apenas, andando con lentitud, deteniéndose en ocasiones, corriendo á veces precipitadamente, para volver á pararse. Yo seguía tranquilo, sin temor de que se le escapara la pieza. De pronto se quedó inmóvil, como clavado en el suelo, con el cuello

estirado, la cola erecta y la pata izquierda encogida.

— ¡Busca, Milord!

Tuve que tocarlo con la punta del pie. Avanzó un poco y sentí entonces el ruido de las alas. No disparé. Era una perdiz chica. ¡Animal insignificante, que no vale un cartucho! En esto llegó don Goyo á caballo, y de lejos le pregunté.

— ¿Qué hay, amigo?

— Hay, que aquí no va á encontrar perdices grandes.

— ¿En dónde, pues?

— Allí, en el chircal, me dijo, apuntando con el dedo.

— Pero eso es muy alto.

— No importa, allí están.

Dudando, me dirigí á ese lado del potrero, y apenas había llegado á la orilla, cuando el perro rastreó de nuevo. Pero esta vez bien se conocía, por su modo de olfatear, que había algo extraño.

Cautelosamente se deslizó, sin rozar las chircas: se estiró, hasta me parece que se le alargó el hocico. ¡Qué emoción experimentaba yo! Me detuve á ver si me tranquilizaba, pero no

pude conseguirlo. Empujé al perro, y de entre un matorral vi salir un bulto, casi en línea vertical, haciendo un ruido formidable. ¡Qué volido estrepitoso! ¿Apunté? Me parece que no; al menos, no lo recuerdo bien. Creo que hasta se me escapó el tiro; pero la pieza cayó á dos metros de distancia, muerta, bien muerta. ¡Soberbio! La martineta colgaba, apretada entre las fauces del perro. Tenía el cráneo destrozado. La tomé por una ala y extendió la otra. Era grande, enorme y pesada. Miré á todos lados y sólo vi á mi pcón, que venía corriendo.

—Agarra, le dije orgullosamente.

El muy cretino guardó la pieza con indiferencia.

Así es el mundo.

Entonces, volví á la carga, más tranquilo, posesionado de mi misión exterminadora, y empecé á matar perdices grandes, hasta cansarme. Cuando hube dado la vuelta, me encontré con mis compañeros, que también habían cazado algo. El poeta perdido en el chircal, hacía una guerrilla espantosa. ¡Qué modo de tirar! Parecía un ejercicio de fuego. Al rato se presentó. Venía rojo por la fatiga, acribillado de abrojos. Todos dirigimos la mirada á su morral.

Verdeaba entre las mallas un pichón de cotorra y una lechuza herida, que revolvió los ojos amarillos y se prendía á los hilos, apretando las garras.

Don Floro trató de felicitarle.

El poeta se excusó, diciendo que sin perro no podía cazar nada.

—Pero amigo, le dije, su caza es simbólica.

—¿Cómo?

—Es claro, pues. En el morral tiene usted dos consonantes decadentes.

—Y le ha costao cazarlos, dijo el payador.

El poeta le miró desdeñosamente, contestándole:

—Lo desafío á quien los *cace* con más facilidad.

—Yo intervine.

—Amigo, le dije al payador:—¿Usted no sabe, que el diccionario de la rima es un potrero reservado, donde están los consonantes en *rodeo*?

—¿El señor, entonces, dijo—señalando á Góngora,—los agarra á lazo?

—En eso, me diferencio de usted, replicó el poeta.

—¿En qué?

—En que usted los *agarra* de la pata.

Nos reímos con circunspección, para no herir susceptibilidades.

Cerca del monte subía una columna de humo. Era el costillar que se asaba á fuego lento. Sólo entonces noté que tenía apetito. ; Lo que es el entusiasmo!

De repente, sonó un tiro á quemarropa.

Sorprendidos por la detonación miramos á todos lados y vimos que la escopeta de Góngora echaba humo;—una escopeta de calibre doce, cuyo estruendo era ensordecedor. El poeta arrojó el arma y corrió, volviendo pocos momentos después con una martineta, viva aún. No dijo nada. Reventaba de orgullo. La tiró al montón donde estaban las otras y recogió su escopeta tranquilamente.

El payador y don Floro se miraban, riendo.

—¿De qué se rien? les pregunté, algo intrigado.

—De nada, dijo el payador, es que el señor— y señaló á don Floro—puso una perdiz herida entre las matas y es la mesma que ha casao don Modesto.

LA TAPERA

El ejército acampó al anochecer en la falda de la sierra. La gente, rendida por las marchas y contramarchas, apenas vibró el toque de clarín deseado, —experimentó inusitada alegría y de todas partes surgieron rumores de risas y conversaciones. Un día entero de trote y galope á través de las llanuras; internándose en los montes inextricables; atravesando las picadas y los pasos de los grandes arroyos en persecución de aquellos revolucionarios que se desvanecían como soldados-fantasmas, no dejando otras señales de su existencia que los humeantes fogones y la carne soasada, que no tuvieron tiempo de aprovechar, hostigados por el enemigo implacable; después la lluvia que caía desde la madrugada, —lenta, como todas las lluvias largas, —les tenía maltrechos y calados. Por eso, cuando se dió la orden de desensillar, los pobres milicos se apearon de un golpe, torciendo los ponchos que les pesaban enormemente sobre las espaldas, —de cuyos extremos

chorreaba el turbio líquido, coloreado por el tinte de la bayeta. Los caballos, ávidos de hierba fresca y jugosa, sacudieron las crines al sentirse libertados de las cinchas y las caronas, echando vapor al quitarles las bajeras, embarradas las colas, sumidos los ijares. Algunos se revolcaron sobre el trébol, entre cuyos tallos el agua resplandecía; otros permanecieron inmóviles, con las cabezas gachas y lánguidos los ojos, aplastados por la debilidad y el trabajo,—y no eran pocos los que devoraban el pasto, arrancándole de raíz con feroces dentelladas.—En la penumbra, se percibió el resplandor de los fogones: un llamear rojo, vacilante, que se extendía como un collar de fuego, rodeando la garganta de la sierra. Pronto el humo de la leña mojada, se esparció como una inmensa nube gris que flotaba sobre el campamento, llenando hasta los intersticios de las rocas.—Era un ejército disciplinado á la antigua usanza, compuesto por elementos de todas las cataduras,—en su mayor parte paisanos arrancados á viva fuerza del hogar; chacareros refractarios á la milicia, y objeto de constante vigilancia, sometidos aparentemente á su destino, pero siempre en asechanza del momento oportuno para huir hacia

el monte ó en dirección al *pago* á fin de ver, aunque por breves instantes á sus familias, terminando por ocultarse en sitios seguros á donde no pudiera llegar el olfato de los cazadores de hombres.

Entre los más perseguidos, se hallaba Nazario Zerpa,—gaucho joven, de aspecto agradable, de alta estatura y bien conformado. Sus cabellos obscuros y lacios y su barba puntiaguda le daban el aire de un pueblera en traje de campo. Era nervioso y resuelto, á pesar de la expresión melancólica de sus ojos. Hacía un año que se había casado, cuando estalló la revolución. Poseía un pedazo de campo—media suerte y alguna hacienda mestiza. El mismo construyó el rancho en que habitaba y alambró la chaera. Su compañera, una excelente muchacha, muy simpática y activa, le ayudaba en la formación de aquel nido, realmente feliz, porque ambos se querían, y además ninguno de los dos era ambicioso. ¿Qué otra cosa podrían desear si ya lo tenían todo? El amor y el bienestar idealizan la vida, cuando menos suavizan sus asperezas, y Nazario, fortalecido por su dicha, no tuvo jamás temor al trabajo, porque sabía que su afán encontraría suficiente recompensa. Aquella

linda criolla no conocía el refinamiento de las caricias, pero ¿quién podrá sostener que el oro deja de ser un metal precioso porque no se ha purificado en el crisol? Era huérfana, nacida en parajes muy lejanos. Nazario la conoció en casa de una parienta, á cuyo lado se crió desde niña y se unió á ella, trayéndola á sus pagos.— Tenían un hijo, complemento ó á caso plenitud de su alegría. Pronto, las mentas de aquel matrimonio dichoso, se difundieron y la prosperidad de que disfrutaban, no dejó de incomodar á más de un vecino envidioso, porque aunque los ranchos estén separados por muchas leguas el gaucho sabe lo que pasa en cada uno de ellos.

Mientras los soldados elegían los mejores lugares para resguardarse de la lluvia, Nazario permaneció al abrigo de un peñasco, indiferente á todo , porque se hallaba tan desalentado que no se preocupaba ya de atenuar las contrariedades de su vida. Su obsesión permanente, era volver al rancho, atacado del mal de la querencia. Había desertado dos veces sin éxito, pues le alcanzaron en mitad del camino aplicándole después humillantes castigos, que sufrió, rechinando los dientes, transformado en una bestia salvaje. De su mujer nada sabía. Hacía un año

que lo habían separado de ella y sólo tuvo noticias por intermedio de un bombero que pasó cerca de su estancia. El ejército se alejó á más de treinta y cinco leguas del paraje, y era locura, según su expresión, hacer indagaciones al respecto.

Bajo la fina lluvia de aquel crepúsculo invernal, sus tristezas aumentaron y el cuadro de su felicidad interrumpida, se reveló distintamente en su memoria. Recordó la consternación de su mujer y el llanto de su hijo, cuando le obligaron á marchar, montándole violentamente en el caballo, arreándole, como si fuera un malvado, á él que no tenía ni opiniones políticas. Pero lo primero que hizo el coronel Maya, caudillejo local, torpe y vengativo, apenas le dieron mando, fué sacarle de su casa, pa que sirviese á la causa como tuitos».

—Se ha créido este gaicho, decía, que porque está enrialao va á andar cuerpeándole al peligro? Lo he de crestiar en cuanto hinche el lomo.

Nazario, aunque comprendió la inutilidad de toda resistencia, se dispuso á no entregarse, diciendo:

—Al que me toque, le vi á hacer un ojal en el cuero, pa que sepan respetar al hombre de tra-

bajo.—Usté, coronel, lo que quiere son mis vacas.—Puede llevárselas;—no ande con tantos rodeos pa cumplir sus mañas.

No había concluído de hablar cuando se sintió apretado por la espalda y atado codo con codo; luego lo treparon en el caballo y el sargento Nemesio Nieves, un gaucho de cara felina, deformada por los tajos, tomó las riendas y arrastró al animal, llevándole de tiro, mientras un soldado le aplicaba rebencazos en las ancas. Al bajar la cuesta, Nazario miró hacia atrás, y vió á su pobre mujer llorando y abrazada al pequeño. Un dolor infinito que no pudo reprimir, humedeció sus ojos, y lloró también, como hombre, ahogando los gemidos, aunque sin ocultar su desesperación y su rabia. Maya, profiriendo amenazas, mandó á su gente que le siguiera y cruzó el campo al galope tendido, cortando los alambres que se le oponían al paso, buscando su incorporación al ejército.

Después de varios días de marcha, dió orden de desatar al preso, colocándole en medio del escuadrón para que no se escapase; pero esta medida no dió resultado, porque una mañana, al pasar el río Negro, un grupo revolucionario sorprendió á la columna, la que viéndose atacada

tan inesperadamente, se dispersó en todas direcciones. Zerpa aprovechó la ocasión y se dirigió al monte. En él se quedó durante algunas horas, y cuando llegó la noche salió de su escondrijo sigilosamente; pero antes de aclarar se encontró con algunos dispersos. Reconociéronle en seguida y le prendieron. El capitanejo del piquete le apostrofó, escarneciéndole con palabras hirientes, haciendo mofa de su amor á la familia y para divertir á la soldadesca, le dijo riéndose:

—No pene tanto, amigazo, por su china, porque si es fiel... ha de estar con otro.

Zerpa, dominando la algazara que produjo la broma, gritó indignado:

—Miente, trompeta. Mi mujer no es rejugada como la suya.

Este acto de rebelión, estimuló la oficiosidad del gauchaje, pronta á manifestarse en favor del jefe, y el prisionero fué agredido á planchazos.

En otra ocasión, durante un *entrevero*, mientras los soldados lanceaban y eran lanceados, Zerpa disparó á la vista de todos, pero como no le quitaban los ojos de encima, le hicieron volver cara obligándole á que pelease contra

su voluntad, á ver si así le mataban. De ese modo no daría más trabajo. El, completamente descorazonado, al ver frustrado su intento, seguro de que aquellos desalmados no le dejarían nunca libre,—atropelló, poniendo su cuerpo al alcance de las puntas y de los filos, deseando morir cuanto antes, pues creía que sólo de esa manera podría substraerse á su interminable agonía. Pero, aunque se obstinó, las medias lunas le respetaron, y apenas sacó de la refriega algunas heridas leves y desgarrones en las ropas.

—Dios quiere que siga sufriendo, exclamó, hasta que yo mesmo me corte el ñudo. ¡Suerte perra!

Para aquella gente, que guerreaba por inclinación de temperamento ó por hábito, más que por amor á la divisa partidaria,—el gauchito desertor era un renegao de la patria, indigno de toda consideración,—y hasta le tenían por cobarde, porque no le habían visto acometer ninguna empresa arriesgada, y por el contrario, únicamente tomaba parte en la lucha, cuando ellos le impelían, envolviéndole en las cargas, cuando los lanceros cruzaban raudos el campo de pelea, estremeciéndolo con el tropel de sus

bridones y haciendo flamear las banderolas, fuertemente prendidas á las astas. Sólo así él, aflojaba las riendas, sin temor á la muerte, y sin ánimo de herir á nadie, traído y llevado en el turbión de jinetes, como un gajo marchito que arrastra la corriente impetuosa, sin poder oponerse á la ley fatal que le empuja. El general en jefe del ejército, un militar ignorante, con fama de *guapo*; gordo, petizo, semipaisano, á quien Nazario se presentó un día, protestando del mal trato que le daban, contestóle en breves palabras:

--No me venga con quejas. Usté mesmo tiene la culpa, porque anda siempre retobao y mascando el freno.

¡Qué responder! Comprendía que su reputación de mal soldado se había extendido como si él pretendiera sentar plaza de milico; como si lo que quería, lo que era un sueño de todas las horas, no fuese regresar á su rancho; como si lo que buscara fueran glorias militares, ni nombre de valiente! Su familia, su pedazo de tierra labrada, eran parte constitutiva de su felicidad, y hasta que su deseo no se realizase, no habría resolución bastante poderosa para dominar los impulsos de su corazón y para

doblegar su voluntad de hierro. Sabía que se le consideraba como un elemento perturbador en el seno de aquel montón humano, que estaba unido por el vínculo de sus tendencias destructoras, movido por el afán de matar, blandos al capricho del caudillejo que les mandaba con imperio y que les había despojado de todo sentimiento, de toda afición á la vida del hogar y del trabajo. En hora buena que practicasen lo que se les antojase, pero ¿por qué le habían de imponer á él el gusto de los otros? No quería servir á nadie, para eso era hombre libre. Estaba resuelto á que su situación cambiara, y á pesar de todo, se desertaría nuevamente, aunque le matasen en el camino, cosa que harían, sin duda, porque el jefe se lo había advertido, y era un tigre que no perdonaba.

Dominado por estas ideas,—cuando el ejército se detuvo para acampar, experimentó profundo desconsuelo, porque se hizo cargo de la inmensa distancia que le separaba de su choza. Además, la lluvia que continuaba cayendo y que probablemente seguiría, multiplicaba los obstáculos. Los campos estaban inundados. Los ríos y los arroyos crecidos, no darían paso, y tendría que atravesarlos á nado, exponiéndose á

que la correntada le estrellase en los troncos de los árboles caídos. Y mientras la gente preparaba el rancho y extendía los recados en los rincones más secos de los altos pedregales, él proseguía meditando su plan de evasión. El cabo de su compañía, un paisano conversador, para quien la guerra tenía atractivos irremplazables, ya que como *entena* de la fortuna no esperaba, poseer otro bien que el campo raso, ni más ganado que las vacas ajenas,—al tiempo de encender las charamuscas que amontonara entre el hueco de dos piedras, le dijo entre serio y alegre:

—Mire, amigo Zerpa, hace mal en andar alzado. Hay que agacharse á la suerte y estirarse hasta ande le llegan las cubijas.—¿Se ha figurao que yo he sido siempre Juan sin Patria. Un tiempo jui como usté, pero el destino me guasquió de lo lindo, y aura he criao cáscara nueva. Si en ésta no me augerean el pellejo, de juro me moriré, pero siempre soldao.

Nazario oía la retahila del cabo, sin poner mayor atención. ¿Para qué iba á replicar, si el otro no le entendería? Se limitó, pues, á decirle, por no ser descomedido:

—¡Qué quiere, cabo—cada uno es como su madre lo ha hecho!

La lluvia había disminuído un poco y el viento arreciaba, barriendo los densos nubarrones, y silbando en las aristas de las piedras, que como bastiones en ruinas, llenaban los declives. La humareda del campamento, se arremolineaba, desgarrándose en las ramas de los mataojos corpulentos. — A lo lejos, oscilaba la luz de un fogón, recién encendido y de un recodo de la cuchilla, venía un rumor permanente de agua, como si el caudal chocara al caer, en los blocks gigantescos de granito. La noche era muy obscura, por cuyo motivo resultaba dificultoso el tránsito entre aquellas sendas, cubiertas de maraña, donde la espina de la cruz teje su red erizada de púas, y el musgo verdoso cubre totalmente las rocas. Zerpa podría esconderse en alguna de aquellas grutas laberínticas, madrigueras de animales nocturnos, cuevas tenebrosas, cuyas aberturas él conocía, apenas disimuladas por los matorrales hirsutos y ralos que arraigan en las grietas, entrelazados á la marcela dorada, enredados á las tunas raquílicas, — pero su propósito no era ocultarse sino irse definitivamente. Él sabía que un hombre podía pasar su vida entera pernoctando en las quebradas, en los antros de piedras grandes como casas, por entre

cuyas gargantas el agua corre con el fragor de un torrente, á veces sin que nadie atine á saber por dónde se precipita, ni en qué lugar misterioso se halla la fuente de donde mana; pero él no era ni matrero, ni forajido. Para quedarse allí, prefería seguir en el ejército. De modo que á eso de la media noche, cuando calculó que la soldadesca, vencida por el cansancio, dormía profundamente, se levantó con cuidado y antes de moverse observó atentamente á su alrededor. En la lobreguez de las sombras, su mirada no alcanzó á gran distancia, pero le pareció que por esa vez, sus cuidadores se habían olvidado de vigilarle. Algunos fogones semiapagados, brillaban de vez en cuando en medio de la espesa obscuridad. De un rancho distante llegaba el eco de un ladrido insistente y un caballo suelto relinchó á pocos pasos. A su espalda, se empinaba la inmensa mole de la sierra, al parecer inaccesible, silenciosa, como si estuviera deshabitada. Una piedra colosal casi suspendida en el aire, le produjo una impresión de frío, pues no sería extraño que el huracán la precipitase desde aquella altura, despertando á todo el ejército con el estrépito espantoso de su caída. Al fin se movió con lentitud y pisó la primera

senda que penetraba en el corazón de las rocas. Subió despacio, tanteando escrupulosamente el camino, cuidando de no tropezar con un pedrusco. Al dar vuelta un picacho, se quedó inmóvil. El viento pampero que soplabá con verdadero empuje, rugiendo como una fiera en los acantilados y en la boca de los precipicios, entreabrió en ese instante el toldo de nubes, y la luz de la luna iluminó las rocas, con un resplandor de fuego de Bengala. Aquella aglomeración de puntas, de cerros, de pedregales, tenía el aspecto de un vasto cementerio, cuyas lápidas habían caído, dejando al descubierto los huecos de las tumbas vacías. Los arbustos enanos proyectaban sombras alargadas, semejjando pequeños fantasmas que arrastrasen sudarios andrajosos. Instantáneamente desapareció la claridad del satélite y Zerpa se puso en movimiento. Delante de él, creyó ver algunos bultos que huían y oyó el rumor de carreras precipitadas. Su poncho se enredó en un gajo de laurel blanco, y al desprenderse, el cimbronazo espantó á un águila que reposaba en su nido. Sintió los recios aletezos al nivel de su cabeza, y volvió á tener miedo de que alguien pudiera sorprenderle. En un recodo centelleaban las pupilas de un gato

montés, como dos ascuas en las tinieblas, mientras que á intervalos, cuando el pampero se calmaba, se oían aquellos ladridos que venían del rancho, como nuncio fatídico de inevitables infortunios. Ya había caminado gran trecho, cuando se detuvo otra vez. Casi tropezó con un hombre acostado en la senda angosta. Dió un pequeño rodeo y salvó el obstáculo. Agazapado detrás de unos matorrales se quedó un rato, para investigar la causa de un ruido y descubrió parte de la caballada encerrada en una meseta. Era lo que él buscaba, no habiendo equivocado el rumbo, pues bien había presenciado la operación del encierro, mientras conversaba con el cabo. Allí, cerca de la mano, tenía un caballo, atado por el cabestro á una estaca clavada en una rajadura de la roca. Se deslizó y desató al animal acariciándole el lomo para no asustarle y le llevó consigo, haciendo milagros de patinación sobre las hendiduras, sobre las pendientes, orientándose en aquellos lugares abruptos, cortados por barrancas ó por desviaciones de las piedras removidas. Más de dos horas empleó en esta cruenta jornada, hasta que al fin, casi vencido por la fatiga, llenas de punzaduras las carnes, cubierto de espinas, pudo llegar al otro

lado de la sierra. Lo que se vió en la falda, sobre el pasto muelle y tupido, le pareció que se había salvado de una gran desgracia y cobró ánimo para seguir ejecutando su resolución. Ahora debía galopar costeano la cuchilla, para volver á pasarla, dos ó tres leguas más arriba, y entonces, marcharía en dirección á su que-
rencia, buscando los caminos menos transitados, internándose en los montes si le perseguían, porque esto tenía que suceder infaliblemente en cuanto notaran su ausencia. Montó á caballo, en pelo y sin riendas, haciendo un medio bocado del maneador para suplir al freno, y rumbió al tranco hasta pasar la sierra. En el camino no oyó otro ruido que el del viento sacudiendo las ramas y los cardales escuetos. El aullido de un zorro le pareció un grito humano; al pasar un cañadón sintió el golpe de una nutria que se arrojaba desde la orilla, viéndola después nadar con el hocico fuera del agua en dirección á la barranca. Le tenían tan hostigado, que el rumor de las hojas, un aletazo, el chirrido de una lechuza, un choque cualquiera, le hacían palpar el corazón aceleradamente. Tenía miedo, miedo cerval de ser descubierto. Ya había galopado más de diez leguas, cuando se paró de pronto

para que su pingo resollara. No era propiamente la madrugada, porque aun las tinieblas imperaban sobre los campos, pero era esa hora indecisa entre la noche y el alba, en que la tenue claridad parece mancharse en la impureza de las sombras. Próximo á él se hallaba el río Negro, y el fragor de la correntada le infundió un pavor invencible. ¿Cómo lo pasaría? Maquinalmente hizo andar al caballo, y al penetrar en el monte parecióle que la noche empezaba de nuevo. No obstante su apuro, quiso esperar un rato, á fin de distinguir mejor la playa del vado. Un canelón centenario que había volcado el huracán, saltaba como un fragmento de corteza á los azotes del agua y en torno de él se formaba un turbión de rabiosas espumas. Un bulto informe, que parecía un caballo muerto, pasó rápidamente, girando bajo la acción de un remolino y en las márgenes el agua entraba hasta la mitad del bosque, cubriendo los troncos de los árboles más altos; á la derecha, en medio de la obscuridad, se veía un claro, como una calle entre el ramaje: era la boca de salida, por donde se filtraba escasamente el resplandor de la mañana.

En un arranque de impaciencia, Nazario se arrojó al río, perdiendo pie,—pero el caballo era

muy bueno, y aunque con grandes dificultades, logró salvar aquella anchura hirviente, gracias á su baquía, saliendo por una picada distante del paso, pues la violencia de la masa líquida le empujó, desviándole de su ruta. Del otro lado, se olvidó del peligro en que estuvo y emprendió el galope, con el intento de llegar á su casa esa misma noche. Pero no había recorrido una legua, cuando al bajar una loma estuvo á punto de tropezar con una partida de lanceros que avanzaba al galope. Por el color de las banderolas, comprendió que aquellos hombres pertenecían á los montoneros, y como él llevaba puesto el traje de soldado del gobierno, retrocedió disparando. Los otros, al verle dar vuelta, le corrieron, y gracias al monte, que en aquel paraje formaba una ondulación, pudo salvarse escondiéndose en él. Sus perseguidores, burlados, emprendieron la marcha y él, cuando les perdió de vista, salió del escondite, tratando de apresurarse para recobrar el tiempo perdido, pero de seguro, por más que se apresurase, no podría llegar antes de la madrugada. Entonces, sin poder explicárselo, se sintió invadido por una tristeza indefinible. No tenía sino motivos para alegrarse, porque á cada brazada de su flete el

camino disminuía. Pero no lo podía remediar. De improviso, le asaltaron los recuerdos de otros días venturosos, y esto contribuyó á aumentar su melancolía. Necesariamente, estaba condenado á pasar una vida de perros, huyendo de la gente del gobierno y expuesto á morir en manos de los revoltosos.

Soy un hombre disgraciado - dijo - pero hay que poner pecho al destino.

Y un acceso de coraje, le hizo apretar las riendas, porque cuando se desesperaba, le venían ganas de matar, como si de súbito, debilitados instintos de raza, se posesionaran de todo su ser. Luego, pasada la cólera, pensó en que hacía un año que ignoraba la suerte de su mujer, de su hijo, de su pobre vivienda. El estado de su ánimo, exacerbado por tantas contrariedades y disgustos, se manifestaba accesible á todas las impresiones. Así, pasaba del enojo á la mansedumbre, de la esperanza á la pérdida total de sus ilusiones, á medida que su pensamiento era optimista ó se ennegrecía á fuerza de reflexiones y cavilosasidades. Junto á Yí, le sorprendió la tarde, una tarde brumosa, sin un solo atractivo, pues ni el mismo campo ofrecía el aspecto alegre de otros días, en que los pastizales ondu-

lan como un mar de esmeraldas y los chispazos del sol en las aristas del pedregal, desbordan una cascada de topacios, záfiro y rubíes. Cesaba de llover en ocasiones, para caer el agua con más fuerza en recios chubascos; en los parajes bajos la inundación había *ganado* campo afuera, y por casualidad se veía un vacuno, que el hambre echaba de la barranca, devorando aquel pasto mojado y sin jugo. El cielo estaba totalmente encapotado y en las regiones bajas de la atmósfera, se deslizaban nubarrones lívidos, como andrajos descoloridos por las lluvias. El ancho río, menos temible que el Negro, corría con un rumoreo monótono, como si las espumas alborotadas, rezongaran amenazas incomprensibles, al ser disueltas en los raigones de las orillas. El remanso, adormecido en los días luminosos, ahora estaba convertido en un hervidero, porque en él entraban las ondas enloquecidas, sin poder serenarse. Aún Nazario no había llegado á la otra margen, cuando la noche cayó más negra que nunca.

Su caballo empezaba á aflojar, cuando creyó reconocer la zona en que se hallaba su campo. Era ella. Allí, estaba la pulpería de lata; las mangueras casi vacías y el ombú junto á la co-

cina, extendiendo sus raíces en el patio. La emoción le ahogaba. Más allá, descubriría el rancho de don Juan el Zurdo, un vasco viejo, que vivía como ermitaño, sin otros amigos que su caballo y su perro. Notó la ausencia de algunos ranchos y la presencia de otros de reciente construcción. La luz difusa de un alba triste, empezó á clarear en el horizonte poblado de nubes. Al dar vuelta por el camino real, se encontró con el alambrado de su estancia. Este se hallaba destruído en su mayor parte, quedando solamente los horcones. Entró en su campo y de pronto se quedó perplejo, como si estuviese desorientado. ¿Y su rancho? No le descubría en ninguna parte. Allí donde creía encontrarle, sólo había un lienzo de pared, cubierto de ortigas y un montón de adobes desleídos por las lluvias. Los cardales invadían todos los rincones, y el abrojal crecía soberano tapando los albardones de la chacra. Al débil fulgor de la mañana, pudo observar el conmovedor espectáculo. Se había detenido junto á las ruinas, y á unos pasos, descubrió un mazo de totora y algunas tijeras quemadas. Dudando aún, miró á su alrededor, y comprendió que aquel era el sitio donde estuvo su estancia.

Sintió un vértigo, como si hubiera recibido un golpe en la cabeza y necesitó un gran rato, para tener otra vez conciencia de su infortunio. ¿Qué había sucedido? Estaba anonadado y aunque lo deseaba, no acertaba á tomar una iniciativa. Por último, movió al caballo y partió, en una carrera vertiginosa. Cuando se aproximó al rancho del vasco, se dió cuenta del objeto que le llevaba; se apeó y golpeó la puerta de la choza hasta que se la abrieron. De boca de aquel extraño campesino, lo supo todo. Una partida de revolucionarios había atacado al rancho incendiándolo y robado la poca hacienda que quedaba en los potreros. Su mujer y su hijo, sorprendidos por las llamas, no tuvieron tiempo de huir y perecieron. Esa era la historia. Zerpa experimentó desesperación, angustia y rabia. Silencioso, con el rostro alterado por el dolor, se dirigió á la tapera, resuelto á morir cerca de aquellas ruinas, que no eran sin embargo, tan lastimosas como las que tenía en el alma. Poco antes de apearse, oyó un tropel de caballos. Reconoció á los jinetes, pero ahora, nada le importaba que vinieran. Que lo mataran. ¡Para qué iba á vivir! Sentado en los terrones, esperó á sus enemigos implacables. No se dejaría

llevar otra vez al ejército. Se resistiría para que le hiriesen. Si no lo hacían, les rogaría que lo ultimasen. Pero no tuvo que pedirles tanta conmiseración. Era desertor reincidente, y además, ladrón del parejero del general, de modo que en cuanto le vieron, le atropellaron, sin desmontarse, como si no mereciera el honor de ningún sacrificio. El, ni se movió. En el instante de ser herido, sus ojos estaban nublados por el llanto y cuando cayó exánime, de espaldas, parecía que las lágrimas se le habían cristalizado en las mejillas.

ANIMAS

Regresaba de un viaje al río Negro, distante unas veinte leguas del lugar en donde yo recidía. Era una tarde estival de calor sofocante. Mi peón, un paisano viejo, muy conversador, alegre á menudo,—buen campero, á pesar de su corpulencia y de su afición á la haraganería, que había empezado á pronunciarse conjuntamente con su obesidad, víctima principal de la alta temperatura,—transpiraba copiosamente, lo mismo que el caballo que montaba,—un tubiano sillón, maula, como todos los de su pelo. Impasible á los rebencazos, el bruto parecía estar conforme con la suerte que el destino le había deparado, que consistía en cargar permanentemente con el peso colosal de su dueño y por eso, cada vez que el jinete hacía silbar la trenza en sus ancas, el mancarrón bajaba la cabeza, como si quisiera significar que los palos no conseguirían modificar, en lo mínimo, su heroica resolución,—y si mucho le apuraban, aflojaba el paso y tropezaba intermitentemente,

demostrando que había peligro en castigarle con tanto empeño. Pero don Romualdo Trelles no se dejaba convencer por la elocuencia de su pingo, y en seguida de un tropezón, le pegaba un sofrenazo, levantándole las patas á una cuarta del suelo, al mismo tiempo que le quemaba las orejas de un lonjazo. Este trajín constante, aumentaba el sofocón del hombre, sin obtener ningún resultado, pues á pesar de todos los esfuerzos, no llegaba á aparearse á mi picazo, ligero, seguro de manos y blando de boca. Para hacer menos aburrida la marcha, puse mi caballo al paso y empecé á conversar con mi acompañante, diciéndole:

—¿Se le cansó el tubiano, amigo?

Y él me contestó, visiblemente fatigado:

Es un rejugao que nunca sale del tranco, lo mesmo que si las patas, entre ellas, se pidieran permiso pa moverse.

Y agregó en tono de convencimiento:

—Mire, amigo, si los zotretas corriesen, éste le daba cola y luz á cualquiera, porque á sin vergüenza naide le gana.

¿Y por qué no lo echa al campo? le pregunté.

—No lo echo, contestóme,—porque me ha

acompañao muchos años y me lo regaló el finao mi padre, que si no... hace tiempo que lo había acostao de un mangazo.

Miré por curiosidad al matungo y confieso que le di la razón, porque á no dudarlo, entre cien tropillas, no habría lomo bastante resistente para soportar, sin protestas, el peso que éste llevaba encima. Se necesitaba tener osamenta dura, para no cimbrarse y crujir bajo la presión de aquel bulto.

—No lo castigue tanto, díjele,-- impulsado por un sentimiento caritativo,-- ¿no ve que de ese modo no va á tener caballo para llegar al pueblo?

— De tuitos modos, no llegaremos, me contestó, -- porque aurita no más se nos va á venir el tiempo malo y entuavía nos faltan diez leguas.

Efectivamente, la tormenta se formalizaba, truenos sordos, como si detonasen en algún subterráneo, repercutían á la distancia, prolongando el estampido, al pasar por las concavidades de la sierra.

El sol poniente daba un color azufrado á las nubes, que se embolsaban y movían de un lado para otro, impelidas por el viento, que en las regiones superiores formaba verdaderos remolinos. De súbito, la obscuridad se condensó de

tal modo, que se borraron los caminos y el monte desapareció casi por completo, destacándose como una mancha sobre el fondo barroso del horizonte. Las descargas eléctricas arreciaron, cayendo las primeras gotas,— como si los negros vapores crepitasen al abrirse, derramando el líquido que guardaban en su seno. A la luz de un relámpago, divisamos la barranca, por donde teníamos que pasar, pues el camino la cruzaba en un declive difícil. Era como el grande álveo de un arroyo extinguido; solamente en lo más profundo, corría un hilo de agua, sin rumores, por un lecho de guijarros. Bajamos por la senda labrada entre las rocas, y volvimos á subir con trabajo; nuestros caballos tropezaban á cada instante, temerosos de afirmar los cascos sin herraduras en aquel terreno escabroso. El camino en esa parte trazaba una curva, orillando la falda de un cerro y cerca de éste, á la claridad difusa, pude ver que todo el promontorio estaba sembrado de cruces.

—¿Qué es esto? pregunté á mi peón.

—Un camposanto, me contestó.

Era uno de esos cementerios que todavía se ven en algunos parajes de la campaña, donde los pobres paisanos hallan reposo bajo la mis-

ma tierra que tantas veces hollaron, en sus marchas cotidianas á través de la inmensa llanura, realizándose lo que expresa el verso popular, impregnado de inocente poesía :

Entiérrenme en campo verde,
Donde me pise el ganado.

Al fugitivo resplandor pude distinguir algunos cajones deshechos, asomando por los huecos de los pedregales, barridos por el viento, y arrojados fuera de su sitio. La tempestad estalló entonces con toda su violencia, y la sombra tenía negruras caóticas. La lluvia cayó sobre las piedras con rumor de granizo y en breve oímos el estrépito del agua que se desbordaba en la hendidura barrancosa. Alzando la voz para sobrepasar el fragor de la tormenta, dije á mi guía, inclinándome á su oído.

—¿Qué hacemos, don Romualdo?

- Podemos guarecernos aquí, respondió,—hasta que pase el agua. Yo conozco este paraje como á mis manos. Allí en la puntita del cerro, hay una cueva, en la que pueden caber holgaos, cuatro ó cinco hombres. Si usted quiere, vamos á apiarnos y nos metemos dejando los mancarrones acollarados.

No había más remedio que tomar ese partido. Yo tenía el poncho mojado y por el sombrero me caía en la cara un torrente, á pesar de haberle bajado las alas; de modo que, aunque no me halagaba mucho pernoctar en la cueva, que yo imaginaba un sepulcro vacío,—allí nos introducimos, agazapándonos, para no lastimarnos en las aristas. La gruta era espaciosa, labrada en la roca viva y el suelo estaba cubierto de resaca y de huesos vacunos. Prendimos nuestros cigarros, y mientras afuera la lluvia golpeaba las piedras—y los truenos recorrían toda la escala de los sonidos estridentes,—don Romualdo, después de una pitada fuerte, que le alumbró el rostro humedecido y las barbas llenas de gotas, me dijo:

—Vea, este camposanto tiene una historia...

—Cuéntela, amigo, le interrumpí, pensando que la tal historia, se reduciría á un cuento fantástico de confección silvestre.

—Pues,—empezó el gaucho,—hace muchos años, cuando la Guerra Grande, había por estos pagos un paisanito, que se metió á matrero. Las gentes que le conocieron, dicen que era un güen hombre, aunque otros sostienen, que como forajido y malevo, no había otro cristiano con

quien hacer comparancia. Creo que se llamaba, si no miento, Rudecindo Lares. El caso es que el hombre tenía una china á quien quería con el alma y un hijito, que era su vivo retrato, porque asigún cuentan, tanto ella, la china, como el gaucho, eran dos mozos bien plantaos; su rancho, estaba aquí cerca, á la vera de la cuchilla, y eran más pobres que los lagartos, que se abrigan con el sol y no tienen más ropa que el cuero.— Güeno, de juro, que si estaban cortaos de riales, de algo se habían de alimentar y Lares, como en ese entonces no habían alambraos, salía á correr campo, volviendo siempre con una vaca orejana por delante. Las mentas de estos robos, se esparcieron por tuitas las rancherías y el paisanaje principiô á orejiar, y á vegilar los animales, pero al cuete, porque el hombre era como baia pa refalar la hacienda ajena. A los criollos entuavía, no les hacía cavilar mucho el uñateo, pero los gringos no pudieron aguantarse y comenzaron á gritar, dando parte al cónsul de su nación. De suerte, que la polecía agarró al mozo y lo metió preso. Cuando lo soltaron, como el hombre no olvida mañas, siguió haciendo de las suyas. Lo persiguieron, no dejándolo ni á sol ni á sombra.

Por tuitos estos lugares, se veían partidas de milicos, que iban en persecución del malevo. Pero cuando los soldaos, créiban haberlo rodeao completamente, Lares salía disparando á tuito lo que daba su parejero, robao, también,—y les golpeaba la boca por burlarse de ellos. Sucedió que una noche, sabiendo que el pájaro estaba en el nido, el comisario atropelló el rancho y mientras la milicada apuñaleaba á la china y á su hijo, él de atrás, cuando menos lo esperaban, les atacó, dejando mucha gente acostada, huyendo paí monte después. A los tres días, cuando coligió que naide lo aguaitaba, enderezó p'al rancho ya medio tapera. Aquellos bárbaros, ni siquiera habían enterrao á los dijuntos. Cargó á su mujer y al muchacho y los trajo aquí mesmo dándoles sepoltura. Dispués, se hizo matrero. Peljaba con tuito el mundo y cualquier asesinato que cometían los otros, se lo achacaban á él. La autoridá andaba como loca, atrás del alzaó, pero él se escurría como la luz mala. Aparecía en el poblao y el paisanaje se espantaba; en las pulperías no se hablaba de otra cosa que de sus hazañas y aunque entonees, la regolució ardía, y los muertos no extrañaban á naide, este maldito cristiano, parecía que á tui-

tos los que mataba, les dejaba su rúbrica, pa-
que supiesen que él les había quitao la vida.
Así, en cuanto encontraban un finao reyuno,
ya sabían que el facón de Lares, había pasao
por la oreja. El disgraciao perseguido, si se
atiende á las circunstancias, no era malo, que
malo lo hicieron, los que dieron en corretearlo,
porque si él robaba vacas, era por mantener
su familia, que no iba á dejarla perecer de ne-
cesidad—y si se alega que en vez de agarrar lo
ajeno, debía trabajar pa comer,—no salgan con
esa plepa, porque hoy mesmo, no trabaja el que
quiere, sino el que puede, y el que no tiene pa-
drino, es como entena de la suerte.

Interrumpí al narrador, preguntándole:

—¿Y cómo conoce usted esos detalles, si es-
tos sucesos acaecieron en época tan remota?

—¡Pero como no los vi á saber, respondió—si
no hay gaucho de po aquí, veinte leguas á la
redonda, que no esté enterao de esta historia!
Yo era charabón cuando la oí contar á mi agüe-
lo, con tuitos los pelos y señales con que yo se
la repito, y crea que es tan verdá, como que
aura está cayendo agua del cielo, porque aunque
yo no lo vi mi padre me dijo que él mesmo lo pre-
senció, como otros que entuavía viven en el pago.

—Siga, le dije, para cortar la digresión, que se iba haciendo larga.

—Güeno,—prosiguió Trelles,—de tuitos los que ayudaron al comisario á matar á la china y á su hijo, no quedó uno solo pa remedio, y jueron desapareciendo tuitos,—las chinas y los hijos. Al comisario, lo encontraron un día, con la panza verdiando entre una zanja, que á la cuenta, era esta mesma, que nosotros hemos pasao, y le faltaba una oreja, como á los otros que el matrero sacrificaba. De repente, con la muerte de sus dueños, se quemaban el monte, las pirvas y los ranchos y no quedaba animal que no saliera chamuscao de la fogata. Y tuito se lo achacaban al infeliz matrero. Pasó mucho tiempo, y ya se había dejao de mentar las peleas de Lares, cuando el vecindario,—como las ovejas, que donde va una van las demás,—le tomó gusto á la cuchillita y á tuito el que se moría lo enterraban en este sitio. De modo que en pocos años, el cerro se llenó de cruces. Pero sucedió una cosa extraña y jué, que los primeros dijuntos que sepultaban, á los pocos días los encontraban desenterraos, y las sepolturas escarbadas como si hubiera una mano que lo hiciera por pura diversión; pero no á todas les

pasaba lo mismo, que las que encerraban los cuerpos de la china y el hijo de Lares, esas, estaban conforme el matrero las había dejao, de donde tuitos sacaron la consecuencia de que era el mismo gaucho el autor de la fechoría. En las rancherías dentró el miedo, y los más guapos se amaularon. Corrían historias de tuitas layas. Decían que de noche, la china muerta por el comisario, salía de su hoyo y arrastraba á los dijuntos, echándolos á rodar barranca abajo, y estos cuentos se enrabaron autros, sobre aparición de luces y quejidos de ánimas en penas, que imitaban el balido de los corderitos rezagaos, pa que sus dueños juesen á campearlos; y si alguno, engañaos con la apariencia, se acercaba al pedregal, no salía nunca jamás de estos lugares, ni se encontraba tampoco su osamenta, como si se hubiera hundido en alguna cueva sin fondo.

Y vea,—continuó Trelles,—lo que llamó en de veras la atención, hasta de la autoridá, jué, que tuitos los años, justamente el dos de Noviembre, que es el día de ánimas, dende la madrugada, aparecía en la cruz hecha de dos gajos de coronilla, y clavada en la tumba de la mujer y el hijo de Lares, una corona fresquita de

claveles del aire y margaritas blancas. El nuevo comisario, que tenía unas entrañas de cimarrón, y que había estao juntando rabia, porque el matrero le gambeteaba de lo lindo, hizo guardia una noche entera, la víspera del día de dijuntos, pa ver si atrapaba al hombre, pero por más que esperó, armao hasta los dientes, y acompañaó de mucha milicada, que puso de centinela en tuitos los caminos, picadas y pasos, no vió ni rastros del matrero, pero eso sí, tempranito, como de costumbre, la corona estaba en su lugar, más fresquita que nunca. De juro que aquello no era obra de alma viviente, sino de algún pantofo. El comisario, después que se le pasó el miedo, juró que se había de vengar y enfurecido, atropelló á la cruz y la rompió á machetazos, ordenando que naide pusiese ni un cascote en señal de lugar sagrao. Al cue te se empeñó el hombre, pues por más que hizo, no consiguió ver nada, y aunque oyó muchos gritos, que al principio se parecían á balidos de oveja, cuando ponía atención le resultaban ladridos de perros, gritos de corujas ó canto de chajá. En este afán se pasó otro año y el 1º del mes de Noviembre, sin meter ruido y sin que naide supiera, consiguió rcunir alguna gente de

coraje como él, y se guarecieron en esta misma cueva en que estamos nosotros y los demás se escondieron entre esas piedras de pizarra que parecen techos. Aguardaron hasta muy dentro de la noche y cuando ya habían perdido la esperanza de ver al matrero, sintieron un ruidito, como de una cosa que refalaba por la pendiente, lo mesmo que cuando el agua corre y trompieza con un gajo. El comisario salió de su escondite y dió un rodeo hasta llegar al punto donde estaba la sepultura de la china. Allí, sobre la piedra que le servía de tapa, había un hombre hincado, como rezando, y junto á el, un caballo ensillado. El comisario, sin esperar á que concluyera su oración, le pegó un trabucazo por la espalda y el cuerpo del matrero rodó por el suelo, sin dar un quejido. Cuando amaneció tuitos se quedaron espantados. Encima de la misma piedra, vieron una corona igualita á las que antes encontraron, pero ésta, estaba señalada en la roca, como si la hubieran labrado á punta de cuchillo.

— Pero, — le dije yo, convencido de que el cuento fantástico había terminado, — si la corona aparecía grabada en la piedra todavía debe de estar y si no, amigo Trelles, su historia es una invención de payador antiguo.

—Aura la va á ver,— me dijo interrumpiéndome:—deje que aclare y pare un poco el agua.

La lluvia no caía con tanta fuerza cuando salimos de nuestra guarida. Las sombras se esfumaban, y á la mortecina luz de aquel día pálido echamos á andar, yo detrás de mi guía y él rumbeando por entre las sendas angostas, derecho al sitio en que debía encontrarse la corona de piedra. Trelles se detuvo y miró á su alrededor, como para orientarse; dió algunos pasos más y me dijo, señalándome una piedra alisada por el roce de las aguas y de los vientos:

—Es ésta; ponga atención y verá que los clavos están bien señalaos.

Miré, y vi un círculo, á manera de corona, pero débilmente grabado en el enorme pedregal. Sólo en un extremo se notaba algo así como una ramazón, semejante á un manojo de clavos del aire.

—Amigo,—dije á Trelles,—de todo esto, lo único real es que ha llovido mucho y el arroyo del Caballero se ha desbordado. Mire el agua hasta donde llega. Ahora sí que este cementerio va á convertirse en un refugio de ánimas en pena. Por si acaso, vaya aprontando otra historia...

MONTARAZ

En lo más intrincado de la selva estaba su rancho, de modo que para llegar á él, había que internarse en un laberinto de sendas y atajos que daban vueltas inverosímiles, obstruídas por troncos y mallas de enredaderas, y para que no faltase nada á aquel bosque de Hoffmann, el explorador tenía que sostener, al entrar, una batalla con los mosquitos y jejenes, verdadera nube de bichos famélicos, nostálgicos de sangre. Se necesitaba ser un montaraz empedernido para vivir allí, sin temor á las alimañas que se arrastran ó aletean, impelidas por voracidades extrañas, jamás satisfechas. La afición al retiro, á hundirse en el seno de la naturaleza, podría revelar un carácter hurraño, pero se equivocaría quien pensara que don Juan Polonio era un hombre fiera, que huía de la luz y de sus congéneres, á imitación de Segismundo, ó un tipo de gaucho nómade, habitante de la gruta, severo y reconcentrado como un burgrave. Todo lo contrario. Se le consideraba un ser hasta

cierto punto alegre, aunque indomesticado y de una inocencia candorosa; un compuesto de selva florida á base de zarza. El espinillo,—Cuasi-modo del bosque,—de ramaje negro y retorcido, erizado de púas, ¿no esconde la aspereza de sus espinas bajo ramilletes de aromas? ¿No es un árbol que ríe al contacto de estivales caricias? Y los pinoslimones, esas plantas trepadoras de guías vertebradas,—pólipos vegetales que envuelven los gajos oprimiéndolos y que salvan el vacío, extendiéndose triunfantes sobre las copas—¿no matizan y adornan el verde con sus frutos bermejos, lisos y brillantes como gotas de lacre? Así era el temperamento de este individuo cultivado en el medio selvático. Su progenitor le dejó en herencia, con una hermosa fracción de campo, aquella guarida ubicada en la maleza, sobre la margen del Rosario, junto á un remanso, donde una porción de la corriente, siempre impetuosa, entra para morir en el seno de la linfa estancada. A pesar de lo recóndito del lugar, no faltaban atractivos al paisaje. La humedad del suelo nunca desaparecía, porque aun á la hora en que el sol calcinaba el ramaje apenas una flecha de claridad mortecina se deslizaba por los intersticios de la fronda; pero en

la barranca, donde el monte se abría para dejar espacio al arroyo que rugía espumante al saltar por encima de los troncos volcados, la luz se difundía retozando en brillazones sobre las ondas, chispeando en las arenas de sílex, bruñidas por los desgastes del agua. Entonces, á la primer ráfaga que el verano arrojaba sobre el monte, se producía como un despertar insólito. Las cortezas se hinchaban de savia y estallaban en brotes. Las viejas películas de los gajos, se desprendían como pieles de víboras y un barniz untuoso satinaba los troncos y las hojas. Las flexibles lianas, atéridas durante el invierno, se vigorizaban de pronto, alargaban sus guías y se enredaban formando una trama de filamentos, moteada de pétalos, y no quedaba una mísera rama que no se ataviase, ni una planta rastrera que no se alzase ostentando su corona de estío. Luego venía la obertura de trinos y arrullos en las alcobas del follaje. Este se movía imperceptiblemente y una cabeza tornasolada asomaba bajo una hoja de laurel. Un rumor de notas límpidas vibraba como una escala de risas que parecían gorjeos. La rama cimbraba y caía una pareja agitando las alas, saltando sobre la alfombra de trébol salpicada de gotas y tornaba

á volar ascendiendo otra vez á la espesura; suspendía un momento los cantos para continuar el nupcial alborozo en un *scherzo* muriente...

Las crecientes no podían rebasar el álveo y sólo por una depresión del terreno, distante del rancho, cuando las lluvias eran torrenciales, el agua se explayaba deteniéndose todo el tiempo necesario para ser absorbida ó para volver á su cauce. La resaca se apilaba en los troncos ó subía, quedando prendida en los gajos y un lodo blando y resbaladizo pegábase al terreno, pudriendo las vegetaciones enanas, transformándolas en fermentos donde procreaban miríadas de insectos voladores que llevan en sus trompas gérmenes palúdicos. Se diría que el mismo rancho era un monstruoso ejemplar de aquella florá exuberante. Las campánulas y las yedras se le habían trepado por la cumbre, floreciendo allá arriba, hasta cubrir el mojinete. Un sarandí le atravesaba los cimientos sacando la punta del gajo por un rincón del techo y los claveles del aire, prendidos unos á otros, formaban guirnaldas que flotaban sobre las paredes y caían á lo largo de las tijeras. La naturaleza que construye las cavernas, encontró aquélla en

boceto y no tuvo más trabajo, para concluirlo, que darle un pedazo de su manto silvestre. Su único habitante era aquel hombre, á quien faltaban escasos atributos para ser un viejo fauno descansando de sus pasadas correrías á través de las planicies y de los bosques. Era de elevada estatura, algo enclenque, de piel curtida y amarillenta, de ojos claros acostumbrados á reflejar el color esmeralda de la arboleda. Su melena recortada á cuchillo, había empezado á blanquear atacada por los años y la intemperie y nadie imaginaría que aquel ambiente que dió fiereza al puma, podría resultar impotente para transformar las condiciones virtuales de su carácter, porque si bien en el corazón de la maraña era tosco, aunque no agresivo, fuera de él el paisano se tornaba amable, torpe de inocente, manso, sin perder una sola ocasión el buen humor que de adentro le salía, diluído en una eterna sonrisa.* No tenía caballo, lo cual quitaba gran prestigio á sus cualidades gau-chescas, pero él se bastaba para cruzar el llano, sin otro auxilio y para salvar las distancias sin fatigas, porque no había ningún aliciente bastante podederoso para hacerle cambiar el paso, lento, seguro en el apoyo de sus pies reto-

bados en un par de botas legendarias. Su vestimenta, como la moderna arquitectura, era una confusión de todos los estilos, pero en un estado tal de ruina, que daba lástima. ¿Qué capricho, ó qué causa secreta le obligó á vivir de aquel modo? Pasiones nunca se le conocieron, al menos en el pago, porque desde el Pichinango hasta el Cufre y desde el Rosario hasta las sierras de Mal Abrigo, ninguna criolla podía jactarse de haber merecido sus preferencias. Identificado completamente con la selva, esperaba, quizá, tener vástagos con ella, por generación espontánea. Don Anastasio Perdomo, el dueño de la pulpería, á donde él solía concurrir para surtirse, cada vez que le veía, no podía menos que decirle, con sorna:

—Pero amigo don Juan, ¿no piensa ayuntarse? Mire que al fin se va á secar sin dejar semilla. Puaquí cerca anda una china, que se ha enamorado del verde. Agacheselé.

El paisano se reía benévolutamente, pues ya conocía al pulpero, bromista con los pobres gauchos, para engatuzarlos y dejarlos en cueros,—y apresuraba su compra de caña y tabaco en rollo, sin cesar de sonreír, mientras los tertulianos celebraban estrepitosamente la ocurrencia de don Perdomo.

Don Juan Polonio se retiraba en seguida, sin querer entablar conversación con nadie, sin manifestar enojo por la chacota que le armaban, diciendo entre dientes:

—Casarme yo! Aurita nomás vi á cambiar de pilchas. Si hay china, que se la larguen autro. El monte no se ha hecho pa las ovejas.

Y se reía, satisfecho de su resolución íntima, confiado en la firmeza de su voluntad, tomando el camino de su guarida, en donde entraba, apartando el ramaje con los brazos, desnudos hasta más arriba de los codos, unos brazos enflaquecidos, pero musculosos, en los que las venas hinchadas, al relieve, parecían ramazones, que se confundían con las otras. Luego, se sentaba á la puerta de su choza, con el perro al lado, su último compañero, un ejemplar silvestre que crió de cachorro, encontrado en el monte, hijo de cimarrón, probablemente. Allí, con las resacas que recogía, encendía el fuego y calentaba el agua para matear. Cuando concluía su desayuno, permanecía mucho tiempo acostado en el suelo, mirando por los claros. Su mirada vivaz, muy experta, llegaba á gran distancia: veía lejos según su propia expresión—y percibía los rumores más sutiles. Un aleteo rápido

y sonoro, le revelaba una paloma canela que regresaba al nido; un roce entre las ramas, acompañado de fractura, le indicaba al gato montés persiguiendo á su presa y un frote, un deslizamiento breve entre la hojarasca, á una culebra que abandonaba su madriguera.—No confundía el tranco del perro salvaje, acompasado y torpe, que atropellaba impulsado por la rabia, con el del carpincho que en dos saltos se arroja á la laguna, desde la orilla donde se agazapa, al sol, entre las hierbas. El era el complemento de la selva, y si no se alimentaba de raíces, como el hombre primitivo, las frutas silvestres fueron más de una vez el único manjar de sus banquetes frugales. Conocía aquella riqueza de alimentación, que los demás ignoraban. Las frutas rojas y almibaradas del chachal y ñanga piré, las amarillas, en forma de peras diminutas, del quebracho: las *chauchas* lustrosas del algarrobo, constituían el postre obligado, que caía al alcance de su mano, con rumor de lluvia, como si fuera el maná de la fronda. Se encontraba tan á gusto en aquel rincón penumbroso, que no lo hubiera trocado por ningún lugar de la tierra. Era su paraíso, su imperio selvático.—Allí cerca sus amigos le

reverenciaban. El molle, de cáscara negra, que se desprende sola, cuando el calor avanza; el urunday, el ñandubay y el quebracho de maderas resistentes como el hierro, en cuyas carnes fibrosas, el hacha se mella y se perfuma; el canelón, el árbol simpático que abre su ramaje, esparciendo las hojas para tejer los tapices del bosque; el sombra de toro, espeso y redondeado, en cuya copa, que es un misterio de sombra, el zorzal se oculta, para afinar su cavatina armoniosa; el espinillo, que se cubre de botones de oro, un oro impregnado de fragancias; el coronilla, de corteza blanda, invadida por vegetaciones parásitas; el tala y el tembetarí, los dos hijos pródigos de la selva, que brotan en las abras, con ansia de luz y de calor; el sauce, cuyas guirnaldas ondulantes besan las barrancas y caen sobre el remanso simbolizando las nostalgias; el curupí, de hoja fina y prolongada; el laurel miní, cuyos frutos aceitunados caen en el otoño, matizando la hojarasca; el sarandí, el árbol regio, alto y coposo, que rompe la tierra con sus poderosas raíces, lavándolas en el turbión de la corriente, al que parece querer detener poniéndole diques, que solamente sirven para acrecentar su cólera

de espumas. Luego, toda esa vegetación gigantesca, que se apiña y se enreda, que entrelaza su ramaje y se besa con las hojas; que trenza sus raíces á flor de tierra y todavía las junta bajo el suelo, como si el contacto permanente, el eterno rozamiento, uniera con vínculo indisoluble al vegetal, á diferencia de los hombres, que necesitan de la ausencia para amarse,—apenas pasaba el soplo cálido que llegaba del estero, sentían bullir la savia dentro de las rugosas cortezas y era de ver cómo de aquellos troncos centenarios, empezaban á salir vástagos tiernos que tapaban las cicatrices de la cáscara y los muñones que dejaron los hachazos. Había más frondosidad y más transparencia al mismo tiempo. Amarilleaba el rama negra como si estuviese salpicado de ocre; el arrayán y el blanquillo se coronaban; el árbol de la cruz aguzaba las espinas de sus hojas y como si la selva celebrara también su fiesta del primrose, se multiplicaban las florescencias, se esparcían los aromas en sutiles emanaciones, como beleños que embargaban los sentidos. Había una confusión encantadora de pétalos; en las enredaderas de campanillas moradas, se veían flores de patito, de ñapindá y coralina, porque las plantas, aun-

que estén separadas, se envían por medio de las brisas, las antenas y los élitros, el mensaje fecundo de sus amores.

Centinela á la entrada de la choza, un robusto lapacho parecía haberse acercado expresamente, para hacer compañía al extraño morador de la selva. Entre sus ramas, zumbaban las avispas en torno del camoatí y mucho antes de que el día se filtrara por las frondosidades, los cardenales azules, las calandrias y los boyeros, se preparaban para dar principio á la *matinée* silvestre. Allí parecía estar la dirección de la orquesta y no bien sonaban distintamente las primeras notas del preludio, rompía el concierto en una sinfonía original de variados motivos, como si todos los músicos alados estuvieran prontos para atacar la partitura. Se operaba después una confusión melódica: los tonos graves se mezclaban á los agudos. Comprendíase que aquello era el himno de la vida agresiva, la expansión alegre de pequeños seres que echaban á volar sus trinos, raudos como sus alas. Cuando la luz caía á plomo sobre las copas, finalizaba la sinfonía, escuchándose sin embargo gorjeos de músicos rezagados que no pudieron entrar á tiempo, por haberse en-

tretenido en otros juegos que son comunes entre los pájaros. El lapacho, no obstante su aspecto de cacique del bosque, se animaba igualmente como los demás de su especie y se rejuvenecía bajo la opresión de la yedra. En lo más alto, un casal de horneros fabricaba su deforme nido y la pava de monte se posaba sin temor, conmoviendo el silencio de la siesta con su graznido melancólico. ¿Cómo no iba á querer el gaucho á ese paraje sombrío? La naturaleza le brindaba generosamente sus dones y no tenía más que inclinarse un poco para gozar de su belleza y de sus ricos presentes. Lo demás, ya nada le importaba. Por eso no le preocupó gran cosa que el pulpero se quedara con su campo á pretexto de deudas que nunca hubo contraído. Obedeciendo á su pereza ingénita, prefirió dejarse robar antes que alegar nada en defensa de sus derechos. Parte del monte, la más hermosa, también había ido á parar á manos de aquel explotador afortunado, que siempre encontraba expediente fácil para aprovecharse de su bondad y de su ignorancia.

Entretanto, el campo se transformaba. El alambre lo dividía en potreros. El arado des-

garró las planicies, convirtiéndolas en manchas oscuras que contrastaban con el verde pálido de las faldas; numerosas haciendas devoraban aquellos pastizales abundosos y por primera vez llegó á sus oídos el rumor de la lucha para arrancar á la tierra los tesoros de fecundidad que hasta entonces ocultaba. Pronto los trigales ondularon como un mar, y en los incultos valles, donde el espartillo y la chirca crecían soberanos, no quedó sino el ombú, último vestigio de la vida salvaje, que al mover sus ramas, impelido por el viento, parecía querer pelear con la mies que le cercaba. Pero todavía, el hombre se consideraba dichoso. Su rancho empezaba á florecer. Del mojinete á las soleras se abría un quitasol de lianas; las yedras se abrazaban á los troncos para trepar á los últimos gajos; los helechos arborescentes salían de las barrancas á la luz, inclinados sobre el agua siempre herborosa y una multitud de culantrillos y arazaes, de matas olorosas, afiligranaban los declives, poblaban las hendiduras, mientras que en los remansos, las algas tejían sus hilos gomosos y las achiras ganaban la otra orilla de la corriente, entrelazando sus hojas y sus tallos: En las noches serenas, la-

tían otras existencias no sospechadas. Los astros no podían distinguirse bien por los claros de la floresta y las copas erguidas solamente disfrutaban de sus encantos, pero abajo, la sombra semejava un crespón salpicado de chispas de oro. Los insectos luminosos caían del follaje, se arremolineaban, surgían de las malezas persiguiéndose, confundiendo sus luces, produciendo reflejos momentáneos en los espesos matorrales. Mariposas nocturnas, libélulas extrañas vagaban sin rumbo, aleteando en las hojas. Un rumor incesante, un frote de élitros alteraba el silencio del bosque y se prolongaba hasta más allá de la llanura. A veces parecía que los árboles conversaban transmitiéndose secretas impresiones—porque se oían como frases entrecortadas y suspiros vagorosos. Luego, el rugido de las pequeñas fieras dominaba todos los ecos, aplacándolos por un instante; pero continuaban después en el mismo tono, como si aquellos huraños seres tocaran al unísono mil instrumentos monocordes.

Todas las mañanas, el viejo montaraz discurría al azar por sus dominios, aspirando el aire saturado de emanaciones aromáticas, de esencias resinosas. Hacía su provisión de charamuscas

y regresaba con la carga, encendiendo una fogata al pie del lapacho de tronco ennegrecido por el humo. Era su tarea habitual, que cumplía de un modo instintivo, gozoso al verse dueño y señor de su retiro, sin que nadie osara disputárselo; porque, ¿quién, á no ser él, podría pernoctar en aquel lugar agreste? — ¿El matrero? Un hombre perseguido por enemigos implacables, que se guarece en la espesura para salvar la vida; que acecha la ocasión para poder escapar, ávido de campo raso, atacado por la obsesión de espaciarse en la llanura infinita. Él, no. La necesidad le obligaba á dejar su cueva por breve tiempo, y cuando demoraba más de lo que tenía por costumbre, apresuraba la marcha, deseoso de llegar cuanto antes, porque el campo sin un árbol le ponía melancólico, nostálgico, enfermo; sentía que sus miembros se aflojaban, como si la vejez cayera de súbito sobre sus espaldas. Pero así que pisaba la hojarasca, en cuanto setía el roce de un gajo en la cara, sus tristezas se desvanecían, experimentaba un rejuvenecimiento inexplicable; le venían ganas de reír y brincar como si se hallara en pleno vigor de juventud.

Así transcurrieron los años. Una madrugada se despertó ¡sorprendido. ¿Quién se atrevía á

turbar su reposo? Porque no le quedaban dudas: alguien había tomado posesión del bosque. Aquel desgaje, aquel golpear en la madera, no era obra del viento huracanado, puesto que los más recios temporales apenas lograron mecer los mástiles de las copas empinadas. El estrépito continuaba, repercutía sonoramente, como si los árboles se quejaran al ser heridos. A cada rato se percibía claramente el estruendo de un derrumbe. Un ruido de ramajes, un crujimiento de astillas, de troncos que se rajaban al caer. El paisano salió del rancho para inquirir la causa de aquello, aunque vagamente lo sospechaba. Como á una cuadra de su choza, en lo más tupido del monte, donde los árboles añosos habían formado una muralla, la claridad penetraba como un torrente sin diques, invadiendo en aquellos rincones en que nunca se vió más luz que el débil rayo tamizado por las hojas. La arboleda había caído bajo el hacha del leñador y la obra de destrucción seguía empeñosamente, con ímpetu salvaje. Los quebrachos y los ñandubays mellaban los filos, pero al fin caían lo mismo que los otros, desplomándose ruidosamente como gigantes vencidos. Perfumes intensos, acres, se esparcían, y algunos pájaros

posados en los ramajes vecinos, callaban ante aquel ataque llevado á sus viviendas y á sus nidos.

De pronto, apareció el montaraz; ya no sonreía como en sus tiempos felices. Temblaba de iracundia como si él recibiera los hachazos, pero más que rabia, su semblante demostraba sufrimiento. Se encaró con todos aquellos hombres que proseguían, delante de él, su obra de exterminio.

--¿Quién les ha dao permiso pa montear? les preguntó.

Uno de ellos, el capataz, se adelantó con el hacha en la mano y contestó visiblemente contrariado:

—Don Perdomo nos ha arrendao el monte pa hacer leña y carbón.

—Y ¿quién es el pulpero pa meterse en lo ajeno? Aquí mando yo ¡canejo!, y si no se van aura mesmo, priendo juego al monte pa que arda conmigo.

Los otros vacilaron, temerosos de que fuera á cumplir la amenaza, pero instantes después redoblaron el ataque y los golpes volvieron á sonar con violencia. ¿Qué hacer? El montaraz se sintió impotente para contrarrestar aquel avance.

Pensó que era inútil evitar lo que tenía que suceder á la fuerza. Le habían despojado del campo y ahora le arrojaban también del rincón donde vivía. Ignorante de todo lo que no se relacionase con sus hábitos, ni se imaginó que había una justicia que lo amparaba, porque la otra, la que administraba el comisario, nunca le protegería. Su fama de salvaje le había colocado en la condición de un animal selvático sin derechos, aunque libre en el seno de la naturaleza. Poco á poco fué apaciguándose su cólera y se sintió invadido por una profunda melancolía. Le vinieron ganas de llorar y se dió vuelta, sin oír ni pedir más explicaciones, pues tenía vergüenza de que sorprendieran sus lágrimas.

Pero cuando estuvo lejos, cuando se convenció de que nadie podía observarle, su llanto brotó abundantemente, experimentando una angustia inexplicable, lo mismo que si hubiera perdido para siempre á los seres de su amor, que fueron el único deleite de su vida. Los golpes de hacha le sonaban adentro, repercutían en su corazón.

Ya era mediodía y la tarea parecía no terminar. Pronto llegarían á su covacha y entonces ¿qué resolución tomaría?—Dejaría hacer todo lo que quisieran; solamente les pediría, como limosna,

que no volteasen al viejo lapacho, pues deseaba morir bajo sus ramas. Cuando cesó el ruido, tuvo la esperanza de que ya no cortarían más y salió á ver lo que habían hecho. Árboles grandes y chicos yacían en el suelo, unos sobre otros, aplastadas las copas, destilando resinas por las cortezas lastimadas. Las enredaderas de hojas tiernas y sensibles, se marchitaban al calor que entraba con la profusa claridad, desarraigadas al desplomarse con los troncos que las sostenían. Ahora se veía bien todo aquel mundo al descubierto; la hojarasca que esparcieron los otoños; el limo resbaladizo; la aglomeración de raíces á flor de tierra; las vegetaciones microscópicas, invadidas por la clorosis de la eterna penumbra, y las telas de araña, enredadas á los gajos en copos blanquecinos y en hebras sutiles. — Pero lo que más lo asombraba era la luz que inundaba el inmenso espacio donde pocas horas antes era monte impenetrable. Parecía que los rayos solares querían desquitarse de todo el tiempo en que lucharon vanamente por entrar en aquellos pabellones recónditos, en aquellas glorietas de la sombra. No obstante, el monte brotaría otra vez; se alzaría sobre la ruina del presente empujado por la fuerza de su savia,

pero antes de que eso pudiera suceder, él se habría extinguido, porque era viejo tronco que tenía el corazón enfermo.

El corte de los árboles se repitió por muchos días y los monteros parecían incansables, pero poco tiempo después, lo que había sido bosque, estaba convertido en campo liso. Grandes montones de astillas se veían en distintos parajes. De una pila enorme de ramas subía una columna de humo, y se oía chisporrotear la leña verde. Solamente el arroyo, indiferente á la devastación y al exterminio, seguía corriendo como siempre, saltando por encima de los troncos volcados, irisando sus espumas bajo la onda de luz que inundaba hasta sus márgenes desiertas.

A mediados del siguiente invierno, un paisano que jugaba al truco en la pulpería de don Anastasio Perdomo, dijo, mientras cantaba flor golpeando el mostrador con los dedos:

— ¿Don Juan Polonio, se habrá caído en alguna vizcachera?

—Y mesmo, agregó Perdomo,—hace más de dos meses que no se le ve en el pago. Puede que esté enfermo.

A la tarde, terminadas las libaciones y los juegos, dos paisanos montaron á caballo y se

dirigieron á la guarida del montaraz, movidos por un sentimiento de lástima. Doblando un recodo del camino, divisaron el grupo de árboles que había quedado alrededor del rancho. Al llegar, se apearon y no buscaron mucho, porque allí cerca, bajo las ramas, el gaucho infortunado dormía el último sueño. Las lluvias habían formado un charco bajo su cuerpo y algunas manchas grasosas empañaban el agua. El perro aullaba desde la puerta del rancho y el viejo lapacho parecía haber enmudecido para siempre, sin nidos y sin hojas.

LA SIESTA

Pretextando una indisposición repentina, Laurencio salió del galpón, antes de terminar el almuerzo. Los peones de la estancia que le vieron marchar tan á prisa, no creyeron en aquella enfermedad fulminante, y se miraron socarronamente, como sabe expresar el gaucho las picardías que le retozan por dentro. Uno de ellos, menos prudente que los otros, por ser más joven, se rió con ganas, mereciendo la desaprobación de sus compañeros. Él, se excusó diciendo:

—Hay que réirse cuando se ve á un hombre encelao y por puro lujo, porque la china y él están uñidos guampa con guampa.

La frase, á pesar de todo, provocó hilaridad, y el viejo capataz no pudo contenerse, riéndose también, despacio, para que el otro no fuera á caer en la cuenta de que allí se estaba haciendo mofa de sus tribulaciones. Todos conocían la historia de estos amores silvestres. Laurencio era un mozo fuerte, aficionado á los trabajos

camperos y muy baquiano en todo lo que se relacionaba con la doma. Un lindo tipo de paisano; alto, delgado y ágil; sus ojos pequeños y oscuros revelaban viveza, y sus labios finos y apretados acusaban un carácter firme y decidido.

En la estancia, su obligación se reducía á la limpieza y adiestramiento de los caballos; por eso se le veía á menudo montando el pingo más bravo ó el redomón que todavía se bolea cuando las nazarenas le rayan el cuero; pero siempre bien sentado en el animal, domándole sin castigo, largándolo después, en el potrero, dócil á la rienda, piafando y arrojando espuma por las fauces abiertas. Su contracción al trabajo fué motivo para que el patrón le perdonara la mala acción de haber alzado en ancas á la hija del puestero, que estaba al servicio de la casa, una muchacha bonitilla de color trigueño despercudido, alegre y entusiasta por todo lo que hería su imaginación de criolla impresionable. Voluntariosa, sin que nadie la hubiera mimado nunca, no cejaba hasta conseguir lo que se proponía, y fué ella quien insinuó á Laurencio que la sacase de la estancia, después de haberle dado celos con un joven que la perseguía tenazmente, estimulado por sus miradas provo-

cativas. A tres leguas de las casas, se hallaba el rancho de su prenda,—pobre hogar que construyó en un retazo de campo ajeno, con adobes cubiertos de trébol y cumbreras de coronilla verde, porque, como gaucho poco *enrialao*, no podía hospedar á su china en un palacio de terrón y paja, con soleras pintadas de blanco, resguardadas del sol por enredaderas de campanillas azules. La daba todo lo que tenía,—su alma, su existencia, y no era culpa suya si la puerta resultaba estrecha y si el dormitorio se llenaba de humo cuando ardía el espinillo para calentar el agua ó asar el churrasco. El amor que hiere la fantasía, sabe dorar la pobreza, y mientras dura, las cosas más feas parecen hermosas, pues todo adquiere color de ilusiones,—un tinte que está en el iris del alma. El la quería locamente, pero la muchacha tenía un temperamento diabólico y aunque joven, conocía, por instinto, las coqueterías de su sexo,—y la mozada del pago hacía mentas de su carácter veleidoso. El pobre Laurencio sospechaba algo, pero hasta entonces no había podido descubrir nada. Del que recelaba mucho, era del hijo del patrón, un mocetón mitad paisano, mitad pueblera, estudiante en vacaciones, aficionado

al caballo y á tomar mate en los ranchos donde había buenas mozas, dejando en todos, huellas indelebles de su bizarra persona. Ese día, Laurencio no vió al niño, aunque le buscó por todas partes y en la mesa se le ocurrió que si no había salido, su caballo se encontraría en el pesebre. Por eso se levantó sin concluir de comer, decidido á saber la verdad, aun á costa de su dicha. El caballo no estaba y el recado tampoco. Ya no tenía duda, ella le engañaba, porque, á esa hora era imposible que el mozo no estuviese en su compañía. ¿Dónde podía hallarse no siendo allí? La certidumbre de su desgracia tomó la forma de obsesión y sólo la prueba en contra le haría cambiar de creencia. Miró en torno de él, buscando algún dato, y sólo vió al viejo deschalador, sentado á la sombra de la enramada, entre un montón de espigas, trabajando pacientemente como buey habituado á la coyunda. Aquel hombre podría decirle algo, pero no se animó á interrogarle, por temor de descubrirse y resolvió esperar á que todos se acostaran á dormir la siesta. Entonces, aprovechando el silencio, se pondría en su casa en una galopada, aunque el sol lo derritiera en el camino. ¿Qué le importaba el calor de afuera,

si él llevaba otro en el corazón que le estaba quemando la vida? De ese modo, sabría con certeza lo que presentía, lo que había entrevisto en las miradas y en las bromas picantes de sus compañeros.

— A la fija, exclamaba, tiene que haber algo en tanto enriedo.

Sin hacer más investigaciones, inquieto, aunque aparentando perfecta tranquilidad, volvió al galpón y se puso á comer, sin apetito, el pedazo de carne asada, cubierta de grasa fría. Los amigos se miraron, y bajaron la cabeza, como culpables. El los miró también con fijeza, seguro de que se estaban ocupando de su persona y por primera vez experimentó rabia. No pudo reprimirse y se paró, gritando:

— ¿A qué viene tanto misterio? ¿Por qué arrollan el lazo? Lárguelon, maulas, que el que tiene flor la canta, si no, es un zonzo.

Ninguno le contestó, para evitar explicaciones, pero él volvió á insistir, apostrofándoles, hiriéndoles con palabras duras.

— Son unos cobardes, lenguas largas, les dijo. Hablen si tienen qué. A ver, saquesen el freno.

El más joven, sin moverse de su asiento, le contestó:

— Mirá, hablábamos de vos, pero sin intención de ofenderte.

—¿Y qué decían?

—Decíamos que tu china te engaña.

—Mentís y lo vas á probar aura mesmo.

— No tenés más que agarrar el flete y dir á tu rancho. Dispués me contarás cómo estuvo el baile.

Laurencio lo atropelló, pero los demás se interpusieron y el domador se echó en el banco, apretándose las sienes, resollando, todavía enfurecido.

Cuando los peones se levantaron, él permaneció sentado un rato. Los vió extender las pilchas en el suelo, dentro del cuarto, y en el patio, á la sombra de las paredes y acostarse, quedando dormidos inmediatamente, fatigados por la tarea de aquella mañana calurosa. En las casas, la familia del patrón se había recogido igualmente en los dormitorios y sólo quedaba en pie la negra cocinera, dando la última mano al fregoteo de su monstruosa batería culinaria. En cuanto al viejo deschalador, roncaba estrepitosamente sobre las espigas; el sol le daba de lleno en los tamangos, y el sudor le corría por la frente y el pescuezo rameado de arrugas.

Pocos momentos después, la morena tomó el camino del rancho viejo, donde tenía su guarida, dispuesta á descansar en su camaranchón, revuelto como una vizeachera, — y la casa quedó silenciosa como si nadie la habitara. El corpulento ombú, resistiendo al fuego que caía á plomo de lo alto, ostentaba victorioso el verdeoscuro de su follaje, movido imperceptiblemente por el aletazo fugitivo de una racha. No había un rincón agradable donde poder reposar á gusto, pues la brisa que soplabá venía caliente, cual si hubiera pasado por un incendio. La chicharra, siempre invisible, oculta al parecer en la pila de leña, ensayaba su cavatina á frote de élitros, del barril lleno de agua, colocado en la rastra, salía un vapor blanquecino y el chareo de los patos se consumía, absorbido por la tierra caldeada. Las gallinas con los picos abiertos, esponjadas las alas, las crestas encendidas, escarbaban el polvo, buscando la humedad, para darse un baño de frescura, — y en el chiquero, próximo á la cocina, un cerdo, acostado en el barro, dormitaba con agitado sueño, entreabriendo los ojos, sin despertarse, resolando fuertemente por los agujeros del hocico. Más allá, las mangueras, con las porteras caí-

das, tenían el aspecto de circos abandonados, y en un palo á pique, un casal de carpinteros, en pleno coloquio, daba la única nota de actividad, en medio del sopor que todo lo invadía. El pasto tierno y jugoso, de color esmeralda, que empezaba á brotar junto al rancho, provocaba una ilusión de oasis, creando en la imaginación visiones de cosas frescas, de hamacas vegetales tendidas en el bosque, de aguas cristalinas corriendo sobre álveos de arena, de cardenales azules cantando en las umbrías,—visiones que pronto se esfumaban bajo la impresión de aquella claridad profusa, que hacía insoportable hasta la misma sombra.

Laurencio ensilló precipitadamente su caballo: lo montó, haciéndolo caminar sobre el pasto, para amortiguar el ruido de las pisadas, y cuando calculó que se había alejado lo bastante, le cerró piernas, en dirección á su choza, galopando por el camino reseco, levantando oleadas de polvo, en una carrera vertiginosa que demostraba la ansiedad de su espíritu. A media legua, el caballo empezó á aflojar, resoplando su fatiga, humedecido por la transpiración espumosa, atacado ferozmente por los tábanos, que le hincaban el aguijón en las ancas, sangrándole. Dos

veces le pasó el mango del rebenque por el pescuezo para desprenderle los insectos, pero convencido de que su trabajo era inútil, dejó que le chuparan poniéndole al trote para que resollara un poco. A los costados del camino, el campo se dilataba, ondulado, destacándose la mancha negra de las tierras labradas, la planicie amarilla de los rastros, los declives mullidos de las faldas, y lejos, el monte frondoso, como una franja movable que cortaba la llanura, velada á esa hora por la bruma de la inmensa lejanía. La proximidad del bañado hizo relinchar al animal atacado por la sed; él mismo tuvo deseos de echarse en aquella agua impura que transparentaba la vegetación marchita del fondo, pero el propósito de llegar cuanto antes, era superior á todas las necesidades del momento y como para ahuyentar la tentación, castigó al caballo, lanzándole de nuevo al galope. El chasquido del rebencazo espantó á un lagarto que tomaba el sol, á la orilla del camino, sobre el espartillo apiastado por su cuerpo, y un carao alzó el vuelo majestuoso, posándose luego en medio del esteral, mientras que los mangangáes, de trompa afelpada y élitros de oro, zumbaban, girando en torno de los

postes del alambrado. Sobre su cabeza, como siguiéndole, un enjambre de hormigas con alas, flotaba en el aire y en todas partes, en los lienzos de gramillas y tréboles, en las colinas, en los altos pedregales de la sierra, reverberaba la luz intensa del mediodía, como si el calor volatilizara los jugos de la tierra, transformándolos en un éter vibrante.

—¡Día bravo! —dijo Laurencio—secándose con la mano el sudor de la cara, y miró á su alrededor buscando instintivamente la sombra. Sobre una loma, á dos cuadras de distancia, en un ángulo del potrero, se divisaba un rancho, sin un árbol que lo cobijara,—una casa al descampado, sacudida en invierno por los temporales, y en verano caliente como un horno. Así tenía la paja del techo negra, y los adobes del muro cuarteados. Otros ranchos se veían también diseminados, presentando todos aquel aspecto de desolación. En el llano, muy lejos, en el término del monte, subía una columna de humo, recta como un penacho blanco, porque el aire se había adormecido como los moradores de aquellos hogares. Era un pajonal que ardía. Pronto estuvo junto al arroyo, angosto, pero profundo, con un poco de monte en las márgenes.

nes. Buscó la picada y pasó, apurado, no dejando beber al caballo, que, desviándose, se había internado en el remanso, estirando el pescuezo para alcanzar el agua. Al azotarse sintió un golpe tras un gruñido breve: un carpincho que se arrojaba á la laguna desde la orilla, y otros golpes más suaves: las tarariras que saltaban, saliendo de los huecos barrocos, viéndose las nadar, á favor de la luz que iluminaba el lecho de la corriente. Subió la barranca por la senda abierta entre los pedregales de la sierra, cuyas puntas vienen á morir en el paraje y siguió su marcha, inclinado el cuerpo hacia adelante para zafarse de las ramas punzantes de los talas y espinillos que allí crecen, aglomerados como islas entre las rocas. Encima de la más alta, un cuervo, con la cabeza caída sobre la pechuga, dormitaba, soñando, acaso, con un próximo festín de carne viva, y de lo más espeso del bosque surgían arrullos de palomas torcaes, preparando los últimos nidos. Conocía el rumbo: ¡lo había seguido tantas veces! Del otro lado, á una legua escasa, estaba su rancho, y éste que ahora seguía era el camino que terminaba en la misma tranquera para bifucarse ramificándose hasta los ranchos vecinos. En

cuanto salvara el pedregal, desde allí le vería, á su diestra, más nuevo que todos los otros, recién quinchado, arrimado al cerco, con el horno á la entrada y el corral de las ovejas cerrando la chacra.

En todo el trecho que había recorrido, no encontró á nadie. Era la hora en que el paisaje se guarece bajo techo y deja que el sol calcine los pastizales y madure los frutos. A la tarde, cuando la luz mortecina proyecta la sombra de los picachos y de los montes sobre el tapiz del llano, y los rumores crepusculares pueblan el aire aún tibio y vienen de las barrancas emanaciones de plantas odoríferas, perfumes de margaritas blancas, esencias acres de vegetaciones esterales, volverían los paisanos á salir de sus viviendas, amodorrados por el sueño y por el calor; afanándose antes de que llegue la noche, para arrear las majadas y asegurar los bueyes en las estacas junto á las *pirras* de chala. Una melancolía indefinible se apoderó de su espíritu y sintió como un espasmo interior, ansias de llorar, pero ni una lágrima llegó á nublár sus ojos. Era enérgico y ejercía poder sobre sus emociones. Ya á la vista de su casa, tuvo la intención de volverse. Era mejor igno-

rarlo todo, que hallar la certidumbre de su desgracia, porque ahora, que había meditado fríamente, abrigaba el convencimiento de que ella le engañaba; recordaba las ocasiones en que la había sorprendido conversando con el estudiante, mientras le daba el mate, y las ardientes miradas que le dirigía, como respondiendo á sus palabras.

-- ¡La indina! dijo, de pronto, rebenqueando con rabia al caballo sudoriento. Me las ha de pagar tuitas juntas, y esta vez no le han de valer suspiros.

A una cuadra se apeó y ató el caballo por el cabestro en un alambre. Con el rebenque colgado de la muñeca, siguió andando, agazapándose entre los cardales, para no ser descubierto; observando sin detenerse, no importándole las hincaduras de las espinas en las rodillas y en los brazos. Al abrir la portera, volvió á experimentar la misma angustia que le atacara en el camino y esta vez sintió el calor de las lágrimas en el rostro y un nudo que le oprimía la garganta. Silencio absoluto imperaba allí y en las inmediaciones. La puerta del rancho se hallaba entreabierta y en el patio, el perro dormía con la cabeza entre las patas. A intervalos, inte-

rrumpia la calma, el canto monótono de un gallo, debilitado por la pereza. Un gato barcino se frotaba la cara encima de un banco de ceibo, mientras que las hormigas coloradas, en marcha interminable, seguían su ruta, orillando el muro, y subiendo por el marco de la ventana. Nada extraordinario llamó su atención en el primer momento, pero así que avanzó hasta el mismo centro del corral, vió en el bajo, por el camino que iba al monte, á un jinete que huía. Conoció al caballo: era el del estudiante. Se sintió acometido por la cólera, al verse traicionado tan miserablemente y atropelló á la puerta, abriéndola de un golpe. Se abalanzó á la cama y á la claridad escasa que penetraba por las rendijas, vió á su china que dormía la siesta, tranquilamente, con la placidez de una conciencia que no perturbara 'el delito. Un brazo pequeño, pero bien formado, asomaba bajo la sábana y su boca de labios sensuales estaba más encendida que nunca; como si fuera á estallar en una erupción de besos. El, ya fuera de sí, la despertó, apretándola el brazo, con un estrujón brutal, y ella aparentando sorpresa, se incorporó despavorida en el lecho.

— ¿Quién estuvo aquí? Contestá aura mesmo

y no negués la verdad, porque yo lo vide al dentrar, disparando p'al monte. Hablá, repetía; oprimiéndola las muñecas, impelido inconscientemente por un vértigo de violencia.

Ella le respondió con voz desfallecida:

—Aquí no había naide, yo estaba sestiendo.

— ¿Estabas sestiendo? Güeno. Entonces seguí durmiendo --la dijo, y sin que ella se diera cuenta, el levantó el brazo con ímpetu y le partió el corazón de una puñalada.

Momentos después, Laurencio montó en su caballo y partió al galope en dirección á la sierra. La luz seguía irradiando con más fuerza, y el viento que entonces comenzaba á soplar, traía bocanadas de fuego, como si la tierra se hubiera convertido en un ascua. Era el sol de la siesta que enerva la vida y enciende la sangre.

EL “DEGENERAO”

Don Rosalío Mayada no estaba satisfecho de su hijo, por cuyo motivo se le veía constantemente caviloso. Era el viejo, un hombre de *carácter*, en la acepción más usual de la palabra, de una severidad extremosa para juzgar los actos ajenos y suspicaz, como ningún otro paisano y eso que el tipo silvestre, acaso, por su propia ignorancia, es desconfiado y receloso. No era mal parecido, á pesar de su color trigueño, su estatura bastante elevada, le daba cierta majestad y sus ojos negros y grandes, de mirada enérgica, revelaban firmeza y obstinación. Su rectitud pasaba por ejemplar, aunque se narraban anécdotas suyas que le eran muy poco favorables. En su hogar, le respetaban y hasta le temían. Su mujer, una criolla amable, más joven que él, pero vencida por las rudas tareas del campo, se había convertido en un instrumento dócil á los caprichos de su hombre, sin más gustos ni más deseos, que los deseos y gustos que él tenía. Sin embargo, esa grata

sumisión sufría constantes eclipses. Ña Nicasia solía contrariar á don Rosalío, y á su edad, esto era un remordimiento. Pero, ¿qué madre no sacrifica un poco la paz del matrimonio para atenuar los defectos de un hijo?

Rudecindo, el único vástago que Dios les había concedido, era un mocetón algo voluntarioso, no feo, de pequeña talla, ojos castaños, de cara pálida, y cabellos undosos.—Su boca se hacía notar por una ligera caída del labio inferior, que para la generalidad, era indicio de altivo desdén, pues el vecindario le consideraba ajeno á sus costumbres, como una planta exótica que no echaría raíces en el pago. No era malo ni de conducta desarreglada, pero ya fuera porque el viejo se mostrase demasiado exigente, ó se achacase á la índole del joven, el caso era que desde que éste empezó á mirar interesadamente á las muchachas, la armonía casera experimentó quebrantos considerables. El temperamento intransigente de don Rosalío, no permitía, dentro de sus dominios, ningún pujo de libertad é independencia, por más que su heredero contaba ya la edad suficiente para declararse constituido. Y ese imperio, públicamente ejercido, — porque el gaucho no se reprimía delante de

nadie,—le había creado reputación de hombre difícil de llevar. Más de una vez fué promotor de reyertas injustificadas, porque era muy amigo de dar bromas, casi siempre chocantes, pero todos sabían que era incapaz de recibirlas. Para velar sus intenciones en una fraseología al parecer inocente, no había quien le superase. Así, cuando alguien resultaba víctima de una de sus sátiras, el aludido se quedaba un rato desenredando las palabras que oía, á fin de encontrar la punta que forzosamente ocultaban. Otros, más listos, barajaban la frase en el aire y se la devolvían de un revés. Don Rosalío retrucaba, ó sorprendido por la rapidez de la contestación, enmudecía, reservándose, en este último caso, el derecho de cobrarse con réditos el agravio recibido. No era vengativo, sino rencoroso, aunque en alguna ocasión, la venganza se enseñoreó de su espíritu, pero sólo por motivos de ofensa grave. Lo típico en él era, que tanto sus odios como sus afecciones, no tenían términos medios. Amaba ó aborrecía con toda la intensidad de los extremos.

Era don Rosalío un gaucho de rancio cuño, aferrado á las tradiciones camperas, con un amor fanático á lo que te criaste, enemigo im-

placable de mesturas,—como él decía, que echan á perder el linaje y convierten á la mozada en una tropilla de *contramarcaos*.—Como el castellano viejo, había hecho de la memoria de sus antepasados una reliquia, á la cual tributaba férvida adoración. De sus tatarabuelos, repetía á menudo la historia, casi legendaria. Fueron luchadores al estilo de la tierra, honra del gaucho, que supieron levantar con su heroica bravura el nombre de la raza. Sus abuelos y sus padres, no desmintieron jamás el origen, y él quería seguir siendo digno de los suyos. Por eso, aunque no era pobre, pues poseía una suerte de campo flor y magníficas haciendas, no se había alterado en su feudo el sistema de vivir de la familia.—El vacaje era criollo; los caballos, criollos también y don Rosalío, cada vez que paraba rodeo, sentía un placer tan grande al ver aquellos animales de cuerpo chico, pero bien conformado, en buenas carnes y de cornamenta larga y puntiaguda, que se quedaba con la boca abierta, como embobado de satisfacción y orgullo. Sí: esa era su obra: la influencia de su voluntad, de sus hábitos, —la tradición misma,—dilatándose por su intermedio, á través de dos siglos. Para que nada desento-

nase en aquel concierto atávico, hasta las ropas que vestía no habían variado de corte. Aún usaba poncho primitivo, chiripá, canzoncillos cribaos y botas de potro, resultando un anacronismo de la moda, entre el paisanaje seducido por los primores de la bombacha y el saco. En los días de hierra ó de esquila, su conversación pintoresca no cesaba de rumorear en las orejas de aquellos cristianos, — renegaos de las costumbres camperas — y no podía contenerse, cuando veía á un gaucho pialar á un novillo-embretao en las pilchas nuevas. Se desbordaba en alusiones picantes, con verdadera rabia, pues le tenía de mal humor aquella invasión de vestimentas extrañas. El aludido, de vergüenza, al sentirse objeto de burla delante de sus compañeros, rezongaba una frase de amenaza.

— No tenés porqué enojarte, replicaba don Rosalío, — pero mirá como te arreglás pa tirar el pial, no te vayás á enriedar en los elásticos.

Los demás paisanos bajaban la cabeza, porque á todos les tocaba algo de la broma y hacían lo posible por no ponerse á tiro de bola de sus críticas mordaces. No obstante su pretensión de querer pasar por hombre grave, cometía ligerezas infantiles. No había uno solo

de sus conocidos á quien no hubiera puesto un mote, sucediendo que á la larga, el sobrenombre suplantaba al apellido verdadero, por la exactitud de la aplicación.

El rancho que habitaba, era el megaterio de su especie. Largo, enormemente largo y bajo de techo, con una puerta de entrada tan pequeña, que para salvar la cabeza de un choque mortal en el dintel, había necesidad de agacharse, como cuando se penetra en un agujero subterráneo. Por una abertura, que recibía nombre de ventana, y que más bien parecía un mechinal, se colaba toda la luz de que disfrutaban los moradores de aquel tubo cubierto de paja. Bien calificada, no era luz, tampoco, sino una penumbra crepuscular, que apenas contornaba los objetos. Las paredes tenían más costurones y remiendos, que poncho de pobre,—según la expresión de un paisano, y los adobes de algunas partes del muro, se habían aflojado, reverdeciendo en todas las primaveras, lujuriosamente, pues echaban por las junturas y grietas, una profusión de lenguas de vaca, de llantenes y cepas de caballo, tomando el rancho, entonces, el aspecto de un erizo cubierto de cerdas verdes. Las soleras, á punto de derrumbarse, se habían hin-

chado hacia fuera, —y mirando el edificio de perfil, se notaba la misma turgencia en todo un costado, saliendo violentamente de la línea, como si aquella dilatación fuese un abdomen con algo sospechoso adentro.

Don Ciriaco Viñoles, compadre de don Rosalío, hombre campechano y alegre, que había sido en sus tiempos lanza brava del ejército nacional y que tenía singular ingenio para dar con el símil de las cosas, al ver aquel rancho tan barrigón, no pudo menos que decir á su propietario cierto día,—suprimiendo letras consonantes de las palabras como era su costumbre :

—Compadre, lo felicito, en devera.

—¿Por qué, cumpa?

—Poque veo que pronto é rancho va á tener cría.

El militar, que era casado hacia treinta años, sin haber logrado sucesión, recibió la respuesta incontinentemente:

¡Qué quiere, amigo, hasta el árbol más ruin echa gajos!

—Ese palo no é pa mi rancho, contestó don Ciriaco.

—¡Qué va á ser cumpa! ¡Si ya sabemos que no precisa puntal, porque el suyo es de los que nunca echan panza!

Pero ni las indirectas, ni las críticas más punzantes, lograron cambiar sus hábitos, y la casa *solariega* siguió como estaba, con la totora ennegrecida, jibosa, reblandecida como una pasta por las lluvias. Las enredaderas habían hallado inmejorable la tierra que los vientos depositaron entre las quinchas y se reprodujeron con una frondosidad tropical, cayendo de las cumbres en formas de trenzas multicolores, que parecían de lejos partículas de iris. El mueblaje que adornaba el interior de aquella mansión prehistórica, era una rara colección de antigüedades. Sillas, no había más que una, de altura y configuración extraordinaria. Era de madera blanca, conservando aún en los sitios menos usados, rastros de pintura negra y algunos filetes de amarillo vergonzante. El respaldo lo constituían dos varillas verticales, lisas, sostenidas en la parte superior por una pieza lustrada á frote de espaldas, ostentando en el mismo centro, una flor hecha con fragmentos de nácar—y el asiento, que cuando nuevo fuera de esterilla de paja, era entonces de cuero sin curtir, con el pelo á la vista, y hundido por el peso de tantos años. El resto lo componían una serie de bancos tallados en troncos de ceibo, muy bajos, y cuatro

cabezas vacunas, secas, pulidas y blancas. En la sala estaba el dormitorio. La cama era de la clase que antaño se llamaban marquesas, enchapada en caoba, veteada en la cabecera, imitando ramajes semejantes á plantas marinas de gigantescas proporciones, con patas voluminosas, y perillas, que, por su enorme amplitud y forma, ahuecándolas un poco, hubieran podido servirle á don Rosalío, de urnas funerarias para guardar las cenizas de todos sus ascendientes. Una imagen de santo, bastante deteriorada, se veía colgada en la pared, y debajo de ésta, se destacaba, á manera de altar, un bosque de plantas artificiales, con muchas hojas de pasta barnizada de verde, y como salpicando las copas, gran cantidad de camelias rojas con estambres azules. Los otros cuartos apenas se veían, pues la luz no daba para tanto. Enfrente, y en el límite del patio, estaba la cocina — un caso de longevidad — mostrando por entre las pajas, el costillar de cañas de Castilla, doradas por el humo.

En esta mansión, todo tenía el sello de la vida patriarcal. Su dueño, el gaucho más celoso de su estirpe, fustigador constante de las costumbres puebleras, había recibido en los últimos años, el golpe más rudo que podía aplicarle la

traviesa fortuna. Su hijo, su orgullo, el conductor del arca santa de su linaje, no pensaba como su padre en estos asuntos, y desde que se consideró dueño de sus pocas ideas, demostró una indiferencia casi desdeñosa por lo que era el deleite de su progenitor. Hasta los quince años, el muchacho, mal que bien, parecía inclinado á empuñar el centro del imperio bucólico y siempre se le veía apareado al viejo, en su hermoso alazán, piafador y coscojero—y cuando se trataba de preparar una hierra ó una trilla, el paisanaje no hacía nada sin la presencia del mozo, pues su experiencia suprimía inconvenientes y aunaba voluntades. Tales disposiciones para la vida del campo, tenían encantado á don Rosalío, que se veía reproducido fielmente en aquel muchacho, que le superaba en muchas cosas, pues era un artista del tiento no habiendo nadie capaz de aventajarle en el trenzado, haciendo verdaderas filigranas con aquellos filamentos de lonja, transparentes como pergamino. Pero sin que se supiera la causa, Rudecindo empezó á torcerse, á desviarse, como cañada que busca otros declives, para correr en zonas donde la claridad irradia con mayor intensidad, — y ni el campo,—la brillante planicie, —cubierta de

gramillas afelpadas con esmaltes de margaritas rojas y blancas, de macachines rosados y amarillos, de míos-míos pálidos, de flores de patito celestes; ni las ondulantes lomas, donde los pedregales se amontonan, formando grutas, por entre cuyas hendiduras se alza un pabellón de helechos y una glorieta de lianas; ni el espectáculo admirable de las innúmeras haciendas, desfilando en dirección al rodeo, en marcha lenta, arreadas á fuerza de gritos y silbidos; ni el resplandor de los anchos tajamares, heridos en las movibles lunas de sus espejos, por el rayo de los soles de estío, tenían para él el atractivo poderoso de otras épocas. Su casa le aburría, los trabajos manuales le producían un malestar inexplicable y cuando los iniciaba, para cumplir órdenes de su padre, precipitábase por acabarlos cuanto antes y mal, lo que contrariaba grandemente á don Rosalío. El primer viaje que hizo á la ciudad, en donde permaneció seis meses, determinó la transformación completa de sus gustos. Su temperamento nervioso le empujó á violentar la evolución que de mucho tiempo atrás venía operándose en él. Así, cuando regresó al pago y se presentó en el rancho, la desesperación del viejo llegó á sus últimos límites. Don Rosalío se quedó perplejo.

—¿Pero, este es Rudecindo? se preguntó.

Su cabellera larga había desaparecido, y el pescuezo afeitado á navaja, le subía hasta la misma nuca. Tenía puesto un sombrero de alas cortas,—un chambergo recortado, de marca orillera;—y el poncho que antes se colocaba sobre la camisa, lo traía doblado sobre el brazo izquierdo y en su lugar un saco de casimir obscuro; en vez de chiripá, unos pantalones del mismo color, anchos y campanudos. Las botas habían sido reemplazadas por botines de cabritilla, de una sola pieza, con tacos altos y finos. De su antiguo apero, sólo conservaba el pañuelo de golilla, pero ya no estaba anudado, sino sostenido por un anillo adornado de amatistas y zafiros industriales. Rudecindo, antes caminaba airosamente, realzada su pequeña figura por el traje nativo, que le sentaba muy bien; pero después de su regreso, su gallardía se había trocado en un amaneramiento ridículo. Se balanceaba al andar, quebrándose visiblemente por la cintura, y cuando se paraba sobre los tacones de sus botines, no podía quedar en posición vertical, sino que se inclinaba más á un lado que á otro. Pero lo que llamaba la atención de todos sus amigos, era su nuevo modo

de hablar. Aquello no era lenguaje criollo aunque algo se le parecía. Las reticencias, los arrastramientos de la frase, el tono extraño de su voz, los términos y modismos que empleaba para expresar pensamientos comunes, le singularizaban de tal modo, que las gentes no se ocuparon de otra cosa,—en mucho tiempo,— que de comentar su metamorfosis.

Cuando le vió llegar, don Rosalío se quedó espantado.

— Vení paquí, disgraciao, --le dijo, --¿con quién te has juntao en el pueblo, qui has criaio esas mañas? Aura mesmo te vas á sacar las pilchas de mascarao que te has puesto. ¡Si parecés ñandú desplumao!

Rudecindo formuló una excusa, pero su padre no quiso oírle, volviendo á repetir la orden, señalándole con el brazo extendido el dormitorio:

— Aura mesmo, te digo.

El pobre mozo bajó la cabeza y obedeció, aunque herido profundamente en su amor propio. Ña Nicasia, que presenciaba la escena, fuertemente impresionada, quiso interceder, pero más bien no lo hubiera hecho, porque el gaucho descargó sobre ella el resto de cólera que le que-

daba, que por cierto no era muy poca, y ella, -- como siempre vencida por el ataque conyugal, -- se puso á llorar en un rincón, diciendo entre soponcios y gemidos:

--El muchacho... no está mal... así... así... se ha vestido de... pueblero...

--¡Qui ha de ser de pueblero!--rugió don Rosalío--¡Si eso no es güey ni toro! ¡Si es un traje tarjao, entre gringo, orillero y paisano! Si lo güelvo á ver de esa suerte, le trasquilo la ropa y lo echo al campo en cueros.

Luego, en un segundo acceso de rabia, hizo comparecer de nuevo á su hijo, exclamando al verle en mangas de camisa:

--¡Ay juna... si da vergüenza!

Después se encaró con la víctima y le gritó: --¿Vos sabés quién fué mi agüelo y el tuyo? Los dos murieron de viejos, pero en su ley--y no porque fueran unos disgraciaos,-- que lo que yo tengo me lo dejaron ellos--sino porque eran hombres aquerenciaos al pago, sin ninguna laya de mextura. Gauchos nacieron, gauchos se criaron, y gauchos les dieron sepultura en el campo santo é la cuchilla. Y yo--¡canejo! no me he avergonzao de mi padre y no he de mirar en menos ni al chiripá ni

á la bota é potro, que me asientan más mejor, que á vos esos cañutos como embudos, y esos tacos que te hacen caminar como ternero desgarretao. Andá prontito al cuarto y sacate las caronas y tuitas las bajasas.

Mientras el viejo desahogaba su indignación sobre el muchacho, juzgando sus nuevos gustos, con el criterio que emplea una generación para apreciar las costumbres de otra que se inicia, éste, por la puerta abierta de par en par, substraído completamente á la escena que tan cerca de él se desarrollaba, — contemplaba el inmenso campo, en aquella tarde de otoño, serena y deslumbrante aun, pues había lienzos inconmensurables de bañado, que brillaban con fulgores de oro muerto, y tajamares que parecían un ascua, reverberando la última claridad del muriente crepúsculo. Bajando la cuesta, por el camino angosto que sus pequeñas patas trazaron, en el cotidiano ir y venir de las mangueras al llano y del llano á sus corrales, se veía avanzar despacio á la numerosa majada y los balidos de los corderos vibraban en el silencio vespertino, aumentando la melancolía de la infinita llanura, que en ese instante parecía envolverse en un velo impalpable de nieblas

azuladas. Pero más allá todavía, mucho más allá del árbol que se divisaba en un recodo de la sierra, se encontraba el camino por donde se iba á la ciudad, y de donde Redecindo había vuelto, sin amor al pago, sin entusiasmo alguno por aquella vida monótona, que tan pocos atractivos ofrece al que por primera vez siente la influencia dominante del poblado. Además, para él la ciudad tenía otros encantos. En ella residía la mujer que conmovió por primera vez su espíritu. Era ella una muchacha hija de italianos, que se habían dedicado al comercio menor en un barrio apartado de la ciudad. La novia no era ni bella ni simpática, pero Redecindo la encontró diferente á las otras que él había conocido hasta entonces. Le cautivaron los ojos azules y el cabello de oro, no muy acrisolado de la dama y sin titubear, sus amoríos echaron raíces, hasta el extremo de que sin decir nada á sus padres, se comprometió á casarse. Una orden terminante de don Rosalío, cortó temporariamente el idilio que ya había entrado en su faz peligrosa y el mocetón se puso en viaje para la estancia, decidido á jugar su suerte, contándole primero á su madre lo que le sucedía, á fin de obtener el consentimiento del

viejo. Pero el principio de su plan diplomático había fracasado. La nota de su extraña vestimenta, anuló de un golpe sus propósitos, pues si su padre no quería que se vistiese al estilo pueblero, ¿cómo iba á querer que entrase en la familia, una muchacha que era más extranjera que su ropa? Sin embargo, no se desesperanzó, pues su pasión le infundía coraje, y pensando que su padre le negase el consentimiento, se dispuso á no cejar, aunque tuviese que huir de su casa. Ña Nicasia, al saber la resolución de su hijo, se enfermó de veras y solamente el amor inmenso que le tenía, pudo darle alientos para llenar una comisión tan grave.

Todo marchaba aparentemente tranquilo, á pesar de la cara fosea de don Rosalío, quien no olvidaba que el muchacho, si bien había cambiado de vestido, no variaba de maneras,—cuando una noche, se repitió la escena tumultuosa del principio, en un baile que dió don Ciriaco Viñoles solemnizando sus bodas de plata. El pericón había entrado en el cuadro de las relaciones, y las parejas, agarradas de las manos, esperaban que acabara el bordoneo interminable de las guitarras y empezaran de una vez los primeros compases que señalan la rueda. Al fin

dió comienzo el prelude, en un picar de notas graves, sobresaliendo á intervalos la vibración de las cuartas y primas, que se empujaba al salir de los instrumentos, derramándose en profusión melódica, mientras los cuerpos de las mozas se balanceaban de izquierda á derecha y los mozos las tomaban de las manos, haciéndolas dar una vuelta rápida. Don Ciriaco, que también bailaba, haciéndose el sorprendido, fué echado al medio, en compañía de una paisana arrogante, ampulosa de plástica y con unos ojos picarescos, que el veterano—al empezar su verso, hizo un ademán de desenganche, como si estuviese revoleando la lanza en un ataque furibundo.

—¡Pare la rueda!—gritó en el mismo tono que empleaba cuando atropellaba al enemigo.

Después, ençarándose con su compañera, repitió uno de los versos que sabía, más antiguo que su arma de combate:

Si vo juera banderola
de mi lanza, y yo é lancero,
¡ cómo téiba á hacé lucí
en medio de un entrevero!

Y cuando cesó un poco la algazara que produjo la copla del veterano, la china le contestó con énfasis:

No me venga, don Ciriaeo,
Con cuentos de ánima en pena,
que una linda banderola
precisa lanza muy güena.

Desbordáronse los aplausos y siguieron los sonoros rasgueos de las guitarras, intensos y sostenidos, como si las primas fueran á estallar de tanto quejarse—y las parejas giraron otra vez, taconeando acompasadamente en el piso y levantando nubes de polvo, en el veloz sacudimiento de las polleras.

Rudeciendo, que no había querido tomar parte en el holgorio general, porque el pericón no le hacía feliz, según la frase que había aprendido en el pueblo, y que dijo delante del paisanaje, dejándole asombrado, miraba distraído la pared blanqueada del rancho, que de vieja estaba descascarándose, y en un rincón del cuarto, la lanza heroica del guerrero, cuando don Rosalío se le acercó, exclamando, visiblemente alterado:

—;Pero vos no querés bailar, y eso que te lo he mandao! Salí inmediatamente, y dejate de estar áhi, echando pa tras la cabeza, lo mesmo que mancarrón sofrenao. Andá, te digo, y agarrá aquella muchacha, que está como vos, á es-

taca, y media deslomada por el recaó. Movete, que si no me obedecés, te vi á sacar á picana.

Rudecindo, hostigado por la persecución que su padre le hacía, é indignado por los términos ofensivos en que se expresaba, se levantó del asiento y quiso irse, pero el viejo le tomó del brazo y le empujó hacia adentro. El forcejeó para desprenderse de la garra paterna, hasta que consiguió su objeto. Su madre acudió y al presenciar el triste espectáculo, se puso á llorar como de costumbre, cuando se consideraba impotente para contrarrestar las demasías de su esposo. Don Ciriaco se dispuso á intervenir, pero al ver disparar al mozo se contuvo diciendo:

—Dejeló, compadre. Po ma qui estire é sobeo, no conseguirá alargarlo. Y á fin é muchacho sigue su inclinació y ni á golpe le va á quitá é sobrepaso. Dipué de tuito, gaucho va quedando poco, po que la cevilizació ha desterraó la bota é potro y é paisano é una mextura de tuito pelaje.

Usté mesmo, cumpa, que se tiene po tan criollo, ya no pita naco, y compra tabaco picao; y é cojinillo de su mancarró, no é de cuero crudo, sino de vaqueta; y pa comé, usa tenedó;

y pa cotá é palo tiene serrucho y no duerme en é suelo, sino en cuja, y [ya no cose é traje con tiento, sino con hilo.

Don Rosalío cayó entonces en la cuenta, de que para ser un gaucho realmente primitivo, como él lo deseaba, tenía que desterrar de sus costumbres una porción de cosas que se habían ido introduciendo poco á poco en su estancia, impuestas por las necesidades de la época. Pero no dió su brazo á torcer y se retiró del baile muy disgustado, y con el corazón oprimido por una angustia indecible. Sí, era verdad,— él ya no era un gaucho puro,—estaba corrompido por los otros, dominado por hábitos adquiridos, sin saber cómo. Recordó lo que le había dicho su compadre y comprendió que en parte tenía razón, pero no en todo. El, se resistía á aquella invasión de procedimientos extraños. Todavía se burlaba del ferrocarril y del telégrafo y se sentía con fuerza y con derecho para seguir burlándose de lo nuevo. Lo que no aguantaría, de ningún modo—eso no,—era lo que él llamaba el retobamiento de su hijo. Se hallaba resuelto á tomar una resolución definitiva, para corregirle.

De lejos, andando silencioso, al lado de su mujer, que también callaba, oyó los compaces

de una pieza que en nada se parecía á las que él conocía y clara y distintamente sonó la voz del *payador*, que cantaba en el baile:

¿Dónde vas con mantón de Manila?

¿Dónde vas con vestido chiné?

.....

—¡Ay juna! dijo á gritos don Rosalío—ese es el traje de mijo, el mismo vestido chiné.

Cuando llegó á su rancho, buscó en vano á Rudecindo. Éste, convencido de que el encono del viejo no se calmaría nunca y de que él tampoco cambiaría su modo de ser, ensilló su caballo, y se puso en camino para la ciudad, resuelto á no volver al pago hasta que su padre variase de opinión y le llamara. Pero pasaron muchos años antes de que esto sucediera. Rudecindo se había casado hacía mucho tiempo, con la muchacha de ojos azules y cabellos de oro, no muy acrisolado, que conociera en los arrabales del pueblo, antes de su metamorfosis completa. Tenía dos hijos, cuando recibió una carta en la que su madre le decía que fuera inmediatamente á la estancia porque don Rosalío estaba muy grave, y ella había conseguido que le perdonase. Volvió el hijo pródigo al hogar abandonado, en

compañía de su mujer, que á semejanza suya, ni era extranjera ni criolla. Efectivamente, el viejo estaba gravemente enfermo. Cuando Rudecindo penetró en el dormitorio de su padre, experimentó una impresión dolorosa. Don Rosalío, acostado en su antiguo lecho, flaco y amarillo, parecía un cadáver. Solamente sus ojos, profundamente abiertos, relampagueaban al fulgor de la luz artificial, como si su alma toda, se hubiera refugiado en sus pupilas, último rincón habitable de su organismo. Pero lo que más emoción causó al mozo, fué aquella armonía que él creyó ver entre la muerte de su padre, y el estado deplorable de su casa. Las paredes agrietadas; los muebles atacados por la polilla, disolviéndose en polvo; aquella vela de baño, ancha en la base, y angosta cerca del pabito; las cabezas de vacunos, amarillentas, con las quijadas desunidas, mostrando los alvéolos donde un tiempo se arraigaron los molares; la paja del techo, húmeda y negra... todo revelaba una agonía próxima, pues si no era cambiado en breve, se derrumbaría sin estrépito, como una ceniza que se derrama.

Contempló al moribundo y sin hablar, le besó, mojándole el rostro, casi frío, con sus lágrimas.

En el silencio fúnebre, se oyeron los pasos de Rosina, la mujer de Rudecindo. Se acercó al lecho, imitando á su marido: la luz vacilante le daba de lleno en la cara, lívida por la emoción real que experimentaba. Su traje nativo, de talle corto y de género azul á cuadros; sus ojos azules y su pelo, rubio como las barbas del choclo, la denunciaban como tipo de mujer extranjera. Habló con Rudecindo haciéndole preguntas sobre el mal del enfermo, pronunciando palabras que eran una mezcla de genovés y criollo.

Cuando ambos terminaron de dialogar, miraron á don Rosalío y vieron que éste había puesto la cabeza bajo la almohada. Trataron de colocarlo debidamente, y al notar que tenía el cuello algo rígido, le entreabrieron los ojos. Los párpados permanecieron inmóviles. Estaba muerto.

EL COMISARIO DEL PAGO

Era más conocido que la taba y más feo que pegarle á Cristo, según la expresión del juez de paz, que no le quería mucho, á pesar de sus demostraciones amistosas. Don Emeterio Neyra, era un gaucho corpulento, de cabeza voluminosa, amplia la espalda, de largas tibias y algo cacunda, debido probablemente, á su desmesurada longitud. En cuanto á las condiciones plásticas de su persona, había que poner algunos reparos, porque los brazos no guardaban la proporción debida con relación al área del cuerpo, principalmente con la medida lineal de las extremidades inferiores. En lo que había verdadero contraste era entre sus manos y sus pies. Dichas piezas resultaban contradictorias, porque mientras las primeras semejaban dos pólipos de nudosos tentáculos, con sus correspondientes dorsos de piel rugosa y dura, los segundos eran ridiculamente pequeños, anchos, casi redondos y de elevado empeine, — tanto, que cuando se ponía botas nuevas, la

turgencia aparecía en toda su plenitud, tomando aspecto de inflamación crónica. El paisanaje apreciaba cumplidamente la belleza de sus plintos, por la fuerza que desarrollaban movidos en columpio. El tejido adiposo, se le había pronunciado, desfigurándole la cintura y ahondándole extremadamente la zanja del lomo, como él decía en su lenguaje pintoresco. Al andar, describía un semicírculo, balanceándose, no pudiendo ponerse bien derecho, por insuficiencia de apoyo. Su cara, de indio crudo, impresionaba desagradablemente. Tenía la frente estrecha y deprimida; la cerda del cabello le caía sobre las orejas; sus ojos eran pequeños y rara vez miraba de frente, aunque, cuando conversaba con alguno, trataba de *calarle*, enfocándole sus pupilas centellantes de felino. La nariz, irrisoria por lo insignificante, estaba casi borrada del mapa gráfico de su fisonomía, y su boca, de labios carnosos y grandes, parecía una hendidura, en el fondo de la cual se descubría como yacimiento calcáreo, su recia dentadura de indígena; su bigote había brotado escasamente, lo mismo que los pelos de la barba, ralos y gruesos, como vegetación de pantano.

Traído y llevado por el flujo y reflujo de las revoluciones, fué subiendo á la superficie, primero como baquiano conocedor de la campaña que había recorrido desde muchacho en todas direcciones, impelido por sus aficiones de vagabundo incorregible. Después, siguió su marcha, sin rumbos, haciéndose milico, peleando en los entreveros con mentas de guapo. Era un lancero terrible y sanguinario, irrespetuoso con sus jefes, altanero y vengativo, un malevo, con autorización militar para saciar sus apetitos bestiales. Con este conjunto de cualidades viriles, logro destacar en breve tiempo su estatua ecuestre de guerrillero, para quien el caballo era parte integrante de su persona, y el lanzón de agudas moharras, una prolongación mortífera de su diestra. Pero todavía creció más, porque estos ejemplares de la fauna silvestre, con instintos de fiera, aumentan de volumen á maravilla, fecundizados por la sangre que vierten sus manos en los campos de batalla ó en las misteriosas luchas de las encrucijadas. Su torso colosal era imponente, su voz cavernosa, se enroquecía cuando entraba en pelea y sus gritos se convertían en resuellos, á poco de atacar al enemigo, como

si surgieran de alguna herida abierta en la garganta. Su brazo derecho se contraía y se estiraba con elasticidad de muelle, arrojando su enorme instrumento de matanza al pecho de su enemigo, certero como un venablo. Su naturaleza salvaje tenía un refinamiento: sabía matar, ocasionando á la víctima, la mayor intensidad de sufrimiento,—y experimentaba el más supremo de los deleites, presenciando las dolorosas y largas agonías. Su cara, de pómulos salientes, cetrina de ordinario, se animaba en medio del ataque, como si el líquido que manaba de las arterias rotas, enriqueciera el exiguo caudal de las suyas. Y no se crea que la fatiga y el enardecimiento, produjera este fenómeno, que podría llamarse de transfusión, porque aquella máquina de exterminio, nunca fué vencida por el cansancio, siendo capaz de lancear de sol á sol, sin que se le aflojaran los tendones.

No perdonaba, sino por circunstancias ajenas á su voluntad. En cierta ocasión dejó de ultimar á un prisionero, porque la ropa que éste llevaba puesta no valía la pena de tanto trabajo; pero en cambio, había asesinado á muchos infelices, con el exclusivo objeto de carcharlos,

No obstante esa ingénita ferocidad, era apreciado por sus jefes, pues cuando se le necesitaba para una empresa temeraria, no había otro como él, para acometerla con éxito. Se introducía en el campo enemigo, sin precaución alguna, á plena luz. Peleaba, hería con ensañamiento, cruzaba por entre la masa de soldados, abriéndose camino á pechadas de caballo y á punta de lanza; los desgarrones que las medias lunas dejaban en su piel, se curaban solos, y no le incomodaron, ni las rodadas, ni las heridas más profundas. Como su alma, su carne era insensible para el dolor.

Su ignorancia era tan grande como su valor personal. Un viernes santo, el general en jefe, que era muy religioso, dispuso que nadie comiese carne. La soldadesca se sometió á la orden, pero él, en perpetua rebelión con la raza humana, negóse á cumplirla. Un chasqui que le vió en la puerta de un rancho próximo, comiendo un peludo, le gritó al pasar:

— ¿Qué hace sargento? Si el general sabe, que Dios lo libre del empacho.

— Esto no es carne, contestó Neyra, con voz que parecía salir de un precipicio; y agregó: los peludos son batatas de la tierra.

Exigencias imperiosas de la guerra, obligaron al gobierno á nombrarle comandante militar de un departamento. La casa policial, modestamente decorada, le causaba desesperación y andaba dentro de ella, medio boliao, según su propia frase. El salón de recibo, alfombrado, le producía un malestar indecible, y aunque acostumbrado á pisar el tapiz de la grama, como dicen los poetas, el caso era diferente, porque el pasto verde ó seco, no ponía resistencia á la presión de sus botas, mientras la alfombra, era tan dura como las suelas, sirviendo sólo para amortiguar el rumor de sus trancos. En un rincón de la sala puso un catre y junto á él, hacía clavar diariamente el asador con el churrasco destilando el jugo sanguinolento, que caía formando un círculo de grasa sobre los florones del tripe. Su imperio duró poco y bajó del trono de su autoridad, no dejando más rastros, que unos cuantos atropellos, y las manchas con-sabidas en el salón de audiencias. Otra conmoción política le empujó nuevamente al entrevero. Su lanza todavía empapada en la sangre del último combate, volvió á ser esgrimida con más vigor, como si quisiera desquitarse de todo el tiempo que estuvo inactiva, aunque no olvidada

por su dueño. Los años pudieron morigerar sus ímpetus, pero no los enfrenaron. Antes, mataba como *loco*; después lo hacía reflexivamente. He ahí la única diferencia.

La guerra había terminado y nadie oyó hablar más del comandante Neyra. ¿Qué se había hecho? El que tantos golpes distribuyó, ¿había, por fin, recibido el suyo? ¿Acaso, la muerte, siquiera por una sola vez, era la tardía aunque ineludible justicia?

Sería cosa de ver,—decía el juez de paz,—que saliera el comandante hecho criba de un entrevero! ¡Hombre suertudo! ¡Si parece que tiene pato con Mandinga!

Y así era, en verdad. El guerrillero implacable, pernoctaba en su vieja guarida, como tigre que se resigna á esperar mejor ocasión para ejercitar sus garras. En su ausencia, no hubo un solo gaucho bastante atrevido para acercarse á su rancho. De modo que á su regreso, lo encontró intacto como él lo había dejado, oculto en un recodo de la cuchilla, como una trampa, resguardado de los vientos y lo más distante posible de las otras poblaciones. Al poco tiempo de permanecer en su casa el jefe le hizo bajar al pueblo, para encomendarle

funciones delicadas que él solamente podía desempeñar de una manera cumplida.

—Comandante,—le dijo el jefe.—El gobierno quiere premiar sus importantes servicios y tengo autorización pa nombrarle comisario de su pago. Pero albierta que aura no se trata de peliar á lanza brava, sino de mandar con tiento. Haga respetar la autoridá, pero no menudee los planchazos.

—Asigún, jefe, contestó el indio,—el gauchaje anda muy retobao y hay que hacerle agachar el lomo á juerza de punta y filo.

—Pero no pinche amigazo.

—¿Ni pa despuntar el vicio? interrogó, riendo y guiñando un ojo.

—Ni pa eso.

—Entonces, no sé paque me da el empleo. Yo no se lo pedí, puede quedarse con él, que lo que no sirve, estorba.

Y no hubo forma de reducirle. Se le confirió el cargo, dejando á su criterio la apreciación de los casos en que hubiera necesidad de apelar á la violencia; pues, como elemento pacificador, el hombre resultaba insustituible. Y se le dió posesión, ante el asombre significativo del vecindario.

El edificio de la comisaría, era un caserón viejo con mirador pintado de azul, y techo de zinc. Desde cuatro leguas se le veía, como un castillo en ruinas, las paredes sucias y sin revoques confundiéndose con el pardo color del de los rastrojos quemados. Frente á la casa estaba el corral, una manguera deforme, en donde se encerraba todas las noches la caballada de los milicos y un poco más lejos la enramada, de construcción primitiva, sostenida por cuatro postes de sauces pelados á diente de matungo y encima un montón de ramas de coronilla y sombra de toro, cuyas hojas tostadas por los soles de estío, se habían convertido en refugio de todos los insectos voladores de la comarca. Dentro del enorme edificio, los pasos vibraban sonoramente y la voz del comandante Neyra, de suyo misteriosa, se esparcía en ecos fúnebres sostenidos, como si las habitaciones fueran cajas armónicas, expresamente construídas para dar tono solemne á su autoridad. Por lo demás, aquel estrepitoso rumor, era un efecto razonable del vacío, porque los cuartos no tenían casi muebles y únicamente salón de audiencias, como denominaba el comisario, al local en donde administraba *justicia*, podía decirse que tenía

algo adentro, porque era receptáculo de una mesa escritorio, vieja, descascarada, grande, en forma de arca de Noé, sobre cuyo techo se echaban, don Emeterio, para dictar sus decretos insulares, y el auxiliar para escribirlos, con una caligrafía, que por los rasgos y ramazones que ostentaba, parecía un bosque cubierto de enredaderas. Completaban el ajuar cinco sillas, lisias en su mayor parte, porque tanto ellas como la mesa arqueológica, antes de llegar á los dominios oficiales del lancero, habían recorrido una *vía crucis* de cinco lustros, á través de las oficinas públicas del Estado.

Mientras el amanuense, un mocetón flaco, de pelo muy lacio y renegrado, que él usaba, dejándolo caer sobre el ojo izquierdo, escribía, con rasgueo rumoroso, el comandante le pegaba al verde, casi sin solución de continuidad. Sólo cuando se trataba de un asunto grave, dejaba el mate sobre el arca, y empuñaba el rebenque, que en sus manos, era como un símbolo de justicia. Pero era un símbolo primorosamente trabajado. El cabo estaba tejido con tientos, sobre un trozo de ballena cimbradora, adornado con virolas de metal amarillo, rematando en una argolla de hierro algo desproporcionada por el

tamaño, muy brillante por el roce de los dedos, á pesar de la lonja atada al aro y por entre la cual apenas pasaba su mano de tentáculos nudosos. El que se arriesgaba á demandar amparo al comandante, lo hacía, seguramente, porque calculaba que no podía venirle un mal todavía mayor del que iba á quejarse. El comisario oía, al parecer con algún cuidado la declaración del exponente, sentado en un banco de patas cortas, la mano siniestra apoyada en el muslo, golpeándose acompasadamente las cañas acordoneadas de las botas, con la suela del rebenque, como si de sus extremidades inferiores fuese á surgir el espíritu de Astrea. Después de escuchar y de golpearse los cilindros de cuero de búfalo, y de acompañar al narrador con movimientos de cabeza, que el interesado tomaba como una manifestación de asentimiento, se levantaba de pronto, estirando su gigantesca armazón, como si saltase del fondo de una caja de sorpresa. El pobre paisano se inmutaba, ante aquel ruido insólito, de huesos, de articulaciones, de carne y de charol y daba un paso hacia atrás, preparándose para la embestida; pero el comisario, cuando no pegaba al mismo tiempo de ponerse en guardia, se podía tener la seguridad de que

todavía quedaba tiempo para resollar un poco. Así sucedía en efecto.

El hombre se dirigía incontinentemente á su mesa de despacho, sin cuyo requisito, no tomaba jamás ninguna resolución que tuviese que ver con su mandato. Luego ladeando la cabeza sobre el hombro derecho, achicando los ojos, como si quisiera afinar la mirada y sacarle punta para clavarla en lo más hondo,—contemplaba al acusador, quien esperaba con espanto el resultado de aquellos movimientos impulsivos. Por fin, el guerrero, abría su boca y salían á relucir, junto con la anhelada sentencia, sus dientes ferozmente agudos, tan agudos que no parecía sino que los frotaba en la misma piedra en que afilaba la hoja de su facón legendario.

—¡ Mirá, ché,—gritaba encarándose con la víctima—mejor será que te largués de aquí, porque vos sos tan trompeta como el otro que te corrió pa matarte. ¿ Te crees que yo inoro que hacés malos acuerdos míos, junto con el juez de paz, que se vende por mi amigo, y que no es más que un lengua larga sarnoso, que anda mascando el freno?

El agredido se excusaba como podía, de ta-

maños cargos, y cuando se le presentaba coyuntura, saludaba humildemente, salía del recinto y huía á todo lo que daban las patas de su caballo.

El comandante, una vez solo, todo enconado, se dirigía al copista, desfogándose en frases explosivas.

—Yo no sé, ¡canejo! decía,—qué se ha creído esta gente, que el comisario está pa meterse en sus asuntos. Si el otro lo atropelló ¿por qué no hizo la pata ancha y le marcó un barbijo? Cuando menos se ha pensao, que por él yo vi á tomar la parada. ¡No sea zonzo!...

—Y mesmo,—contestaba el amanuense, echándose para atrás la crin, en un movimiento brusco de cabeza,—usted tiene bastante que hacer pa ocuparse de cosas de esa laya.

—Y aunque no tuviera, ¡qué necesidá hay de andar cuidándole el cuero á tuitos estos gauchos, maulas y desagradecidos!

El copista, nunca decía que no. ¡Qué iba á decir! De modo que como no negaba ni se oponía, el comisario andaba desconfiado de su sinceridad y le bucabá *la lengua*, para descubrir terreno. Pero su empeño era infructuoso, porque la adulación, como decía el juez de paz,

es igual al abrojo que prende en todas partes.

Don Emeterio, al cabo de dos años de ejercitar su autoridad, se había afirmado en los estribos, como él á menudo lo decía, y había pacificado de tal manera su vasta sección policial, que el silencio era el principal atributo de su justicia. Las manifestaciones de vida eran muy escasas, y los rancheríos diseminados en las pláncies, ó coronando las empinadas lomas, á la hora en que el sol alumbraba los más ocultos intersticios, parecían completamente deshabitados, tal era la tranquilidad que reinaba dentro de sus muros. También, es cierto, que el número de seres humanos había disminuído visiblemente, en razón directa del aumento de vacas que se notaba en el campo del temible lancero. El juez de paz, como un Maquiavello silvestre, trataba de voltear al comandante, de la única manera que podía: ejecutando un plan de intrigas y denunciando á la prensa de la ciudad, los atentados cometidos. Don Emeterio recelaba y cada vez que el juez le estrechaba la mano efusivamente, no podía menos que hundirle la mirada hasta el corazón, y que sonreirse, con una socarronería desesperante, cuya intención el representante de la justicia

civil, traducía con alguna dificultad. La mirada quería decir, probablemente:

Vos has de tener algún entripao adentro, pedazo e'trompeta, no lo negués porque se alvierte hasta en el modo de agachar el cogote.

Y la sonrisa, era más elocuente, expresaba:

Ande ha de dir el güey, que no are. Ya sé que estás abriendo cueva, mulita, pero te vi a'caer en el lomo, como carancho en el nido.

Y nada más, porque el juez se sentaba y el asistente, un negrazo casi tan voluminoso como su jefe, aparecía con el mate en la mano haciendo crujir la gramilla bajo la suela de sus botas, y mientras el cimarrón se repetía, hasta hora avanzada, el comandante, así que daba á la bombilla el último beso, bajo la placidez de la tarde, y á la sombra que proyectaba el caserón sobre el verdegueante trebolar, ensayaba su destreza de campero, tirando el lazo, de trenza cruda, á una cabeza de vacuno, con larga y puntiaguda cornamenta, que había clavado en un poste. Nadie le aventajaba en esa ruda tarea. Lo hacía dar vueltas y vueltas, jugando la flexible muñeca, é imprimiéndole un ligero balanceo, para evitar que la guasca se enredase en los dedos, firme el cuerpo, en alto el brazo, el cuello algo

inclinado hacia adelante y la bocaza abierta de par en par, arrojaba por fin el lazo, que salía

« Cual silbadora sierpe, de su mano ».

Y si algún milico descuidado ó torpe, pasaba por la zona de sus operaciones, caía sin remisión dentro de la armada, recibiendo el tirón y la cinchada de estilo; el policiano, intentaba guardar el equilibrio, tranqueando en dirección al enlazador, pero eso de nada le valía, porque no había astucia posible, cuando se luchaba con los músculos poderosos del comandante Neyra.

El juez se despedía, bajo la misma significativa mirada y la sonrisa desesperante, pero menos pronunciada del comisario. El procuraba hacer otra traducción.

—Güeno—exclamaba—ahora quiere decirme que ande alvertido y que lo que menos me va á hacer, será abrirme una docena de ojales en el cuero.

Entretanto, la sección se despoblaba rápidamente. Los potreros bien empastados, no contenían ningún animal y los ranchos empezaban á echar por las paredes ortigas y lenguas de vaca, y la chacra, sin arar, se llenaba de hinojos y visnagas.

De modo, que antes de un año, sólo quedaron, frente á frente, mirándose con oculta rabia, enemigos á muerte aunque reservando sus malos designios, el juez y el comisario. El primero, que además de sus funciones públicas de magistrado, ejercitaba las de pulpero, se vió en situación muy comprometida, porque fuera del peligro á que estaba expuesto, de caer en las garras del tigre policial, su comercio resultaba nulo, desde que el vecindario había ido á construir sus chozas en otro pago, donde la autoridad fuese menos guerrera y más amiga del paisanaje trabajador. El huyó también y más pronto de lo que suponía, porque le llegó aviso de que el comandante estaba resuelto á que se quedara en la sección por toda la eternidad, realizando así, por primera vez, de un modo personal, el objeto del cargo que desempeñaba, que consistía en establecer la paz entre los hombres. El pobre juez, amigo de los términos sonoros y de las frases parabólicas, pues á la primera citación, le llamaba primer tiro de bolas; al acto de la conciliación parar rodeo y á la sentencia, carneada,-- con el serio contraste de la huída, hasta se había olvidado de sus metáforas pintorescas. Sólo atinaba á contestar cuan-

do alguno le preguntaba por qué había abandonado su pago:

—Qué quiere, cuñao, la balanza andaba fieramente.

Nunca se supo si hacía referencia á la justicia ó á su casa de negocio.

El comandante, fué sumariado y se le hizo bajar á la capital, donde tuvo oportunidad de reirse mucho de las formas policiales que en ella se usan. No podía volver de su asombro, cuando estando de visita en una comisaría, cuyo funcionario principal era muy su amigo, vió á éste, sentado en su elegante mesa de despacho, amable y atento con todos, resolviendo las cuestiones más delicadas, sin estrépito, con verdadera justicia paternal. Aquel comisario gentil de bien repartido cuerpo, correctamente vestido, con su cara de buen muchacho, le parecía la negación de toda autoridad, y se decía para sus adentros, golpeándose, como de costumbre las cañas acordeonadas de las botas:

—Jué pucha, con el comisario charabón. Si ni bigote tiene el hombre. ¿Quién va á respetar á un cajetilla como éste? De juro que en el primer entrevero, si no dispara es porque lo han desocao.

Como del sumario, prolijamente levantado, no resultó comprobado ningún cargo, el comandante volvió á sus pagos encontrándolos tan solitarios como antes, aunque más frondosas y crecidas las visnagas, los abrojos y las chireas, y más duros los albardones del rastrojo. Recorrió, en compañía de su asistente, todo el perímetro de la sección, sin encontrar un paisano en el camino, ni siquiera cortado á campo traviesa. Cuando regresó al caserón de la policía, hizo redactar una nota para el jefe.

—¿Qué le pongo, comandante? preguntó el amanuense.

—Póngale, que la sesión está tranquila; y que no ha ocurrido ninguna contravención.

Y se fué á tirar el lazo.

RUDECINDO AMORES

Ese día, Rudecindo se consideró un hombre desgraciado. Sus ilusiones de mozo inexperto, sufrieron un gran golpe y cayeron de su alma, como hermosos cristales fragmentados y ni un resto de esperanza proyectó un poco de claridad sobre las ruinas de sus recuerdos, hacinados en su memoria como objetos valiosos en el fondo de una arca. Era el primer contratiempo, la primera derrota que experimentaba en sus campañas de amor, porque aunque él no se vanagloriaba de sus triunfos, como guerrero de buena ley, la ausencia absoluta de ostentación no le quitaba el aplomo y la serenidad, que son atributos de vencedores. Todos sabían que era un rival temible en esa clase de lucha, porque aparte de sus excelencias plásticas de mocetón arrogante y lindo, poseía una llave mágica, que era como gonzúa de oro para abrir corazones.

- Ahí viene el payador, decía la mozada, y los guitarreros cortaban el chorro melifluido de sus bordoneos, y en un instante, los instrumentos

descansaban en los rincones como el arpa de la rima becqueriana; las parejas se agitaban con trepidación de rodeo, y el baile se volvía un desbarajuste, porque las criollas no ocultaban la emoción que aquel nombre prestigioso las producía, á trueque de herir el orgullo de los danzantes. Rudecindo penetraba en el local, serio sin gravedad, complacido por las demostraciones que se le tributaban, y mucho más por las que descubría, — chispeando deseos — en los negros ojos de las sensibles paisanas. Un rumoreo de nueva alegría se alzaba entonces, y la concurrencia, enfilada á lo largo de las paredes, esperaba la novedad de la noche, no pareciendo sino que comenzaba la fiesta, en tanto que en la puerta del rancho se juntaba el paisanaje de mayor edad, sin intención de tomar parte activa en el holgorio. El dueño de casa, molestado por la obstrucción, que dificultaba el acarreo del mate, se encaraba con los mirones y les gritaba amablemente:

—Dentren, aparceros, que están amontonaos en la puerta, lo mesmo que ganao chúcaro.

Una risotada general sonaba en el guardapatio, y algunos momentos después, se oía una voz de viejo, que provocaba otro desbordamiento de risas.

—Si quiere que dentremos á la manga, mande una güena moza pa siñuelo.

El promotor del baile se resignaba y concluía por dejar que el pelotón humano engrosara, tapando el único agujero de ventilación que tenía el cuarto.

Rudeciendo, para desviar la atención de todos, fija casi exclusivamente sobre su persona, exclamaba:

— Sigán bailando, que aquí no hay dijunto pa tanto velorio.

Pero su intento se frustraba, porque la gente quería oír los primores de su voz y especialmente sus improvisaciones; el mozo no tenía más remedio que someterse, y aunque no venía preparado, según lo hacía constar, pedía su guitarra, y empezaba á cantar, acompañándose diestramente, arrancando notas de aquellas cuerdas, que bajo la presión de sus dedos reían ó lloraban, sin ronqueras de trasteos y sin chillidos de prima desafinada. Los aplausos desde el principio, estallaban con estrépito, repercutiendo en las barrancas próximas, conmoviendo el silencio habitual de las noches y ahuyentando á las lechuzas, que atraídas por la luz, revoloteaban en torno de las casas. Cansado de cantar,

Rudeciendo atropellaba á la puerta, agachándose para salir, seguido de algunos admiradores, que nunca le abandonaban. Luego, se formaba rueda al aire libre y el escaso ó mucho viento que pasaba, recogía los sonidos armoniosos del trovador y de su instrumento, derramándolos en forma de murmullos por la infinita llanura, llevándolos más allá del bañado, desde donde los chajás y los teros hacían notar su condición de oyentes, lanzando estridentes gritos.

El payador era un gaucho de raza. De estatura regular, más bien parecía alto por la flacura de su cuerpo. Era pequeña su cabeza de músico rudimentario y larga y undosa su melena. Sus ojos, oscuros, pensativos y tristes, tenían vaguedades de crepúsculo. Su nariz era recta y su boca de labios finos, estaba sombreada por un bigote poco abundoso,—y el conjunto de su persona resultaba elegante y simpático. Su voz era vibrante y dulce, y cuando cantaba tenía un timbre melancólico, como si su alma padeciera del mal de la nostalgia. Sin embargo, no había motivos para que el hombre se mostrase tan desconsolado—y al decir de sus amigos, se quejaba por puro lujo. Así, cuando le oían cantar, con mucho acompañamiento quejumbroso de bordoneo:

No encuentro en el mundo un ser
más desgraciado que yo:
creo que me recibió
la desventura al nacer:
corro en busca del placer
y el dolor se ceba en mí,
triste y humilde nací,
y cansado y solitario,
sólo recuerdo el calvario,
de las penas que sentí>...

aunque todos sabían que esto no era verdad, le escuchaban no obstante con atención, y cada uno de los presentes se creía en el deber de mostrar cara de afligido, para dar mayor solemnidad al acto. Su fisonomía, en relación con su temperamento sentimental, rara vez expresaba regocijo y cuando sonreía, su aspecto hacía pensar en un alumbramiento doloroso. Era pobre, pues toda su riqueza se reducía al caballo que montaba, á su guitarra y á su apero. Vestía pulcramente, y su orgullo consistía en llevar limpias las botas de cañas de charol y finos tacones, lo mismo que el poncho de vicuña y el chambergo con barbijo de seda. Su caballo, de cola atada y atuzada crin, anunciábase desde lejos por el ruido de las coscojas. Su dueño le ponía al trote, y el rocillo levantaba y bajaba la cabeza, arqueando el cuello, con movimientos

rápidos y airosos, mordiendo de vicioso la piedad del freno, cruzándose en el camino, hasta galopar de costado, arrojando, de tanto escarcear, copos de blanquísima espuma. No tenía vivienda fija y en el extenso campo, donde es tan fácil construir cuatro paredes de terrón, techándolas con unos cuantos mazos de totora, nunca tuvo la oportunidad de poseer una guarida propia. De modo, que el que le precisaba, le buscaba en la estancia ajena, en la población de un amigo. No se sabía con exactitud su paradero, pero galopando, galopando, se le encontraría forzosamente.

Si la imaginación criolla fuese tan fecunda para crear símbolos, como en otro tiempo fué la musa griega, ya habría visto en el gaucho payador, la encarnación de la música agreste, porque su alma vibrante como una caja armónica, estaba formada, acaso, de todos los sonidos melodiosos del terruño. El eco de su voz, en ocasiones, semejaba el rumor del viento en los ramajes, ó el que produce el pampero al cortarse en el filo de las pajas bravas. Su lento y suave decir, evocaba recuerdos de tardes serenas en el descampado; de crepúsculos murientes en el silencio de las abras; de resonancias

nocturnales, cuando el llano se esfuma, y los caminos apenas se distinguen como cintas descoloridas; ya parecen y se ocultan las fogatas de los ranchos distantes, y los árboles del monte, destacan su negrura en línea recta, como un escuadrón de colosos que marchara á la sordina, costeando el arroyo y perdiéndose brusca-mente en la cuesta. En unión de la guitarra, que tiene bravías notas en la prima y sordo rumor de correntada en las bordonas, su canto era como una música imitativa, cuyos secretos conocían los paisanos, porque la habían oído muchas veces, en los rincones apartados, donde la naturaleza se insinúa sin misterios, modulando ella también el poema de la Creación, como una inspirada salvaje.

¡Alma candorosa y susceptible!... Cualquier inconveniente, de esos que redoblan la tenacidad de los verdaderos luchadores, le anonadaba, quitándole fuerzas, poniéndole en un estado de angustia muy próximo al llanto. Y ¡extraña faz de su carácter! - las pasiones echaban hon-das raíces en su corazón, pero no resistían al desengaño, sucediendo que mientras el obstácu-lo debilitaba sus ímpetus, sus esperanzas cre-cían, más lozanas, pero le faltaba resolución y

terminaba por someterse á su destino, sufriendo en décimas y en coplas distintas, los rigores de la suerte. Pero sus amoríos rurales, fueron impresiones pasajeras, simples libaciones de tente en el aire, en cálices de flores campesinas, comparados con su gran amor, romántico, digno del poema bucólico. El nuevo objeto de sus cavilaciones era un ser casi impalpable... para él, á pesar de tener uno de los más hermosos cuerpos conocidos, porque aquella criatura interesantísima poseía un torso que era la misma tentación mundana. Estatua de carne, animada por el fuego artístico de Pigmaleón, con una cintura tan esbelta, que cuando caminaba, infundía el temor de que iba á romperse,—y unas caderas amoldadas á la curva sensual del amor terreno. Pero todos estos encantos con ser muchos, no eran más que humilde zócalo de la cabeza más linda y más adorable que pudieron esculpir en carne viva, el cincel griego en colaboración con el buril criollo. Su elegancia era helénica, pero era de *la tierra* su hermosura. ¿Quién sino el ambiente del terruño, podía haberle dado la gracia picante, que era como un reflejo de toda su persona y el color moreno con tinte sonrosado de su piel; la profunda, in-

tensa mirada de sus negros ojos y su sonrisa que iluminaba, como si en su rostro se encendiese un alba de primavera?

Era la única hija del dueño de la estancia en que Rudecindo se hospedaba cuando había fiestas ó trabajos camperos. Don Ubaldino López, el acaudalado estanciero, viejo paisano, muy amable y bonachón, que residía en la ciudad con su familia, así que el invierno dejaba de escarchar los campos, aprontaba su tren de viaje y se trasladaba á su valiosa propiedad, en donde pasaba todo el verano, entregado con afán á la tarea antigua, ufano al verse otra vez en la querencia. El paisanaje respetuoso, guardando la distancia debida, al tener noticia de su regreso, se apresuraba á visitarle, demostrándole su afecto desinteresado. El hombre, que no había variado de conducta en medio de la riqueza, porque, como él decía, no había humo capaz de ponerle ciego, — trataba á sus camaradas de otro tiempo con el mismo cariño de siempre, y aun con mayor agasajo, porque como el gaucho es suspicaz, no le gustaba que interpretasen mal cualquier falta de atención involuntaria. Rudecindo, que ya había conquistado mentas de payador, hizo su entrada triunfal en la estancia

de Los Trojes, siendo muy bien recibido. La familia del estanciero, á falta de otras diversiones filarmónicas, asistía á las sesiones musicales que daba el payador bajo la enramada. Siempre se encontraba un comedido, que para estimular la vena poética del vate silvestre, se prestase á cantar con él de contrapunto, y entonces era asombroso ver al paisanito desarrollar su estro al compás de la guitarra, cantando estrofas de variadas estructuras, recién nacidas en su incubadora intelectual, bien redondeadas y constantemente melancólicas.

La primera vez que vió á la hija del estanciero, sintió una impresión extraña y se quedó lo mismo que si mirase fijamente al sol,—viendo manchas oscuras en todas partes. Las cuerdas sentimentales de su corazón vibraron en acordes nunca sentidos, como si las hubiese pulsado una mano angélica. No atinó á saludarla y se quedó cortado, cuando don Ubaldino le dijo cortésmente:

—Amigo Amores, le presento á mi hija.

Instintivamente buscó una silla para sentarse, porque se encontraba muy mal. Una especie de síncope raro le atacó de pronto y creyó de veras que iba á caer. Pero abrió los ojos con

fuerza y se pasó la mano por la frente, apretándose las sienes un poco y recobró algo las fuerzas que empezaban á abandonarle. Al cabo de unos minutos pudo contestar:

—Tanto gusto...

Ella, sonriente, como de costumbre, le saludó con amabilidad, pero de un modo que el pobre mozo concluyó por creer que la joven era la misma seducción, que por capricho se había echado á pasear en aquellas soledades en busca de nuevas emociones. Pero su afán aumentó al saber por boca del padre, que Isabel tocaba bien la guitarra y cantaba algunos aires españoles y nacionales y se quedó atontado, cuando á sus ruegos, la hermosa tomó el instrumento, lo afinó y colocándolo sobre el muslo derecho, cruzó la pierna y comenzó á modular con soberbia voz, un estilo lleno de fugas y rasgueos. Pero no fué sólo la música y la voz lo que tanto le conmovieron. La muchacha vestía un traje de seda claro adornado de encajes, y así, con la guitarra posada como un ave de canto armonioso, sobre su falda, mostrando por entre nubes sutiles de puntillas y blondas los diminutos zapatos de gamuza blanca y la media del mismo albo color, transparentando suavemente por el

calado el vago tinte sonrosado de la carne —le pareció una visión, más que una persona, no obstante las morbideces artísticas de la joven, que no dejaban dudas respecto de su condición humana.

Después del deslumbramiento, solamente le restó la persuasión de que la moza, á pesar de hallarse tan próxima á él, estaba inmensamente lejos.

Pero su pasión, que aunque explosiva, tenía trazas de no amenguar jamás, le llevó á un falso terreno, en el que las conjeturas hicieron posible lo que era absolutamente irrealizable. Su inspiración, por lo común fluyente, se acrecentó como un río y amenazó rebasar sus barrancas naturales; con el aumento de caudal, multiplicáronse igualmente sus tristezas. Cada verso era un gemido y cada estrofa un llanto puesto en rima. Ella, entretanto, no se daba por advertida de aquella adoración poética. Parecíale que la música llorosa del payador, era un atractivo más de la campaña, como la brisa, como el gorjeo, como el rumor de la cañada, como el perfume del espinillo, condensado en aromas y se dejaba acariciar, porque además de ser grata la caricia, no había motivo grave

para cortarla. Cuando Rudecindo tardaba algo en presentarse, ella preguntaba con cierta curiosidad:

— ¿El boyero no canta hoy en la enramada?

Para la hija del estanciero, el payador tenía, pues, el mérito de un pájaro silvestre.

Don Ubaldino escuchaba con arrobamiento las payadas, sintiendo resurgir en su alma sombras imborrables de lo pasado: toda la vida de otros tiempos mejores, porque eran más simples, más sencilla, sin las complicaciones de lo presente, y sobre todo, sin la dependencia mortificante de las modernas costumbres, y aplaudía, agasajaba á aquel muchacho, cuya inteligencia había brotado fuerte y lozana, como cualquier arbusito nutrido por la savia de la tierra.

Así pasaron los días.

Hacia mucho tiempo que no se marcaba en la estancia de Los Trojes. Don Ubaldino fué aplazando esta operación engorrosa, hasta que se decidió, por fin, á ejecutarla con todas las formalidades que se usaban en aquella época. De modo que el día de la hierra, no bien empezó á aclarar, ya la humareda de los fogones se embolsaba en las mangas y tomaba campo afuera, llenando el pasto, como una evaporación de re-

lente. El ganado dividido en puntas, venía de la extensa planicie, convergiendo al lugar designado, en un rincón, al abrigo de los árboles. La llanura se extendía, cortada por el arroyo, distinguiéndose en la brumosa lejanía, el bulto informe de la sierra, semejando una faja de nubes tempestuosas. Las tropas avanzaban con lentitud, y á intervalos, se oía las voces y silbidos de los peones que arreaban á los animales, en su mayor parte chúcaros, pues la semana anterior habían sido extraídos con señuelos de las mesetas ocultas por murallas de pedregales, y del monte en cuyas islas se procrean sin notar la presencia del hombre.

El vecindario de los alrededores, había concurrido á prestar su ayuda y á disfrutar de las emociones que brindaba el espectáculo que tanto sirve para rétemplar el carácter nativo.

La escena se animaba, y en todo lo que abarcaba la vista, el movimiento era incesante. Los paisanos se diseminaban, afluyendo á los parajes en que podrían ser más útiles y en cuanto á la novillada se disponía á romper el círculo de jinetes, el griterío arreciaba con violencia, mezclado al ladrido de los perros, y en un instante el potrero se conmocionaba: corrían vertiginoso-

samente los caballos, viboreaban los lazos; una nube de polvo flotaba sobre hombres y reses, y el ganado se disparaba, compacto, como una aglomeración multicolor de piezas móviles. Luego, al verse cortado por sus perseguidores, daba vuelta, tratando de escapar, aunque inútilmente, hasta que su fiereza se calmaba, sometiéndose á la astucia del gaucho, enderezando para el rodeo. Los novillos mugían como si quisieran mostrar su desconsuelo y las vacas bajaban el testuz contemplando la hierba fresca que dejaban al paso. Gran empresa fué reunir aquellos animales en un solo grupo colosal y mantenerlos en reposo, evitando que alguno huyese, porque entonces la tropa entera dispararía, arrollando y pisoteando á los jinetes.

Los pobres bueyes, acostumbrados al yugo, pacientes y tranquilos, miraban á sus congéneres con ojos de sorpresa, y rumiaban filosóficamente, sin cuidarse del jugo verde que les caía de la boca espumante, manchándoles el hocico, mientras al lado de ellos, algunos toros inquietos se empinaban alzando las astas sobre el nivel de las otras, produciendo una repentina oscilación de ancas y lomos.

Entretanto, el sol, dominando las cumbres de

la sierra, derramaba su oro fluido desde las cuestas á los valles, de los valles á los cerros, anegando nuevamente las alturas, de donde se precipitaba como un Iguazú resplandeciente, flameando en lagunas, rastrojos y tajamares. A la luz plena se activó el trabajo, multiplicáronse las fogatas y el ramaje ardía en ellas, con chisporroteo de fuegos artificiales. Las marcas se calentaban en el mismo centro de las hogueras y los costillares, ensartados en los asadores, se oreaban al viento fresco de la mañana. Abundaba la gente innecesaria y rapaz, de esa que carcha en la guerra y achura en la carneada; representantes genuinos de la pereza criolla que caen como caranchos al olor de la carnaza y que desuellan la res, acribillando á tajos el cuero, incapaces de hacer nada derecho. Estos eran los ruidosos incorregibles, que se reían á carcajadas, con la boca llena de chinchulines á medio asar y las manos chorreando grasa, dando lugar á que los peones les impusieran silencio; gritándoles:

—Cállense, chimangos, que el ganao es bravo y aura no más, por causa de ustedes, da la atropellada y nos basurea.

Y ellos, acostumbrados á soportar insultos y

bromas, callaban, para volver á ser sorprendidos. Sólo el indio Chalá se incomodó con la reprehensión y no pudo menos que decir á un paisano, que á cada instante les chistaba enojado:

—Mire, amigazo Leiva, no castigue tanto al pingo, que se le va á poner loro.

Y se agachó, como si se hubiera desahogado, continuando la tarea, con seguridad de mano, desollando un buen pedazo de cuero, á cada pasada de la hoja.

Las chinas poco se ocupaban de los hombres, entretenidas como estaban en soplar el fuego, que no quería prender, oprimida la charamusca bajo los trebedes, y redoblaban afanosamente el esfuerzo, hinchando los carrillos, inclinando la cabeza hasta el nivel del fogón, con las melenas caídas sobre los ojos lagrimeantes.

¡Lindo día! En todo el campo no se veía ni un copo de bruma, y era la diafanidad tan perfecta, que á gran distancia se distinguían las bandadas de palomas torcaes, posándose en las tierras recién labradas.

De pronto apareció el mayordomo de la estancia, bien empilchado, con sus botas amarillas de tropero, y mejor montado en un lobuno arrogante. Dijo con voz estentórea:

—Muchachos, hay viene el patrón con la familia.

Y luego agregó, dirigiéndose á dos negras que cebaban mate:

—A ver, cuervos, escarben el juego que está por apagarse y alcancen un verda, que tengo el tragadero medio quemao.

Pero no pudo tomarlo, porque en seguida apareció el viejo carromato de la estancia, deteniéndose. Venían en él don Ubaldino y su familia. El payador, que recién llegaba, en cuanto vió á la moza, se dirigió al vehículo para saludarla, dando á todos la bienvenida, con timidez infantil.

Inmediatamente se inició la hierra, y como si no esperaran otra cosa, los gauchos lanzaron sus caballos al galope y arrojaron sus lazos, arrastrando á los animales bravíos, que tan pronto atropellaban á los enlazadores, como se desviaban estirando la trenza de lonja, vibrante como si fuera una cuerda de guitarra. Por fin, cansados de embestir inútilmente, dando resuellos breves, jadeantes, doblaban las patas delanteras y caían con las posteriores sujetas por el pial, en el instante mismo en que otros piales azotaban sus flancos con ondulaciones de sierpe. Simultáneamente con la caída, el hierro, hecho un

ascua, humeaba en las ancas de los animales, que al sentir el fuego se estremecían de dolor, revolviendo los ojos y mugiendo con angustia. Luego, aflojábanse los lazos; un peón los desprendía con destreza, y los vacunos quedaban en libertad, parándose atolondrados. Antes de que se repusiesen, varios jinetes los espantaban á gritos y á rebencazos, hasta que los echaban á gran distancia del rodeo.

Ya era mediodía, cuando don Ubaldino notó que venía hacia él un novillo espléndido, con la cabeza erguida, la cola flotante, chispeantes los ojos. Sobre su aneho lomo, caían los lazos de sus perseguidores, sin lograr aprisionarle.

El dueño de la estancia, impelido por sus viejas aficiones de campero, gritó á la gente:

—Déjenmelo á mí.

Agil, á pesar de sus años, montó en el primer caballo que halló listo y agarró el lazo, desenrollándolo con elegancia y rapidez; lanzóse á la carrera alcanzando al toro. El lazo, bien tirado, cortó silbando el aire y la armada cerróse de un tirón sobre las astas del fugitivo. Cimbró la trenza crujiendo sobre las caronas y el parejero cinchó, dando balances. El toro mugía y resollaba, atropellando á los perros que le mordían los garrones.

—Cuidao con la embestida,—gritaron de todas partes.

Pero don Ubaldino, seguro de su éxito, espolé al caballo, y arrastró al novillo, que tan pronto se paraba, escarbando el suelo, como se adelantaba, enredándose torpemente en el lazo, y se abalanzaba con furia haciendo brillar al sol el lustre de su aguda cornamente. Algunos hombres le arrearon para llevarle á los fogones; un pial certero le tumbó; la carne chirrió bajo la ardiente marca, y el capataz, excediéndose le castró de un solo tajo.

Como si el animal se hubiera dado cuenta de la salvaje humillación, se levantó de súbito, ciego de fiereza, atropellando á todos los que se le acercaban. El lazo que le tenía sujeto, rompióse junto á la argolla, elevándose como un elástico soltado bruscamente. El estanciero comprendió el peligro en que estaba y quiso desviarse, pero no tuvo tiempo; su caballo recibió la cornada cayendo herido. Un jinete se acercó entonces, llamando la atención del animal, para atraerle, pero él siguió corriendo en línea recta. Se produjo un movimiento de espanto, cuando algunos gauchos quisieron salirle al encuentro, sin poder conseguirlo.

Las mujeres, que aun permanecían dentro del carruaje, consternadas, vieron al novillo dirigirse á ellas, bufando, con las astas rojas de sangre y las fauces llenas de espuma. El payador, que se encontraba cerca, se puso de pie instintivamente y se interpuso estirando los brazos para amortiguar el choque. Se le vió bambolear y caer herido en el pecho. Un grito se alzó sobre todos los clamores en el instante mismo en que un tiro de lazo rápido y bien dirigido aprisionó á la res, que se desplomó con los garretes cortados y los ojos aun velados por la rabia.

Cuando Rudecindo Amores se despertó, pasando la fiebre de los primeros días, vió á don Ubaldo despidiendo al médico, y no pudo menos que agradecer íntimamente las atenciones que se le habían prodigado. El estanciero acercóse á la cama del enfermo, y le dijo:

—Bueno, amigo, ahora está del otro lado.

Gracias, contestó el payador, enternecido.

Entonces, supo que había estado muy grave, y que la familia le había velado, reconocida su abnegación, y sacrificio. Él pensaba que nada tenían que agradecerle. Lo que él había hecho ya estaba recompensado, aunque en realidad la

recompensa á que se refería era incomprendible, meramente platónica.

Una noche, oyó el rumoreo de una conversación, junto á su cama. En ese momento despertaba de un largo sueño y miró á su alrededor para inquirir la causa de aquel ruido.

En la penumbra distinguió á su guitarra, en un rincón del cuarto, con las cintas caídas sobre las cuerdas; á don Ubaldino que hablaba con su mujer, y en la parte más oscura, á su amada ideal, como una visión que surgía, blanca y bella, del seno de la sombra. Pero notó que á su lado estaba un joven que le decía al oído cosas probablemente muy agradables, porque la visión se animaba, y los ojos le resplandecían, expresando un gozo infinito.

Él los contempló un momento, azorado, y al escuchar una frase expresiva de coloquio, la más insinuante de todas, le vino como un vértigo, como un desmayo. Sus fantasías de poeta errante, sus ensueños hechos de trova pastoriles y de arpegios de guitarra, cayeron como hojas amarillas, ante aquel desengaño que le atería el alma, como un cierzo invernal. Porque ya no dudaba: aquel buen mozo era el novio, acaso el prometido de la ingrata, venido recientemente

de la ciudad, para proseguir el arrullo comenzado y repetido al calor de los salones, en el ambiente de invernáculo de esos nidos deliciosos, donde el amor echa todas sus flores, como una divina orquídea.

Entornó otra vez los párpados y si no lloró, fué por temor de que le oyeran, pero todos los presentes se alarmaron al sentir su fatiga. El pobre paisano no pudo conformarse con el derrumbe completo de aquella esperanza, que aunque remota, era el único aliciente de su vida.

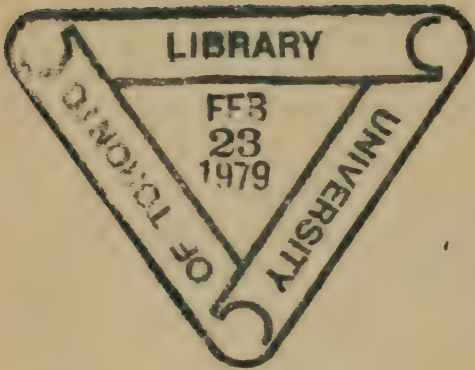
Por eso cuando se vió solo, y se convenció de que todos dormían en la casa, hizo un esfuerzo—y á pesar de la debilidad que le postraba, se vistió, y salió al patio, tambaleándose, con el propósito de huir de la estancia.

Al otro día, el capataz le encontró caído, exánime, con la guitarra fuertemente oprimida en la diestra, entre un charco de sangre, que manaba de su vieja herida, aun no cicatrizada.

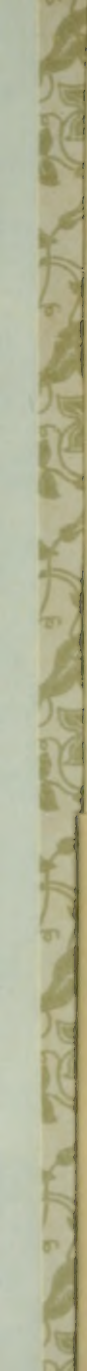
SANTIAGO MACIEL.

Buenos Aires de 1901.









**PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET**

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 13 07 09 001 0